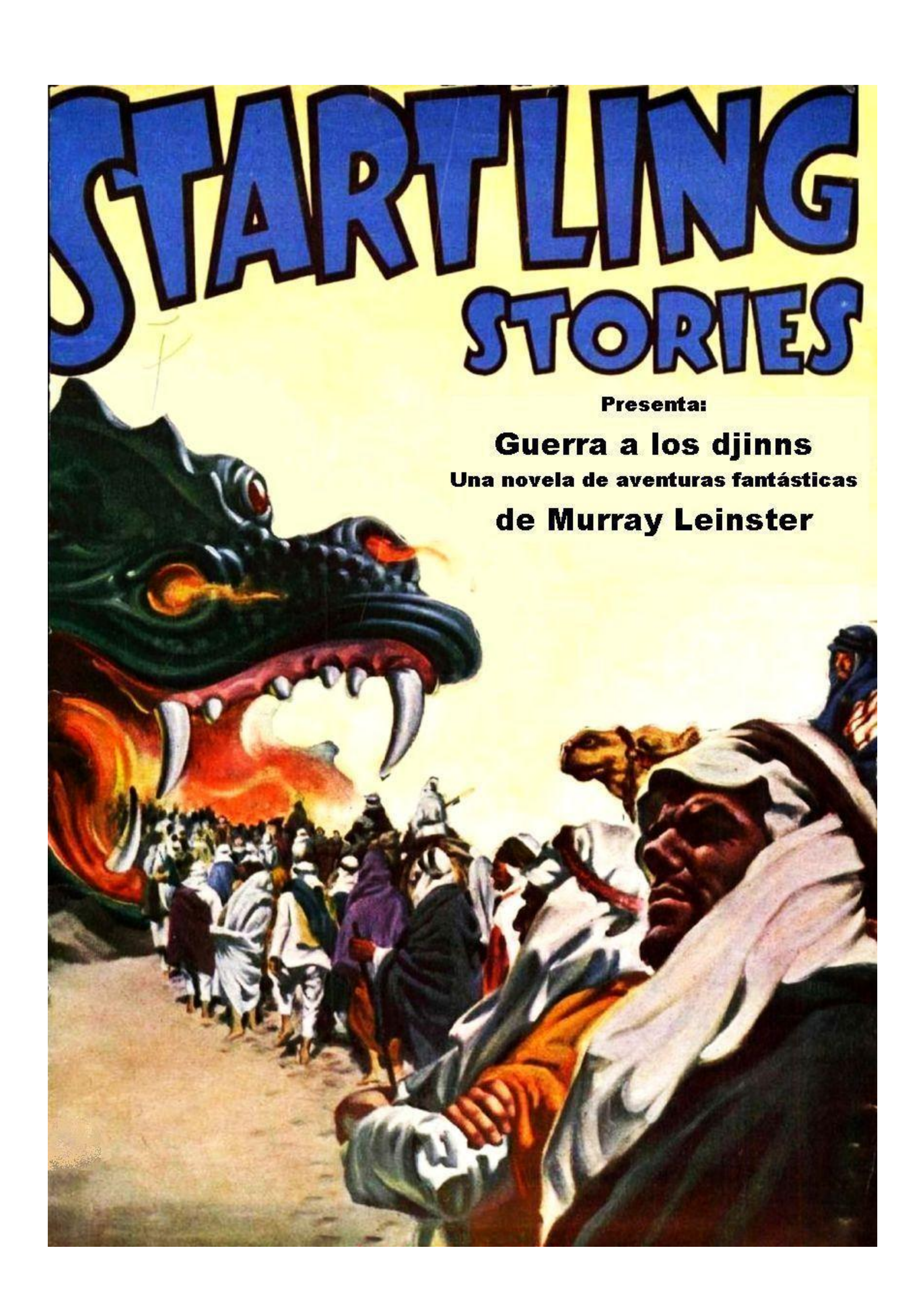

Guerra a los Djinns
De Murray Leinster
Ilustrado por Virgil Finlay


STARTLING
STORIES
Presenta:
Guerra a los djinns
Una novela de aventuras fantásticas
de Murray Leinster

Guerra a los *Djinns*

[Un yanqui en *Las mil y una noches*]

[Entrada a otro lugar]

[Viaje a Barkut]

Murray Leinster

Edición ilustrada por Virgil Finlay

Título en inglés: *Gateway to elsewhere*, 1954

(*Entrada a otro lugar*, nota de **d**iaspar)

(Originalmente fue *Journey to Barkut*, nota de urijenny)

Traducción: Manuel Bosch Barrett

Editorial E.D.H.A.S.A., 1956

Colección Nebulae Nº 29

Las ilustraciones originales de Virgil Finlay son de *Startling Stories*, Vol. 24, Nº 3, Enero de 1952.

Edición digital de **d**iaspar de 1998

Revisado y maquetado por urijenny en 2002 y 2015

Revisión de Julio de 2017

Presentación: Unas noches árabes modernas

De vez en cuando un editor se encuentra con una historia que no trae razonamientos complejos, no predica nada, no va contra nadie, sino que es puro y delicioso entretenimiento. Ese editor sería un traidor a la humanidad si no comprara inmediatamente, pidiera prestada o robara dicha historia, y la publicara en su revista. Porque el entretenimiento y la risa son dones de los dioses. Y en el balance final, ¿quién sabe si el bien mayor es la sabiduría o la risa?

Viaje a Barkut es *Las mil y una noches* con el toque propio de Leinster. Si ha disfrutado de esas maravillosas aventuras; del color y el glamour de esas historias fabulosas, no hay más que hablar. Cierre las puertas, desconecte el teléfono, siéntese cómodamente con alguna bebida y ¡reencuéntrese con el puro placer de la lectura!





I

Esta es la historia de lo que le ocurrió a Tony Gregg una vez hubo aprendido la cuarta dimensión –o quizá era la quinta o la sexta– en un restaurante *shishkebab* del barrio Sirio del bajo East Broadway, New York.

No fue originalmente al restaurante con el fin de enterarse de lo de la cuarta dimensión. Su primera visita fue simplemente en busca de un *shishkebab*, que es un maravilloso plato de trozos de cordero clavados en unos pinchos y asados, con una inverosímil salsa que contiene hojas de parra. Fue de una manera puramente accidental que se le ocurrió preguntarle al dueño del restaurante por una moneda que llevaba –él, Tony– como talismán.

Tony la había comprado como amuleto en una de aquellas diminutas tiendecillas de las calles apartadas de New York en cuyos escaparates se exhiben mezcladas joyas antiguas y piezas de ajedrez de marfil. La compró porque le pareció extraña. Su conciencia –había sido criado con una conciencia bastante estricta– consintió con cierta reluctancia la compra porque la moneda era muy pesada por su tamaño y podía ser de oro. (Con toda certeza no era una medalla, y por lo tanto tenía que ser una moneda.) Llevaba una inscripción en un árabe convencional en una cara y en la otra algo que parecía un complicado trono sin nadie sentado en él. Pero cuando Tony trató de identificarla, no encontró en ningún catálogo de numismática ninguna moneda que se pareciese a aquella.

Una noche –aquella fue su primera visita, no la última, en que se enteró de la cuarta dimensión– fue al East Broadway en busca de un *shishkebab y* se le ocurrió preguntarle al dueño sirio del restaurante qué podía decir aquella inscripción. El sirio la miró, frunció sombríamente el ceño y le dijo que la moneda era una pieza de diez *dirhim*, que la inscripción decía que era de Barkut y que no había jamás oído hablar de un lugar que se llamase Barkut. Tony tampoco. Así, pues, Tony sintió cierta curiosidad, y al día siguiente pasó media hora en una biblioteca de la Quinta Avenida tratando de encontrar algo referente a la moneda o al país de donde procedía. Pero en cuanto a la biblioteca hacía referencia, no había ningún lugar llamado Barkut. Ni lo había habido nunca.

La moneda era de oro macizo, sin embargo. Un joyero lo comprobó. A la vista podía tener un valor de unos seis dólares. Y como Tony no había pagado por ella más que un dólar cincuenta, estaba verdaderamente satisfecho. Incluso su conciencia aprobaba su conducta. Diga lo que diga la gente, no ocurre muy a menudo comprar en una tienda de antigüedades un objeto que después se pueda vender por un precio superior. Así, pues, Tony la conservaba como talismán de la buena suerte, y cada tarde al dirigirse a su casa, de regreso de la oficina, se detenía delante del «Bar & Grill» de Paddy Scalon y echaba a suertes con la moneda para saber si tenía que tomar una copa o no. Lo cual era una excelente manera de no ser ni demasiado abstemio ni demasiado regular en estas cosas. Su conciencia aprobaba esta conducta también.

No era que creyese, en realidad, que la moneda tenía que traerle buena suerte, pero el pequeño misterio que la rodeaba lo intrigaba. Tony era un hombre de tipo completamente ordinario. Se había alistado para la II Guerra Mundial, pero pese a que reclamó entrar en acción, no pasó nunca de una base territorial. No salió de la retaguardia y se pasó tres largos años reflexionando delante de una máquina de escribir. Cuando fue licenciado volvió a su antiguo empleo –al mismo sueldo de antes– y a su viejo alojamiento –a un precio mucho más elevado

por semana–. Una especie de amargura flotaba por todas partes. De manera que ahora estaba contento de tener la moneda, porque le gustaba soñar. Su conciencia seguía constante e inflexiblemente recordándole que tenía que ser educado, atento a su deber y no estar pendiente del reloj para marcharse; y la radio, todas las mañanas, mientras se estaba vistiendo, le aconsejaba usar tal o cual dentífrico, fijador para el cabello, un desodorizador para el aliento, y una marca de trajes a precios populares. Era agradable, por lo tanto, llevar encima algo vago y misterioso, como aquella moneda.

No podía haber sido hecha como novedad ni nada semejante; especialmente siendo de oro. Pero procedía de un país del que nadie había oído hablar. Le placía pensar que en el hecho de que hubiese llegado a sus manos había algún misterio; que él hubiese llegado a poseerla y nadie más que él, debía tener algún significado. A fin de aumentar la importancia de este significado, había cogido la costumbre de echar a cara o cruz la mayoría de sus decisiones, aun las menos importantes. Si asistir a un partido de pelota o no; si comer o no en su restaurante acostumbrado. Sobre este punto, su conciencia se reservaba severamente sus decisiones.

Hacía ya dos meses que era dueño de la moneda, y la costumbre de echar a cara o cruz sus decisiones se había ya arraigado cuando esa noche echó si tenía o no que ir a cenar a su restaurante habitual. Salió cruz. No. Le hizo cierta gracia. ¿A otro restaurante de la ciudad alta? Otra vez cruz. Echó la suerte una y otra vez. Su sentido común le dijo que estaba simplemente ante una racha de cruces. Pero le gustaba imaginar que las decisiones de la moneda eran misteriosas y significativas. Aquella noche le causó cierta emoción ver que la idea de ir a un sitio después de otro, salía negativa. Pasó por todos los restaurantes donde recordaba haber comido. De manera que tiró la moneda con la decisión mental de que si salía cara, iría a otro restaurante donde no hubiese comido nunca. Pero la moneda seguía saliendo negativa. Cruz. Entonces registró lo más recóndito de su cerebro y recordó aquel pequeño restaurante sirio del bajo East Broadway. Tiró la moneda. Salió cara.

Tomó el metro y se dirigió a la ciudad baja, mientras su conciencia hacía desdeñosos comentarios sobre la superstición. Entró en el establecimiento con una cierta emoción anticipada. Su género de vida era tan poco interesante como pudiese ser el de cualquiera. La educación que había recibido le había dado un carácter apacible que había creado una conciencia con una mentalidad suya propia y en general opiniones desalentadoras. Su mente le hacía ahora acerbos reproches y tuvo que asegurarle que en realidad no creía que la moneda tuviese valor alguno, sino que únicamente le divertía fingir que lo creía así.

Se sentó a la mesa e instintivamente tiró la moneda para ver si tenía que encargar *shishkebab* o no. El atezado propietario de engominado cabello le dirigió una sonrisa. En una mesa del fondo había un hombre calvo, impecablemente vestido, con lentes de oro y la marcada y sombría dignidad del levantino.

–Oiga –dijo el propietario, que hablaba un inglés relativamente normal–. La última vez que vino usted aquí me enseñó una moneda muy extraña, ¿verdad? Mr. Emurian, que está allá en el fondo, entiende mucho de estas cosas. ¡Es un hombre muy educado! ¿Quiere que le pregunte qué es?

Aquello le pareció a Tony una misteriosa coincidencia. Asintió entusiasmado. El dueño del restaurante le llevó la moneda y se la enseño. Estuvieron hablando largo rato, pero no en inglés. El dueño del restaurante volvió.

–Dice que no había visto nunca ninguna igual –dijo–. Y que no había oído hablar nunca de Barkut, de donde parece que viene. Pero dice que hay una serie de historias referentes a las monedas y objetos que proceden de sitios de los que nadie ha oído hablar. Dice que si quiere se lo contará.

–¡Por favor! –dijo Tony; notó que su corazón latía con fuerza–. Si quiere venir aquí...

–¡Oh!, quizá aceptará una taza de café –dijo el dueño del restaurante–. Es un hombre muy educado Mister Emurian.

Volvió a marcharse. El calvo se levantó y se acercó con noble dignidad a la mesa de Tony. Sus ojos centelleaban. Tony estaba un poco impresionado de ver que aquel Mister Emurian, que parecía tan extranjero, hablaba un inglés tan perfecto y se encontraba tan enteramente a sus anchas.

–Hay una leyenda –le dijo a Tony con humorismo– que acaso pueda a usted divertirlo... ¿puedo dejar aquí mi taza de café? Gracias –se sentó–. Es un cuento de porteras y, no obstante, se amolda perfectamente a las teorías de Einstein y otros sabios. Pero conozco a un hombre de Ispahan que le hubiera dado una fuerte suma por esta moneda a causa de su leyenda. ¿Querría usted venderla?

Tony movió negativamente la cabeza.

–¿Qué le parecen... quinientos dólares? –preguntó Mister Emurian, sonriendo a través de sus lentes–. ¿No? ¿Ni mil? Le daré la dirección del hombre que quizás se la compraría por si algún día quiere usted venderla.

Tony estaba demasiado estupefacto para mover siquiera la cabeza.

–Este hombre –prosiguió Emurian echándose a reír– le dirá que esta moneda procede de un país que no figura en nuestros mapas porque es inalcanzable por los medios ordinarios. Y no obstante es completamente real y tiene un cierto comercio con nosotros. Es decir... ¿ha oído usted alguna vez hablar de Mundos que se suponen son como el nuestro pero con otras... ¿cómo decir?... dimensiones, o en tiempos paralelos, pero no idénticos?

–He leído *La máquina del tiempo,* de Wells –dijo Tony sombríamente.

–No es lo mismo –le aseguró el hombre de tez morena–. Y la idea de lanzar nuevas máquinas para viajar entre una serie de nuevas dimensiones, o a través del tiempo es completamente absurda. Los descubrimientos de este género no son nunca imperativos. Cuando fue descubierta la electricidad, fue el propio Franklin quien observó que no se trataba de una nueva fuerza, sino de una cosa sumamente vulgar. Toda tormenta, desde los albores del tiempo, lo ha demostrado. Análogamente, si el viaje a otros Mundos o a otros tiempos tiene que ser algún día posible, es seguro que su descubrimiento no será un hecho dramático. Se verá claramente que el hombre lleva siglos y siglos realizándolo como la cosa más natural del Mundo, sin darse siquiera cuenta de ello.

–Quiere usted decir... –intervino Tony.

–La leyenda –dijo Mister Emurian– sugiere que su moneda viene de un Mundo diferente del nuestro. De un Mundo en el cual la historia niega con razón la mayor parte de la historia que sinceramente enseñamos a nuestros hijos –miró sagazmente a Tony y prosiguió–:

Ordinariamente, dos cosas que son iguales a una tercera, son iguales entre sí. Pero dos lugares que son exactamente iguales entre si, son idénticos, son el mismo lugar. ¡Ahora fíjese bien! Supongamos que en alguna parte existía un Mundo en el cual la lámpara de Aladino existía realmente y funcionaba perfectamente. Supongamos que en este Mundo existiese un lugar absolutamente idéntico a un lugar de este Mundo. Hubiera tenido que ser un lugar en el cual el funcionamiento o no funcionamiento de la lámpara de Aladino no implicase la menor diferencia. Ahora bien, según la leyenda, estos dos lugares, en dos Mundos, se convertían en un solo lugar situado en dos Mundos, que serviría de puerta perfectamente práctica entre ellos. Los viajeros lo cruzarían de una parte a otra sin tan siquiera darse cuenta. Acaso usted y yo pasemos cotidianamente por uno de estos portales sin tan sólo saberlo lo más mínimo.

El hombre moreno parecía encontrar una cierta complacencia en la mirada de asombrado entusiasmo del rostro de Tony. Levantó una mano perfectamente manicurada.

–Mire usted este restaurante; aquí, esta noche –dijo, radiante–. Hoy, por ejemplo, Calcuta puede estar totalmente destruida por un maremoto, hundida para siempre bajo las aguas. O puede no estarlo. Aquí, ahora, no sabiendo nada de lo ocurrido, para nosotros no representaría la menor diferencia. Así, esta noche, desde este restaurante podemos hallarnos en dos Mundos diferentes: usted, en aquél donde este acontecimiento ha tenido lugar, yo en el Mundo donde no ha ocurrido. Y yo puedo seguir viviendo pacíficamente y morir a avanzada edad en Calcuta, que para usted está completamente destruida.

–¡Pero estamos en el mismo Mundo! –protestó Tony– ¡Seguiremos en el mismo Mundo!

–Probablemente, pero ¿está usted seguro? –preguntó Mister Emurian, guiñando un ojo a través de los lentes–. No nos habíamos visto nunca. ¿Cómo sabe usted que he vivido siempre en este preciso Mundo? ¿Cómo sabe usted que la historia del Mundo en que nací es la misma? Seguramente no me enseñaron la misma historia. Y si esta noche nos separamos y no volvemos a vernos jamás ni vuelve usted a oír hablar de mí, ¿cómo sabe usted que sigo viviendo en el Mundo que usted habita?

Tony contestó en un tono doloroso, pero latiéndole el corazón con violencia:

–No, supongo que no. Pero no hay prueba tampoco de que...

–De acuerdo –asintió Mister Emurian–. No puede haber ninguna prueba. Le he explicado a usted una leyenda. Dice que hay otros Mundos. Para nosotros no son completamente reales porque no podemos alcanzarlos a voluntad. Pero según la leyenda se tocan en muchos sitios y es posible pasar de uno a otro, y en realidad visitamos constantemente ciudades fronterizas de otros Mundos sin tan sólo saber. No lo sabemos, porque formamos parte de nuestro Mundo y hay en él una atracción; un magnetismo, una gravitación, quizá, que nos retiene antes de que franqueemos este portal que nos llevaría a un Mundo que no es el nuestro propio.

Miró a Tony con benevolencia a través de sus lentes.

–En cuanto a su moneda... algunas veces esta gravitación o atracción no es suficiente. Penetramos profundamente en otros Mundos y sin duda alguna somos muy desgraciados. O un objeto de otro Mundo penetra en el nuestro. Pero siempre la gravitación o el magnetismo subsisten hasta un cierto grado. Esto es lo que mi amigo de Ispahan cree... tan firmemente que quizá esté dispuesto a pagar dos mil dólares por la moneda que tiene usted en la mano.

Tony miró la moneda con profundo respeto. En toda su vida no había poseído nada que valiese ni la ínfima fracción de dos mil dólares. Su conciencia se expresaba en frases inconfundibles. Lentamente, dijo:

–En este caso creo mi deber venderla. No puedo realmente permitirme llevar en el bolsillo un talismán de este valor. Podría... perderlo –después de una breve pausa, dijo con interés–: ¿Supongo que su amigo debe coleccionar monedas?

–Nada de esto –dijo Mister Emurian. Es hombre de negocios. Usará esta moneda, estoy seguro de ello, para penetrar en este otro Mundo y fundar una rama de su negocio en él. Importará dátiles de Barkut o higos secos o alfombras, o posiblemente oro, incienso y mirra. Puede comerciar con monos, marfil, y pavos reales a cambio de cuchillos de Birminghan, estampados de algodón, o lámparas de petróleo. Y si la atmósfera es similar puede establecer una residencia surtida de lindas muchachas esclavas y guardias mamelucos, y consagrarse a una vida de confortable lujo sin temor a las bombas atómicas y al comunismo.

–¿Y cómo lo guiaría la moneda a este otro Mundo? –preguntó Tony interesado.

Mister Emurian agitó lentamente un dedo en el aire con gesto admonitorio:

–Acepta usted mi leyenda como un hecho, mi querido amigo. ¡Es usted un romántico! –después añadió, pausadamente–: No sé cómo usará la moneda como guía. No sé si no considerará que no era completamente real en este Mundo y por consiguiente tenía que estar exenta de algunas leyes físicas. Esperará que manifieste cierta tendencia a volverse más real, lo cual puede conseguir únicamente regresando a su propio Mundo y tiempo. En qué forma esta tendencia aparecerá, me es imposible conjeturarlo. Pero le daré el nombre y dirección de mi amigo. Le prometo que le pagará un alto precio por su talismán.

Tony Gregg miró casi con voracidad la moneda. Una idea brilló en su cerebro. Su conciencia, los ojos fijos en aquellos dos mil dólares, protestó enérgicamente.

–Voy a dejar que la moneda decida –dijo acongojado–. Cara, la vendo; cruz, la guardo.

La lanzó. La moneda rebotó sobre la mesa. Cruz. Tragó saliva aliviado y echó su silla atrás.

–Ya está decidido –dijo, sonrojándose un poco en su excitación–. Y... y no quiero el nombre y dirección de su amigo porque no quiero poder cambiar de idea.

Mister Emurian estaba radiante.

–Es usted un romántico –dijo aprobando–. ¡Es admirable! ¡Le deseo toda suerte de felicidades, señor!

Tony le dio las gracias un poco emocionado, pagó su cuenta y salió.

Ya fuera, en aquella calle alumbrada, se sintió más o menos aturdido; su conciencia le hostigaba, dirigiéndole amargos reproches, instándolo a que volviese a entrar y pidiese la dirección que había rehusado. Estaba en el barrio sirio, en el bajo East Broadway y en los escaparates todavía iluminados brillaban letreros con caracteres árabes. La mayoría de los edificios estaban obscuros y silenciosos y sólo circulaba algún que otro camión retrasado. La atmósfera era un compuesto exótico y vulgar que no inspiraba ideas claras. Los hechos se tambaleaban también. Que la moneda que Tony llevaba en el bolsillo valiese dos mil dólares

era suficiente para aturdirlo. No había llevado nunca en el bolsillo más allá de su salario semanal y jamás durante mucho tiempo.

Se encaminó por lo tanto hacia el metro que venía de Atlantic Avenue, Brooklyn; lo llevaría hacia la ciudad alta, sólo hasta Times Square. En Times Square cambió de tren como un sonámbulo y siguió ciudad arriba. Estaba perdido en un mar de especulaciones que no le permitía casi darse cuenta de cuanto le rodeaba. Acababa de salir del subterráneo y se dirigía a su alojamiento cuando se dio cuenta que la agitación le había impedido comerse el *shishkebab* que había pagado. Había ido a cenar y tenía todavía hambre. Automáticamente tiró la moneda. Salió cara. Fue a cenar. El hombre que estaba sentado en el taburete contiguo se levantó y salió, dejando un periódico sobre el que se había sentado una vez lo hubo terminado. Tony lo cogió rápidamente mientras esperaba su «hamburger» y café. Entonces sintió un escalofrío que recorrió su espinazo y casi se atragantó. El periódico era la *Gaceta de Carreras*.

Mientras iba subiendo por la ciudad Tony tuvo una amarga discusión con su enfurecida conciencia. Insistió defensivamente en que si un importador de dátiles e higos secos y alfombras de Ispahan podía sacar provecho de un viaje a Barkut, ¿por qué no podía obtener incluso mejores beneficios un americano despierto y activo? Tony no era un hombre de negocios, pero le habían enseñado a creer que todo el que no sintiese por encima de todo el deseo de ser un muchacho emprendedor y activo era que tenía algún defecto congénito. De manera que habiendo insistido siempre febrilmente en que la venta de refrigeradores eléctricos, medias de nylon, fertilizadores, lápices de labios, y «chewing-gum» era la ambición de su vida, aquélla era su oportunidad. Pero ahora su mente se alejaba hacia visiones de ciudades de blancas murallas bajo un Sol deslumbrante, muchachas esclavas de ojos lujuriosos, mamelucos armados de cimitarras, y caravanas de camellos avanzando ondulantes por las desnudas extensiones del desierto.

Con una tumultuosa confusión de estas imágenes terminó su cena y se metió en su habitación con el periódico bien sujeto bajo el brazo. Allí permaneció sentado basta pasada medianoche, lanzando la moneda y buscando la prueba crucial de sus virtudes. Soñó caóticamente toda la noche y cuando vino la mañana se despertó con pleno sentido común; a saber, su conciencia, censurándole amargamente todos sus planes.

Pero él no se sentía avergonzado de ellos. Su conciencia llegó a un enfurecimiento casi histérico, pero salió de su casa con aire ceñudo, como para evitar sus propias miradas, y se fue al hipódromo de Belmont con el sombrero inclinado sobre su frente. Cuando puso los primeros dos dólares en la ventanilla de apuestas su conciencia había quedado reducida a una simple mofa acusadora tratándole de idiota y romántico, por haber rehusado dos mil dólares por una vulgar moneda de la suerte a fin de poder usarla como guía al hacer apuestas de dos dólares.

–¿Un caballo llamado Rainy Sunday*?* –le decía su conciencia con irrisión–. *Mañana sería* Black Friday, *cuando él estuviese ya despedido por haberse tomado un día de vacaciones sin permiso.*

Pero *Rainy Sunday* ganó, pagando seis a dos. Después *Occiput* ganó también. Después, por orden, *Slipstream* y *Miss Inflation*, y *Quiz Kid*, y *Armageddon*... y así sucesivamente.

Tony regresó a la ciudad como aturdido. Había ganado una tontería... llevaba más de once mil dólares en el bolsillo. Su conciencia le decía con helada reprobación que había sido todo mera

coincidencia y que ahora lo indicado en su caso era invertir aquellos once mil dólares en buenos valores seguros y no volverse a acercar nunca más a un campo de carreras.

Así Tony volvió a su habitación, hizo su equipaje febrilmente mientras su conciencia lo censuraba con creciente agitación, pagó la nota de su alojamiento, salió y tomó un taxi mientras el ansia de resolución –y fuga– se apoderaba de él. En el taxi lanzó la moneda para ver adonde debía dirigirse para llevarla cerca de Barkut. Si existía alguna misteriosa atracción que trataba de atraer la moneda a su propio Mundo, tenía forzosamente que obrar sobre probabilidades, creando las coincidencias que la llevarían su país. Y si alguien se dejaba guiar por ellas echándolo a cara o cruz...

Bien, en todo caso había once mil dólares que parecían confirmar la teoría.

Un par de semanas después, Tony consideró la teoría probada. En aquel tiempo había llegado –estaba completamente seguro de ello– a un lugar situado muy alejado de cualquier punto de todo mapa imaginable del Mundo en el que había nacido. Se encontraba en una playa de arena, con el mar azul a su izquierda y el desierto por todos los demás lados. Un remolino de tamaño mediano, como un demonio de arena, giraba meditativamente a unos cuatrocientos metros de él, al parecer observándolo.

Tony vio un árabe del desierto, muy sucio, resbalar sobre su pie derecho y otros dos granujas igualmente sucios, lanzarse furiosamente hacia él armados de lanzas, por la derecha y la izquierda. En aquel momento pensó inoportunamente, pero sin arrepentimiento, en los lanzamientos de la moneda que habían empezado su mañana.

No tuvo tiempo de filosofar, sin embargo. Agarró, pues, la larga y curvada cimitarra con la mano, apartó su gabán con cinturón a la espalda con la mano izquierda e hizo frente a sus presuntos asesinos.

II

Hubiera podido ser un día muy feliz –hasta la aparición de los granujas sucios, por lo menos–, pero la conciencia de Tony había tratado de estropearlo todo. Hablaba con una inflexión de voz muy parecida a la de la tía solterona que lo había criado. Tony se metería en complicaciones, decía melancólicamente su conciencia, por marcharse sin pasaporte, y sobornando incluso a alguien para que lo ayudase a conseguirlo. Hubiera debido pagar los impuestos sobre los once mil dólares, e invertir el resto en valores seguros. No hubiera debido cruzar el Atlántico Sur en un avión tan anticuado hasta un campo de aviación de Túnez, en lugar de ir a un aeródromo corriente donde hubiera sido detenido por falta de papeles. No hubiera debido agredir al oficial de la Aduana de Túnez cuando a pesar de todo estaba a punto de detenerlo por indocumentado, pese a que la moneda salió cara cuando la lanzó en demanda de decisión. Y con toda seguridad, habiéndolo hecho, no hubiera debido poner un billete de cien dólares entre los dedos oficiales, para que el hombre los encontrase al volver en sí. Desde luego, el oficial cerró el pico y se embolsó los cien dólares, pero cincuenta hubieran sido suficientes. Después de todo, ¿de dónde vendría más dinero cuando éste se hubiese terminado y qué ganaba Tony, a cambio, derrochándolo de aquella manera?

Así decía la conciencia de Tony, que era una aguafiestas nata. La ignoró cuanto pudo. Era realmente cómico mofarse ahora de los reglamentos y el funcionarismo después de haberse pasado la vida sujeto a ellos. Su conciencia, ultrajada, le decía ahora que era un felón y que no tardaría en ser encerrado en una cárcel con los servicios sanitarios más primitivos. La anciana tía de Tony, que había formado su conciencia, fue siempre sumamente estricta en cuestión sanitaria.

Pero Tony no hacía caso. Gastó dinero con prodigalidad y consiguió a cambio cosas que apreciaba altamente. Una puesta de Sol en el desierto. Una vez, la rápida visión del rostro moreno de una muchacha árabe, descubierto en un momento en que el viento sopló por debajo de su velo. El olor de los caballos y camellos y del Oriente en general –concentrado era horrible, pero suficientemente diluido era delicioso–, y aquel maravilloso momento que pasó hacia el final de su viaje, cuando un granuja ladrón trató de robarle en el bazar de Suakim, en el Mar Rojo, y Tony lo salvó magnánimamente de los furiosos golpes de los indignados mercaderes que intentaban robar a Tony de otra forma. Más tarde contrató a aquel ladrón para que le hiciese de guía e intérprete. La moneda salió cara cuando la echó en busca de la decisión a tomar.

Todas estas cosas le producían una satisfacción que era imposible obtener por medio de las acciones aprobadas por el sentido común y el código de conducta a que un muchacho recto y prometedor debería someterse. Tony prosperó con ellas. Adquirió peso. Se tostó con el Sol. Encaminándose alegremente hacia donde la moneda le indicaba, ignorando lo que el próximo futuro le reservaba, salvo que era inesperado, se irguió sobre lo que había sido la incipiente joroba de un tenedor de libros. Caminaba mucho más libremente y parecía –esto era lo curioso del caso– avanzar hacia una situación de prosperidad muy superior a la que había soñado nunca.

Su conciencia lo reconocía así refunfuñando, pero lo censuraba todavía con mayor severidad a medida que derrochaba sus fondos avanzando en cualquier dirección que la moneda le

sugiriese en su supuesto viaje de regreso. Cosa curiosa: la moneda llegó a un nivel perfecto de caras y cruces en el espacio de un lapso de tiempo determinado. Las leyes del azar no fueron quebrantadas por un número excesivo de caras o cruces, ni series excesivamente largas de las mismas. No había ni la más remota garantía de que los viajes de Tony fuesen guiados por otra ley que la más arbitraria fantasía. Pero una vez marcados en el mapa, sus viajes eran convincentemente directos. Había llegado tan directo como los medios de comunicación se lo habían permitido a Suakim en el Mar Rojo.

Suakim es y siempre será una calurosa, aletargada y olorosa ciudad llena de árabes, tamiles, somalíes y otras razas que consideran a los no musulmanes –incluyendo a sus gobernantes oficiales– como la presa legítima de los Creyentes. El recién contratado intérprete consideraba a Tony como su presa particular y legal. Durante algún tiempo, trató de recoger beneficios induciendo a Tony a efectuar adquisiciones en las cuales él –el intérprete– cobraba comisiones de un cincuenta a un setenta y cinco por ciento. Durante toda una larga noche estuvo esperando que Tony roncase a fin de poderle robar su equipaje, pero Tony dormía profunda y silenciosamente, como un chiquillo.

Pero un día llegó la oportunidad para el intérprete.

El tercer día de la estancia de Tony en Suakim –la moneda salía invariablemente cruz a la menor sugestión de marcha–, Tony hizo algunas compras insignificantes en el bazar. Dio una libra egipcia para pagar. En el cambio había una pequeña moneda de plata con una inscripción en árabe en una cara y un trono vacío en la otra. Tony la contempló con calma aparente y la mostró a su asalariado ladrón.

–Esta es una moneda de Barkut –le dijo al hombre que trataba de robarle–. Es mi deseo ir a Barkut, arregla lo necesario.

Regresó a su hotel infestado de moscas, donde pagaba nueve veces el precio que hubiera debido pagar por su alojamiento. Pasó algún tiempo lanzando la moneda. Desde que supo cómo entendérselas severamente con su conciencia, Tony había cambiado mucho, tanto externa como internamente. La moneda cayó algunas veces de cara y otras de cruz. Si tenía realmente un instinto de regresar a su mundo, aquello no le daba ninguna información esencial. Si hasta ahora todo había sido una mera cuestión de suerte, y la serie de coincidencias entre el hecho y la cara o cruz se aproximaban a su fin, aquello lo llevaba simplemente a preparar un ceremonioso suicidio.

Al cabo de una hora su intérprete regresó al hotel con todas las posibles garantías de que había alquilado un *bakhil* que llevaría a Tony a Barkut. En aquellos momentos estaba acabando de embarcar su cargamento. Estaría en el puerto a la puesta de Sol, y Tony tenía que embarcar secretamente durante la noche a causa de los reglamentos portuarios.

Tony hizo su equipaje. Estaba razonablemente bien equipado ahora. Se vistió para el viaje de la manera más inapropiada posible. Llevaba un sombrero de fieltro blanco, zapatos de color sumamente relucientes y un gabán de pelo de camello con un cinturón en la espalda. Se metió un revólver en el bolsillo.

Cerró la noche. Tony cenó lo mejor que le permitieron los recursos de Suakim, y se sintió optimista, expansivo, y esperanzado. Dos horas después de haber obscurecido, el intérprete regresó con la noticia de que el *bakhil* estaba fuera del puerto y esperaba su llegada. Tony fue

solo al muelle de Suakim, acto poco cauteloso de por sí, solo y de noche, bajó una escalera, se metió en un bote y dejó que lo llevasen remando a través de la obscuridad. La noche era negra, salvo las estrellas que brillaban extraordinariamente sobre un cielo de terciopelo. Los murmullos soñolientos y misteriosos de la ciudad eran sumamente románticos. Se oía el lamer de las olas y en algunas partes los ecos de una música de cuerda donde reinaba la alegría entre los trasnochadores; lejos ladraba indignado un perro, en la obscuridad. Esto era todo, aparte del rumor de los remos.

De repente, una forma obscura apareció delante de él. El *bakhil* aparecía como una masa informe de unos veinte o veinticinco metros de eslora, con un grueso mástil macizo y un bauprés colosal bajo su vela latina. El intérprete de Tony gritó. Una voz gutural le respondió. La pequeña embarcación atracó al *bakhil* y el intérprete la detuvo para permitir a Tony subir a bordo. Trepó a cubierta. El *bakhil* apestaba majestuosamente a pescado, ostras perlíferas, pieles de cabra, petróleo y alquitrán, agua estancada y humanidad. Su cubierta era un impenetrable amasijo de sombras bajo la luz de las estrellas. Tony exhaló un profundo suspiro de la más completa satisfacción. Se apartó a un lado para no estorbar el paso.

Se oyó un grito enfurecido, más tarde el ruido de los remos manejados con la más entusiasta velocidad. El guía-intérprete de Tony había obsequiosamente sostenido el bote para permitir a Tony embarcar en el *bakhil*. Los sucios facinerosos de la tripulación estaban preparados para recibir su equipaje, pero en su lugar vieron el pequeño bote alejarse con toda la fuerza de sus remos a la máxima velocidad de que el intérprete era capaz.

La tripulación del *bakhil* estalló en aullidos de rabia que no eran fruto de la justa indignación al ser testigos de un robo, sino la rabia mucho mayor de verse privados del privilegio de robar ellos a Tony sus propiedades. Los hombres corrían arriba y abajo de cubierta lanzando maldiciones con toda la fuerza de sus voces. Entonces, a proa, una voz ahogó las demás. Un pequeño bote del *bakhil* cayó al agua y salió a todo remo en persecución del primero, cargado con el equipaje de Tony.

Tony se dirigió lentamente hacia la popa y se acodó sobre la borda. Sacando un encendedor de su bolsillo, encendió un cigarrillo y empezó a fumar beatíficamente siempre con el mechero en la mano. Este acto era el resultado de una serie de jugadas a cara o cruz de la moneda de oro de Barkut cuando la lanzó para saber en qué forma debía preparar su viaje por mar. Todo aquel alboroto era una consoladora confirmación de la tendencia de aquella moneda de diez *dirhim* a regresar a su Mundo. Fumaba beatíficamente, mientras por las obscuras aguas del puerto el segundo bote, armado por sombríos malhechores, perseguía furiosamente al viperino ladrón, y el resto de la tripulación del *bakhil* escuchaba entre maldiciones los ruidos del agua.

Muy lejos se oyó un aullido de furia. Más lejos todavía, un triunfal grito de irrisión. Se oyeron muchos murmullos. El bote del *bakhil* regresó a bordo en medio de una espesa nube de sulfuroso lenguaje; el ex intérprete de Tony había sin duda conseguido ganar la orilla y huir con su botín.

Los hombres de la tripulación treparon a bordo. El bote fue también rápidamente izado. Las murmuraciones seguían a buen tren. Entonces los hombres se acercaron a popa, donde Tony estaba fumando en una bienaventurada contemplación. Lo rodearon amenazadores. Tony encendió su mechero y la llama le reveló los villanos rostros barbudos de la tripulación del *bakhil*. Pechos velludos y ropas en harapos, cuchillos brillando y a punto.

Pero la llama del encendedor les reveló a Tony fumando apaciblemente un cigarrillo, en una mano el mechero, con su llama temblorosa, y en la otra un revólver a punto de disparar.

Hubo una pausa sin palabras.

En aquel momento llegó a ellos desde lejos el ruido de un motor de embarcación. Comenzó a zumbar con una especie de rugido que delató que se trataba de una lancha del puerto. Una lancha de la policía, probablemente, dispuesta a investigar la causa de aquel griterío y aquella furia, en las obscuras aguas del puerto. Si Tony era asesinado allí, en aquel momento, su cuerpo podía ser arrojado por encima de la borda sin haber sido siquiera robado, e incluso aquello sería peligroso. Más aún: podía matar a alguien primero.

El sonido de la lancha de la policía resonaba por todo el puerto. Una voz dio un grito de alarma en la cubierta del *bakhil*, y el grupo que rodeaba a Tony se disolvió en el acto. Los hombres se precipitaron a las drizas y las berlingas.

La gran vela latina se izó crujiendo contra el cielo, y algunos hombres se precipitaron a un rudimentario cabrestante para izar el ancla del *bakhil*. Entonces, lentamente, bajo algunos soplos insignificantes del viento de tierra, el *bakhil* se alejó.

La embarcación avanzó suavemente sobre el agua. Cuando la lancha de la policía estuvo cerca, Tony arrojó su cigarrillo al agua y lo contempló alejarse. Sentía una satisfecha confianza de que todo iba bien.

Pero su conciencia sollozaba mientras la lancha policía iba alejándose. Ahora sería asesinado y no habría alma viviente capaz de tener la menor idea de su sino. Su rastro sería encontrado quizá hasta Suakim..., y aún esto era muy improbable; pero de Suakim en adelante parecería haberse evaporado. Al alba, el *bakhil* estaría muy lejos de todo testimonio de lo que hubiese podido ocurrir en su cubierta. Tony sería asesinado y robado, y el remanente de sus posesiones, repartido entre aquellos forajidos que no tenían la menor intención de llevarlo adonde había sido convenido. ¿Y qué habría hecho de bueno o tan sólo intentado hacer? Incluso si contra toda probabilidad se salvaba del asesinato, no había ni tan sólo fingido hacer averiguaciones en Suakim sobre los probables productos de Barkut, sobre el mercado que podía ofrecer a la importación, e incluso sobre los posibles beneficios de un comercio de importación-exportación. Había desperdiciado su vida y, más aún aquí –la conciencia de Tony le hacía reproches con acrimonia–, no había hecho ni uno solo de los actos que un muchacho activo y de porvenir hubiera hecho antes que todo.

III

El *bakhil* salió del puerto. El viento había refrescado, y se inclinaba bajo la brisa cortando las olas con la proa. Tony fumaba satisfecho. Reflexionaba que para un viaje a Barkut y otros lugares no señalados en los mapas, era necesario algo como la imposibilidad de hallar su rastro. Si el área que rodeaba una puerta era alguna vez explorada por una persona que hubiese pasado por ella, esta misma exploración la cambiaría, de manera que dejaría ya de ser idéntica en los dos Mundos, y por lo tanto, de ser una puerta. En tiempos remotos, cuando las noticias viajaban despacio y nadie pensaba en buscar a las personas desaparecidas, debieron existir seguramente varias puertas. Esto explicaría las numerosas fábulas en las que nadie creía ahora, pero que eran probablemente historia en algún Mundo ignorado. Había probablemente un activo comercio entre lugares en que las lámparas maravillosas eran adminículos funcionales, y lugares prosaicos como el Mundo de la juventud de Tony. Ahora las puertas eran probablemente raras y el comercio casi inexistente. Pero no del todo. ¡De esto tenía la prueba!

Así pues Tony sonreía, satisfecho, bajo la luz de las estrellas en la popa del *bakhil*. Dejaba que su imaginación galopase por imágenes de ciudades de blancas murallas bajo un cielo abrasador, y caravanas de camellos avanzando lentamente por las arenas de fábula, y para ser franco en este asunto, meditaba con cierto interés sobre la posibilidad de unas muchachas esclavas de ojos lascivos cuyo sentido de abnegación para con sus dueños podía hacer de ellas unas interesantes compañeras, a condición, desde luego, de ser sus dueños.

Cuando salió el Sol, seguía pensando en la clase de residencia que un muchacho ansioso de progreso tenía que establecer en Barkut, si esta tierra estaba habitada, como el calvo había sugerido en el restaurante del *shishkebab*. Pero a su alrededor no había el menor síntoma de civilización. El *bakhil* se deslizaba suavemente sobre unas olas que no eran altas ni despreciables. El mar era de un color absurdo, pero fascinador. El cielo era de un color lapislázuli, y el *bakhil*, de un arcaísmo destartalado. El pesado bauprés que arrastraba la mayor, parecía estar a punto de quebrarse bajo el peso de la remendada vela y el viento que la azotaba. La tripulación estaba formada por la banda más facinerosa de asesinos que un director hubiera podido buscar en vano para rodar una película de aventuras. No había un solo hombre que no llevase un cuchillo a la vista y pocos que no llevasen alguna cicatriz fruto del cuchillo de los otros. El rostro del capitán recordaba de una manera irresistible la plantilla de un crucigrama sin llenar.

Nadie dirigía la palabra a Tony. Los ojos de todos relucían cuando cruzaba su mirada con ellos. El *bakhil* navegaba en una dirección que Tony no podía determinar, hacia un destino que le era imposible conjeturar, salvo que seguramente no era Barkut, y no había al parecer alma viviente a bordo, aparte de él, que hablase inglés, ni otro sentimiento que el de una asesina antipatía hacia él.

Lanzó al aire la moneda de diez *dirhim* y sintió una extraordinaria paz invadirlo. Los miembros de la tripulación vieron el brillo del oro bajo la luz del Sol. Si Tony se apartaba de la borda y uno de ellos podía colocarse detrás de él, su suerte estaba echada. Si se dormía, se despertaba en otro Mundo, pero no en Barkut. Su vida dependía del hecho de que tenía un revólver y de que podía costar algunas vidas matarlo a él. Esperó satisfecho durante todo el

día bajo el ardiente Sol a que cayese la noche, dándose perfecta cuenta de que con la obscuridad se llevarían a efecto los planes de desembarazarse de su enojosa presencia.

Vino el crepúsculo. Gloriosos rojos y oros. La superficie del mar parecía de un áureo metal fundido. Los barbudos villanos del *bakhil* se postraron de rodillas en piadosa plegaria a Alá, y empezaron quedas discusiones sobre la manera más práctica de insertar seis o siete pulgadas de acero en el hígado de Tony.

Él estaba radiante. Vivía. Aquello era vida, y emoción, y aventura como jamás la había soñado. Su conciencia guardaba un silencio desesperante. Tony no hubiera cambiado su sitio por nadie de este Mundo.

El Sol se ocultó bajo el horizonte. La penumbra pareció caer sobre el Mundo por todos los ámbitos del horizonte. La obscuridad aparecía por el borde del Mundo, las sombras se hacían más opacas sobre la cubierta del *bakhil*, *y* Suhail, la gran estrella, relucía brillante sobre el cielo obscurecido. Después, fue de noche.

Los hombres se reunieron a proa. Y Tony arrojó por la borda su vigésimo cigarrillo del día y lo ovó silbar levemente al tocar el agua. Avanzó rápido, silenciosamente.

El timonel cerró los ojos y cayó sobre cubierta. La obscuridad ocultó su dolor. Había sido víctima de un golpe científico aprendido por Tony en el vecino palacio cinematográfico de Amsterdam Avenue, cuando vio a Randolf Scott en un papel de policía de fronteras. Tony volvió a meterse el revólver en el bolsillo, arrastró la embarcación bajo la popa del *bakhil*, y tiró con fuerza del guardín. El pesado *bakhil* viró pesadamente, puso proa al viento y se detuvo. Su vela latina azotó furiosamente el mástil. El barco dio de banda, su grueso bauprés se hundió en las aguas *y* el *bakhil* pareció estremecerse indeciso, muerto sobre las olas, perdido todo rumbo.

Tony se deslizó por la borda hasta la pequeña embarcación. Agarró los remos en el momento en que un desagradable grito resonaba en cubierta. Bogó hacia la obscuridad. No tenía la menor idea de dónde podía estar, salvo que llevaba unas veinte horas de lenta navegación desde Suakim. Podía encontrarse en algún punto de la costa oriental de África o a lo largo de las costas de Arabia. Lo esencial era alejarse del *bakhil*, donde su asesinato ofrecía en aquellos momentos prometedoras probabilidades.

Se alejó. Una vez creyó que se había restablecido una cierta calma a bordo del barco, dejó de remar *y* envolvió los remos. Después volvió al trabajo avanzando lentamente a barlovento. El *bakhil* tenía un poco menos de las condiciones marineras de una bañera corriente. Apostándose a barlovento, él podía ganar más rápidamente a sotavento por la fuerza humana que el *bakhil* a la vela. Con toda certeza, una vez se hubiese perdido en la obscuridad no volvería a encontrarlo nunca más.

Y no lo encontró. Media hora después, Tony Gregg, ataviado con un sombrero blando de fieltro, zapatos de color muy relucientes *y* un gabán de pelo de camello con cinturón en la espalda, se acomodó en el fondo de la embarcación y se dispuso, contento, a dormir. Su último pensamiento fue el vago asombro de que incluso aquel bote tuviese un persistente olor a pescado, ostras perlíferas, pieles de cabra, agua estancada, petróleo, y a sucia humanidad que recientemente lo había ocupado.

Unos golpes lo despertaron. La quilla del bote golpeaba una playa de arena. Abrió los ojos y vio un colosal rostro con una expresión amistosamente estúpida que lo miraba con la boca abierta. Supo inmediatamente que era una ilusión, porque tenía metro y medio de oreja a oreja y era sin duda una aparición formada por el vapor. Cerró resueltamente los ojos y se dijo que tenía que despertarse. Cuando volvió a abrirlos, no había naturalmente nada a la vista, más que un cielo muy claro y muy azul por encima de la regla. Pero el bote volvió a golpear. Tony se incorporó *y* vio una orilla arenosa y una playa arenosa, y una extensión desierta y arenosa que se extendía a lo lejos. No había rompientes. Leves olas sacudían la frágil embarcación y la hacían golpear contra la orilla, arrastrándola suavemente hacia un lugar donde el leve oleaje formaba una tenue espuma.

No había más que un detalle verdaderamente curioso en aquel Mundo que estaba viendo. Lo extraño era un pequeño remolino de color obscuro como un demonio de arena que avanzaba por la playa a unos cien metros de él. Parecía –la idea era una fantasía– la imagen de un *djinn* saliendo de una botella, que había visto en un ejemplar de *Las Mil y Una Noches* que Tony había tenido siendo chiquillo. Observó el parecido, pero, desde luego, nada más. En primer lugar, no había botella. Después, aquel pequeño remolino avanzaba de una forma completamente natural. Avanzó un par de centenares de metros más y se detuvo, girando de una forma cautelosa.

Tony permaneció sentado inmóvil hasta que, finalmente, el bote encalló. Esperó el momento en que una ola retrocedía *y* saltó a la playa sin mojarse más allá de las suelas de los zapatos. Ya estaba con seguridad, en tierra y casi infinitamente solo. A un lado tenía mar y en otro arena. Nada más. No había siquiera un ave marina azotando el agua con las alas. Sólo el demonio de arena giratorio para romper la soledad. Era curioso que fuese tan obscuro, girando sobre aquella arena tan blanca. Parecía más bien como de humo.

Lanzó la moneda de diez *dirhim* y avanzó valientemente por la arena obedeciendo su decisión. Cubrió ochocientos metros. El remolino persistía. Avanzaba tierra adentro. Aumentaba de tamaño, como para no perderlo de vista. Era extraño...

Entonces aparecieron tres hombres montados en camellos en la cresta de una duna de arena, *y* se detuvieron, mirándolo. Les hizo una señal. Avanzaron hacia él, haciéndose sombra delante de los ojos, en busca de posibles compañeros suyos por los alrededores. Pero estaba evidentemente solo. Hablaron unos con otros en voz baja.

Se acercaron más *y* desmontaron, mirándolo sonriendo, como un gato mira a un canario dentro de la jaula. Eran barbudos, iban sucios y seguramente estaban llenos de parásitos. Uno de ellos, bajo *y* grueso, tocó sugestivamente su cimitarra; los otros dos llevaban lanzas. El pequeño remolino seguía agitándose nerviosamente a unos ochocientos metros. Los tres hombres ni lo miraron.

Tony lanzó su moneda, que brilló reluciente bajo el Sol. La expresión del trío cambió de meramente amenazadora a resuelta. El hombre pequeño de la cimitarra avanzó decididamente hacia Tony. Los otros dos miraban con ojos brillantes. El hombre pequeño dijo algo que probablemente significaba: "¡Dámela!" Tony volvió a agitar la moneda. El hombre de la cimitarra hizo el gesto de cogerla. Tony le arreó fuerte en la barbilla. Sintió un cierto orgullo

ingenuo cuando el hombre rodó de espaldas, gimiendo sorprendido. Tony cogió rápidamente la cimitarra *y* se dirigió a los otros.

–Me dirijo a Barkut. Pero estoy dispuesto a pagaros...

Los dos hombres arremetieron contra él. Llevaban unas lanzas de una forma especial que usaban de una manera inusitada. Arremetieron contra él por los dos lados, uno por la derecha y otro por la izquierda. Una cimitarra no es un arma para luchar contra una lanza. Es más: Tony tenía que mantener su pie apoyado sobre el hombre gordo que se retorcía en el suelo, a fin de mantenerlo inmóvil. Eran árabes del desierto, beduinos, para los cuales los bienes son signo de buena suerte, pero en modo alguno de una propiedad inviolable. Si alguien poseía algo que ellos codiciaban y podían con relativa seguridad conseguirlo, procedían a ello encantados.

Tony se enteró de este detalle más tarde. De momento sólo se dio cuenta de que tenían la firme intención de matarlo para apoderarse de la moneda de oro de diez *dirhim* cuyo brillo bajo el Sol había despertado su codicia. Eran completamente ajenos a toda ley, o tenían motivos de abstenerse. Los lanceros se arrojaron sobre él con el brillo en los ojos. Tony pensó, en una obra maestra de irrelevante reflexión, en el momento en que había empezado este viaje lanzando la moneda al aire. Pero todavía no se hubiera cambiado por nadie de este Mundo.

Entró en acción por puro instinto. La cimitarra en la mano tenía gran analogía con una pesada raqueta de tenis. Tenía incluso el balance de una raqueta. El lancero de la izquierda era el más próximo.

Tony balanceó su cimitarra como para dar un buen revés de volea a la pelota. La cabeza del lancero cayó. Se volvió rápidamente, *y* con la cimitarra sirvió una rápida pero imaginaria pelota rozando la pared. El segundo lancero intervino. Tony siguió accionando. Vio a su víctima con una inolvidable claridad; una pura y barbuda villanía con un ojo y una nariz hendida en la mitad. Entonces la cimitarra cayó. El resultado fue lleno de color –principalmente rojo– e indudablemente mortífero. Tony se sentía desfallecer, y para evitarlo se volvió hacia sus dos restantes enemigos. El hombrecillo gordo estaba ya de pie, sin dejar de gemir. El lancero parecía sorprendido. Huyeron. Tony les persiguió con su cimitarra enrojecida. Primero se dirigieron directamente hacia el remolino, pero después giraron a su alrededor, casi cautelosamente, como apartándose respetuosamente de su camino. Se desvanecieron detrás de las colinas de arena.

Tony se detuvo, jadeante. Volvió a la escena del conflicto. Tuvo mucho cuidado en no mirar al hombre que había alcanzado con la cimitarra. Había tres camellos todavía de rodillas. Tony quería marcharse de allí. Ató dos camellos al tercero *y* montó en éste. No ocurrió nada. Lo empujó con los talones.

El camello, rumiando repulsivamente un resto de comida, levantó su grupa primero y Tony a poco se cae de bruces. Después echó a andar resignadamente en una dirección indeterminada. Los otros dos camellos siguieron dócilmente. El remolino de arena los siguió haciéndoles compañía, nunca muy cerca, pero nunca fuera del alcance de la vista. Algunas veces estaba a poco más de un kilómetro de distancia *y* era de un tamaño respetable. Otras veces no estaba a más de un par de centenares de metros y no tenía más de seis u ocho metros de altura. Pero lo seguía insistentemente, como un perro extraviado siguiendo un hombre cuyo olor lo fascina.

Horas después, muchas horas después, apareció a distancia una ciudad de blancas murallas. Un bosque de palmeras de dátiles la rodeaba. En el interior de las murallas se veían alminares y una construcción de encaje comparable por su belleza al Taj Mahal; con la única diferencia de que el Taj Mahal es una tumba. Una caravana de camellos salía lentamente por sus puertas dirigiéndose a algún lugar misterioso de la lejanía.

El torbellino quedó atrás, como atemorizado. Fue alargándose hacia arriba y hacia arriba, como si no quisiera perder de vista a Tony, hasta que fue la más tenue columna de neblina. Esto ocurrió cuando Tony estaba ya casi en el borde del oasis. Entonces desapareció súbitamente, como si se hubiese desvanecido.

Tony Gregg encaminó su camello hacia una de las puertas y se deslizó al suelo por su pata anterior derecha, que hedía. Soldados con turbantes y babuchas armados de mosquetes de pedernal, lo miraban con viva suspicacia. Trató de hablarles. Ellos trataron de hablarle a él. Entonces se quedaron todos mirándose. Finalmente dos de ellos lo agarraron por los brazos *y* se lo llevaron a través de las calles de la ciudad

Los olores y las visiones que encontraba eran los de una ciudad de sueño, si bien los olores no eran enteramente los de un bello sueño. Había casas de tejado plano y mujeres veladas, orgullosos camellos y hombres con barba. Había estrechas ventanas con rejas *y* puertas claveteadas de metal, y tribunas con los pisos superiores salientes que se asomaban a las angostas casas y casi tapaban el cielo.

Los dos soldados hicieron entrar a Tony, emocionado y satisfecho, por una puerta obscura. Allí lo soltaron. Retrocedieron. Se oyó un *clang* definitivo. Y Tony vio que la puerta estaba formada por una reja de sólidos barrotes de hierro a través de los cuales él y los soldados se miraban. Estaba en una prisión. Estaba en un torreón parcialmente abierto al aire libre. Estaba, por decirlo así, en la cárcel.

Esta fue la manera como llegó a Barkut.

IV

Tres semanas después, a media mañana, Tony estaba sentado confortablemente en la parte sombreada del patio, contemplando más o menos soñadoramente las piernas de la esclava Ghail. Tenía unas bonitas piernas y una buena parte de ellas era visible. Eran delgadas, como tienen que ser las piernas de una muchacha, *y* partiendo de las rodillas bajaban hasta el tobillo y los pequeños pies descalzos, uno de los cuales –muy polvoriento en aquel momento– estaba golpeando con expresión amenazadora el suelo. Tony seguía encerrado detrás de las rejas, técnicamente encarcelado, y su conciencia había tenido amplio tiempo de hacerle ver cuán insensatas, absurdas e irreflexivas habían sido todas sus acciones. No tenía, sin embargo, la menor preocupación, salvo lo que el golpear de aquel pie podía presagiar.

Al principio, desde luego, había sido totalmente incapaz de decir una palabra en árabe, y en Barkut no parecía haber nadie capaz de hablar inglés. Desde la celda original de su prisión, había tratado de comunicar con alguien, con la ayuda de una guía-diccionario de segunda mano que había comprado en Suez. El vocabulario que le ofrecía, sin embargo, era limitado. Daba, eso sí, las frases necesarias para decir que los precios eran demasiado altos, que la comida estaba más que sazonada, o que quería volver al hotel; pero en Barkut no había comprado nada, la comida era buena, aunque monótona –si bien los dátiles frescos habían sido para él una revelación– y no estaba en un hotel, sino en la cárcel. Al cabo de dos días de insatisfactoria conversación, había sido llevado a otra celda situada en el patio del palacio. Fue inspeccionado por varios hombres bigotudos a quienes juzgó funcionarios, y después había aparecido la esclava Ghail, que se consagró decididamente a la tarea de enseñarle a hablar.

Esta era indiscutiblemente la manera como la muchacha veía la cosa. Tony era sin duda alguna un adulto viril, pero sólo balbuceaba algunas palabras de árabe, y éstas con un acento horrible. La esclava se había consagrado a su tarea frunciendo un poco el ceño. Tenía un porte majestuoso que Tony atribuyó al hecho de haber llevado bultos sobre la cabeza de pequeña. Tenía las piernas largas y estaba bien formada, y Tony sabía que era esclava porque las mujeres casadas o las hijas casaderas sólo circulaban por las calles –cuando circulaban– envueltas en voluminosas ropas y velos que respetaban las más estrictas tradiciones musulmanas. Pero Ghail no iba envuelta en ropas ni velada, y era positivamente bonita y muy lejos de ser deforme. Y miraba a Tony con un visible menosprecio que lo inducía a trabajar con mayor ahínco a fin de poder sostener cuanto antes una conversación.

Las cosas habían progresado considerablemente durante aquellas tres semanas, y Tony se reveló poseedor de talento para las lenguas. Pero ahora Ghail golpeaba nerviosamente con el pie el suelo de su confortable prisión y con una calma ponderada, dijo

–¿Y qué quieres decir exactamente con esto?

Tony contestó como excusándose. Pero estaba satisfecho de la facilidad con que se expresaba en el árabe que ella le había enseñado.

–Quería saberlo.

–¿Y por qué querías saber el nombre de mi dueño y la cantidad que pagó por mí? –preguntó la muchacha.

–Tarde o temprano –le explicó Tony, haciendo un esfuerzo por aparecer convincente– seré interrogado. Me parece que es por esto que te han designado para enseñarme la lengua. Una vez sea interrogado y pueda explicarme, seré rico y ganaré el favor de todos. Se me ocurrió pensar que entonces –y Alá lo permita– podré comprarte a tu dueño.

El pie de la esclava golpeó más furiosamente el suelo.

–¿Y con qué propósito –preguntó en tono glacial– quieres comprarme?

Tony le dirigió una mirada de dolorido asombro. Su conciencia le hizo ver ácidamente que aquella conversación no era solamente inadecuada, sino indiscreta. Un muchacho joven y emprendedor no debería nunca... A lo cual Tony respondió que en este caso no se divertiría mucho. Cuando su conciencia inició una acalorada repuesta, la cortó en seco.

–Con justicia –dijo Tony en tono de falsa piedad– alguien dijo que los deseos del corazón de un hombre son grandes, pero que si no hay una mujer más deseable que todo lo demás, no es humano.

Su árabe era todavía rudimentario, pero consiguió salir del paso. Los ojos de la muchacha, sin embargo, en lugar de dulcificarse: ardieron rencorosos.

–¿Tú eres humano? –preguntó.

–Demasiado humano –confesó Tony–. ¿Por qué?

La muchacha se levantó presa de una majestuosa indignación. Sonrió dolorosamente y con desprecio, como alguien que habla con un medio imbécil o algo peor.

–Viniste del mar cruzando el desierto –dijo con tolerancia–, montado en un camello y arrastrando dos más. Pero una hora antes de tu llegada, uno de los centinelas de las murallas de la ciudad dijo que había visto un *djinn* en el desierto. Cuando llegaste, tan estúpido que eras incapaz incluso de hablar el lenguaje de los humanos, ¿crees acaso que no comprendimos lo que eras... un *djinn*?

–Un *djinn*... –dijo Tony sin entonación; la palabra era una de las pocas (alcohol era otra) que eran iguales en árabe y en inglés–. ¿Te refieres a uno de estos seres de *Las Mil y Una Noches*?

–De la historia, sí –el tono de Ghail era mordaz y despreciativo–. Y si lo hubiésemos dudado, en el espacio de una hora llegó un beduino a la puerta de la ciudad, un hombre con un solo ojo y la nariz partida por un sablazo, que nos dijo que habías tomado la forma de una bala de rica seda que se abrió en la orilla del mar. Cuando él y sus compañeros se apearon de sus camellos para recoger la riqueza, adoptaste instantáneamente la apariencia de un joven extrañamente ataviado que, corriendo rápidamente a sus camellos, huyó a una velocidad superior a la que los hombres pueden seguir. El hombre pidió sus camellos, que eran los que tú trajiste hasta las puertas de la ciudad. De manera que le fueron devueltos. ¿Niegas todavía que procedes de un *djinn*?

Tony tragó saliva con dificultad. ¿Un hombre con la nariz partida por un sablazo? ¡Era el hombre que había matado en la playa! Había tratado con todas sus fuerzas de olvidar el encuentro, si bien sí hubiera debido elegir alguna vez un hombre a quien ajustar las cuentas con una cimitarra, hubiera elegido aquél. ¡Pero no podía haber venido a reclamar los camellos! ¡Era imposible! Tony lo había abandonado en la arena como una masa informe, y

persiguió a sus dos compañeros con la cimitarra, tanto bajo el horror de su primer homicidio como para liberarse de toda clase de temor. Tragó de nuevo saliva, muy pálido.

–No podías hablar nuestro lenguaje humano –dijo Ghail medio desdeñosa, medio tolerante–. Y entonces te lo enseñé. Esperábamos llegar a un convenio contigo, porque algunos de vosotros, los *djinn*, estáis dispuestos a ser traidores a vuestra raza. Quizá estés dispuesto a llegar a este trato. Pero es una insolencia por parte de un *djinn* pensar en comprar un esclavo humano.

Ahora incluso la conciencia de Tony divagaba.

–¡...pero! –dijo, tartamudeando–. ¡En mi Mundo los *djinn* son sólo fábulas! ¿Qué aspecto tienen?

–Cuando el centinela de la muralla te vio en el desierto, tenías el aspecto de un torbellino. ¿Por qué no? Es bajo esta forma que soléis desplazaros.

Tony tragó nuevamente saliva. Su conciencia se había restablecido rápidamente. Ahora empezaba a hacerle ver compasivamente el lío en que se había metido, dedicando, sin embargo, románticos pensamientos a una muchacha idiota que creía en imaginarios seres como los *djinns* y los *efreets*. Pero Tony la hizo callar. Vio consecuencias de la teoría de la multiplicidad de Mundos de las que no se había dado cuenta antes... Lo que es verdad en un Mundo, no es necesariamente verdad en otro. Lo que es falso en un Mundo, no es inevitablemente falso en otro. Por lo tanto, si realmente había Mundos suficientes, todo tenía que ser verdad en alguna parte. ¡Todo!

Y recordó –y se estremeció al recordarlo– la impresión de un rostro enorme, vaporoso, con la boca abierta, que se inclinaba sobre él cuando se despertó en el fondo del bote, en la playa. Recordó el diablo de arena, el torbellino, que le había parecido de humo negro a pesar de estar girando sobre la arena blanca. Había amoldado su paso al suyo mientras se dirigió al encuentro de los beduinos, en su tentativa de asesinarlo. Había permanecido interesado y cerca, durante el encuentro. Y había corrido esperanzado detrás de él durante todo el camino, del desierto a las puertas de la ciudad.

Esta vez tragó saliva produciendo ruido. La consecuencia era una locura, pero se encontraba en un Mundo en el cual los *djinns* eran seres reales; la locura era sentido común. Y entonces se le ocurrió algo más.

–¿Cuánto tiempo después de mi llegada vino el hombre de un solo ojo a reclamar los camellos? –preguntó.

–Una hora. No más –respondió la esclava, encogiéndose de hombros–. Por esto estuvimos seguros.

–Y los camellos fueron robados cerca de la orilla...

–¡Tú los robaste! Fueron robados cerca del mar.

–Recorrí algunas horas en camello –dijo Tony, con una mueca–. Debió seguir sus pisadas y así supo dónde reclamarlos. ¡Entonces recorrió a pie la misma distancia que yo a camello, si dice la verdad! Pero yo necesité cinco horas para alcanzar la ciudad en camello... Y, no

obstante, él recorrió la misma distancia a pie en sólo una hora más. ¿A qué velocidad viaja un hombre con un solo ojo? ¿A la misma velocidad que un camello, incluso siguiéndolo?

Ghail se quedó mirándolo. Se había puesto pálida. Del mar a la ciudad había cinco horas de camino. Lo sabía tan bien como Tony. Cinco horas en camello. A pie se necesitarían diez horas o más. Si el hombre del ojo único había seguido los camellos, no había podido llegar tan pronto. Imposible...

–Durante todo el camino me ha seguido un torbellino –dijo Tony, ahogándose–. Y yo maté a un hombre con un solo ojo con la nariz partida, él y sus dos compañeros trataron de robarme. No sé por qué, el hombre de un solo ojo que llevaba los tres camellos algunas veces giraba como un torbellino.

Su conciencia guardaba un silencio impresionante. Pero la esclava frunció el ceño, golpeó con furia el suelo con el pie y soltó una serie de palabras árabes que no le había enseñado nunca a Tony. Eran duras. Sonoras. Parecían despedir llamaradas azules alrededor de los bordes.

–¡El muy renegado! –gritó, furibunda.

–¡El maldito de Alá! ¡De su propia boca salió la prueba de que mentía! ¡Y no supimos verlo! ¡Él era el *djinn*! ¡Ha hecho mofa de la sabiduría de los hombres! ¡Cómo se va a reír, él y sus compañeros!

Se volvió hacia Tony.

–Y tú, tú ... ¡eres tan estúpido como los *djinns*! ¿Por qué no has preguntado nunca por tus camellos? –hizo una pausa, recelosa–. Pero... ¿eran camellos? ¡Quizá también eran *djinns*! ¡Quizá todo es truco! ¡Tú puedes ser también otro *djinn*! Esto puede ser...

Tony levantó las manos en alto.

–En mi Mundo –dijo, desesperado–, los *djinns* son leyendas.

–¿Tu Mundo? –saltó la muchacha– ¿Cuántos Mundos hizo Alá? Y si los *djinns* son fábulas, ¿por qué está el trono de Barkut vacío?

–¿En las monedas? –preguntó Tony, desfalleciendo de nuevo.

–¡En las monedas y en el palacio! –gritó la muchacha golpeando de nuevo el suelo con el pie–. ¿Qué clase de idiota eres? ¿Dices que eres humano? ¿Quieres beber *lasf*?

Lo miró fijamente con profundo desprecio; desprecio y vejamen, y por lo menos un comienzo de asombro. Tony trató de calmarla.

–Si el *lasf* no es algo que me haga caer en un letargo con un aditamento de vitaminas, y otros seres humanos lo beben, no tengo ningún inconveniente.

Ghail se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta de barrotes de hierro del patio que daba a su celda. Habló imperativamente por entre las barras. Incluso una muchacha esclava puede mostrarse imperativa con las demás esclavas, en ciertas ocasiones. Y siempre había alguien que pasaba por aquella puerta enrejada, libre de asomarse al interior. Tony se había quejado de ello –habiendo recibido los reproches de su conciencia por su queja– cuando Ghail

empezó sus cotidianas lecciones de árabe. Más tarde se había resignado. Pero seguía deseando obstinadamente que las cosas fuesen de otra forma.

Ghail regresó con un vaso de cobre conteniendo un líquido. Lo probó cuidadosamente, como si su contenido pudiese ser dudoso, y lo ofreció a Tony.

–Esto es *lasf* –dijo secamente–. Es venenoso para los *djinns*. Si lo bebes, será por tu libre voluntad.

Tony lo bebió. A juzgar por la expresión del rostro de Ghail, debía ser un acto de extraordinaria importancia. No era del todo malo. Tenía una tenue y vaga reminiscencia de algo que había bebido ya. Sabía un poco a las infusiones de hierbas con que su tía solterona lo había mimado siendo chiquillo. Sabía por experiencia que el aroma perduraría. Seguramente conservaría el sabor todo el día, y debía ser bueno para algo, pero le era imposible decir para qué.

Devolvió el cubilete.

–No diré –hizo observar– que lo implante como bebida popular no alcohólica una vez regrese a mi Mundo, pero he bebido ya otras cosas casi tan malas como esta.

V

Ghail se quedó mirándolo visiblemente sorprendida. Entonces, al devolverle él la mirada, se sonrojó súbitamente. El rojo acudió a sus mejillas, se esparció por sus sienes y bajó hasta su garganta. Tony siguió su extensión con visible interés. Una vez el rubor hubo ganado sus piernas, la muchacha corrió súbitamente hacia la puerta golpeándola con furor. En el acto aparecieron bigotudos soldados con mosquetes de pedernal, como si hubiesen estado apostados allí para un caso de peligro que sólo podía ser suscitado por Tony Gregg. Dejaron salir a la muchacha, mirando a Tony con desdén.

Tony se sentó, respirando profundamente y contemplando el muro de piedra del patio del calabozo. ¿Conque Ghail lo creía un *djinn*, verdad? Los *djinns* eran unos seres de la mitología árabe. Podían adoptar la forma que les conviniese, y algunas veces estaban obligados a obedecer a alguien que poseyese un talismán como un anillo mágico o una lámpara. Otras veces, eran susceptibles de causar un miedo cerval al más aguerrido de los Creyentes. Raptaban princesas, que los héroes de *Las Mil y Una Noches* infaliblemente rescataban, y sostenían guerras entre ellos, y no eran exactamente lo mismo que los *efreets*, que eran siempre repulsivos, mientras los *djinns* podían adoptar la forma de muy agraciados humanos. No eran tampoco tan temibles como los *ghuls* de los cuales se deriva la palabra «gula» , que se alimentaban de carne humana.

Apoyado contra la pared, había un banco de madera que Tony contemplaba ahora abstraído. Se dio cuenta de que oscilaba ligeramente, inclinándose hacia un lado y hacia otro, y en el preciso momento en que lo extraño del hecho llamaba su atención, el banco se desplomó. Cayó de costado, con un fuerte golpe sobre el duro suelo de arcilla cocida.

Tony miró sorprendido. Después se levantó y se acercó al banco. En un momento en que los *djinns* empezaban a parecer plausibles, la extraña conducta de algunos muebles sugiriendo la presencia de fantasmas, parecía prosaica. Examinó el objeto volcado. Al tocar la madera, notó un ligero estremecimiento. Parecía casi vivo.

Lo levantó, tan completamente ajeno a lo que ocurría, que obró de una manera perfectamente normal. Estaba realmente demasiado sorprendido para hacer otra cosa. El temblor del banco cesó. Vio un insecto sobre la losa de arcilla, un escarabajo boca arriba, agitando frenéticamente sus patas. Estaba sólidamente incrustado en el suelo, como si el peso del banco lo hubiese hundido en él sin aplastarlo. Era un detalle trivial. Un detalle absurdo. Era una tontería preocuparse por un escarabajo en el suelo...

Pero mientras contemplaba el agitado bicho negro, sus perfiles se borraron. Partiendo del suelo, se elevó una tenue columna de polvo. Entonces el cabello de Tony Gregg se erizó tan abruptamente que parecía que cada uno de ellos producía un chasquido como un látigo. Se echó atrás, mirando.

Y entonces apareció un tenue remolino de polvo que fue elevándose hasta alcanzar su altura o quizá un poco más, y un rostro femenino, amable pero ininteligible, asomó en todo lo alto de él. El rostro tenía poco más de medio metro de ancho de oreja a oreja. Era un rostro bovino, moruno, sin la menor pretensión de belleza. Le sonrió y dijo:

–¡Sh.h.h.h.h!

–¿Qué? –dijo Tony.

–Estoy en peligro, aquí –dijo el rostro femenino, sonriendo–. Llevo cuatro días escondida. Era –se rió– el escarabajo de debajo del banco. Antes fui una mosca en la pared. Me llamo Nasim. Por favor, no digas a nadie que estoy aquí!

Tony se ahogaba. Juntó las manos y se fijó en el remolino de polvo del suelo del patio. Partía prácticamente del punto donde había visto el escarabajo hundido en la arcilla, pero a la altura de su hombro tenía casi un metrode anchura, con un extremo alargado e insubstancial, que se balanceaba delante y atrás sobre su punto de apoyo.

–¿Eres... –preguntó Tony, ahogándose– un *djinn*?

–Soy una *djinnee* –dijo cariñosamente el rostro sonriente.

Tony tragó de nuevo saliva.

–¡Oh...!

El rostro lo miró sentimentalmente. Tony suspiró.

–¿Te asusto bajo esta forma? –preguntó más cariñosamente todavía–. ¿Quisieras verme en forma humana?

Tony produjo un sonido inarticulado. El rostro de lo alto del torbellino se rió. La neblina se hizo más espesa. La substancia parecía infiltrarse en el torbellino partiendo del suelo. Una forma humana apareció, materializándose progresivamente en la neblina. El rostro redondo desapareció y volvió a aparecer en un tamaño y proporciones más normales en la figura que se iba materializando. Tony se quedó con la boca abierta. Súbitamente, cesó de negar la existencia de *djinns*. Estaba incluso dispuesto a reconocer la existencia de *efreets*, *ghuls*, leprechauns, ha'nts, Big Chiej Bowlegs, el espíritu–control, y prácticamente todo lo que quisiesen mencionarle. Porque del diminuto torbellino se había condensado en una forma humana femenina convincente...

Aquella figura de rosada piel, regordeta, completamente desnuda, dirigió a Tony una mirada de picaresco recato.

–¿Me prefieres como mujer humana? –preguntó la figura riéndose–. Me gustaría gustarte...

Tony respiraba con dificultad.

–Pues..., eh..., sí, ya, desde luego. Pero, en el caso en que alguien... se asomase a la puerta. ¿No sería mejor que te pusieses algunas ropas?...

La *djinnee* que había dicho llamarse Nasim dirigió una mirada a su cuerpo humano y, tranquilamente, dijo:

–¡Ah, lo había olvidado!

Las ropas empezaron a materializarse. Y entonces se oyó un fuerte golpe metálico en puerta, y un aullido de furia y el disparo de un mosquete de pedernal resonó en el limitado espacio del

patio. La sonrosada y rolliza forma femenina pareció correr de un lado para otro. Se oyó rugir el viento. Un torbellino sombrío, riéndose excitadamente, se elevó en el aire y desapareció. Incluso volando, y bajo la forma de un torbellino, tenía una forma vagamente redonda y un aspecto en cierto modo sentimental.

Entonces Tony se sintió casi pisoteado por media docena de soldados de anchos pantalones, babuchas y mosquetes de pedernal que golpeaban y disparaban inútilmente contra el torbellino de humo que iba desvaneciéndose en el cielo. Y allí había un hombre gordo con una barba teñida de color púrpura, y Ghail, la esclava, con muchas más ropas que antes. Miró a Tony con una expresión francamente desagradable.

–Y ahora –dijo Ghail amenazadoramente–, ¿quieres decirme el significado de la pícara *djinnee* esa, ligerita de ropas, en el palacio mismo de Barkut?

La conciencia de Tony recuperó el aliento y comenzó a expresar su altamente desfavorable opinión sobre todo lo que ocurría en general y sobre Tony en particular.

VI

La conciencia de Tony Gregg, corno hemos hecho observar ya, era creación de la rica tía solterona que lo había criado. No pudiendo dar salida a sus instintos naturales creativos, había hecho presa sobre la conciencia de Tony. Y siguiendo anteriores precedentes lo había creado a su imagen y semejanza. Como consecuencia, Tony pasaba muy malos ratos.

Aquella noche su conciencia, que parecía estar andando arriba y abajo al lado de su lecho, le causó un verdadero tormento.

–*¡Horrible! ¡Horrible!* –parecía decir su conciencia.

Había pasado la mayor parte de su vida tratando de hacer de él una persona que, en treinta o cuarenta años de devoción, escrupulosa atención a sus deberes y una vida limpia y virtuosa, alcanzaría el *estado* de un muchacho activo y prometedor.

La conciencia de Tony omitía cuidadosamente darse cuenta de que con treinta o cuarenta años más de vida virtuosa y de escrupulosidad no sería ya ni joven ni prometedor.

¿Y qué había hecho Tony?, preguntaba su conciencia amargamente. Había ganado más de once mil dólares en la baja y reprobable práctica de apostar en las carreras de caballos. Pero ¿había invertido aquel torbellino de ganancias en valores sólidos? ¡No! Había cruzado en pos de su fantasía la mitad del Mundo para poder llegar a este lugar de Barkut completamente inmoral y enteramente despreciable. ¡Había pasado tres semanas en la cárcel! Su conciencia se retorcía metafóricamente las manos. Y ahora... ahora una muchacha esclava que enseñaba las piernas despertaba su amorosa fantasía. Peor aún, una hembra *djinn* sin el menor recato...

Tony bostezó. Sentía cierta aprensión de aquella *djinnee* que dijo llamarse Nasim, pero, en todo caso, no estaba fascinado. Se sentía casi agradecido porque la esclava Ghail había cogido aquella rabieta que una muchacha no siente por los extravíos de un hombre que le tiene sin cuidado.

Y Tony aprobaba enteramente la conducta de Ghail. No sólo porque tenía unas bonitas piernas. ¡Oh, no, definitivamente, no! Aprobaba en ella muchas otras cosas. Aparte de todo, era una muchacha muy simpática. Lo trataba como un simple ser humano cualquiera, y durante toda su vida anterior había sido siempre considerado como un posible partido o un eventual marido si no mejor, pero raramente como un simple ser humano.

Daba vueltas en la cama. No estaba ya en su celda, sino en una especie de *suite* nupcial o real del palacio. Era tan grande que se sentía un poco solo. El techo de su dormitorio tenía por lo menos diez metros de altura y estaba formado por aquella especie de estalactitas que había visto en las fotografías de la Alhambra de Granada. El suelo era de losas de mármol con alfombras por todas partes. La cama en sí era poco más que un somier sobre una tarima de madera negra ornamentada con algo que sin la menor duda parecía oro. Las sábanas eran de seda. A su lado había un jarro con una bebida refrescante, y si tiraba de un cordón de seda, un esclavo –masculino– venía a escanciarle la bebida.

Su situación en Barkut había cambiado considerablemente durante el día. En el momento de su excitación por Nasim, Ghail había traído un chambelán con la barba teñida de púrpura a

explicarle que su encarcelamiento había sido un error. Había sido tomado por un *djinn* vestido con ropas humanas a fin de ejercer una actividad política subversiva en la ciudad. Puesto que no era un *djinn*, y el hecho de haber bebido *lasf* lo probaba sin género de duda, y en vista de que le había dicho a Ghail que cuando hablase con los gobernantes sería altamente considerado y rico, los gobernantes tenían afán de saber qué podía ofrecerles a cambio de su consideración y riquezas. Además –y esto Ghail lo hizo observar con cierta tristeza–, si el Rey de los *djinns* de estas regiones había mandado una *djinnee*, con gran riesgo, a Barkut para seducir a Tony, era evidente que los *djinn* le daban también una gran importancia. De manera que los gobernantes de Barkut querían saber también qué importancia tenía.

Tony había sido llevado a un gran *hall* en el que había figuras del zodíaco de bronce incrustadas en el suelo de mármol negro. El trono de Barkut se levantaba bajo su dosel junto a la pared del fondo. Estaba vacío. Delante de él, sentados en alfombras y fumando narguiles, había seis ancianos. Fumaban y tosían, jadeaban y parecían unánimemente malhumorados e inútiles. Pero sus ojos de bordes colorados se fijaron en la esclava antes de volverse hacia Tony, de manera que éste pensó que les debía quedar todavía un poco de vida en alguna parte.

Lo recibieron con solícita cortesía, lo hicieron sentar y le preguntaron jadeantes quién era y de dónde venía; y en general qué diablos representaba toda aquella algarabía.

La esclava Ghail intervino antes de que Tony pudiese contestar. Explicó que venía de un país muy remoto y que había cruzado todo aquel lejano mar en una gran ave voladora. Tony se lo había explicado así, por faltarle la palabra árabe exacta para designar un avión trasatlántico o incluso un cuatrimotor bombardero transformado. Había viajado mucho, añadió Ghail, en una nave de acero con fuego a bordo. Esta era la descripción que Tony le había hecho del relativamente decrépito vapor que lo llevó de Suez a Suakim. Todas estas cosas, añadió Ghail con firmeza, ella las había creído mentiras inventadas por un *djinn* más estúpido que de costumbre. Pero en vista de que Tony no era un *djinn*, sino un ser humano, inexplicadamente buscado por el Rey *djinn* de la región, le daba entero crédito.

Los seis consejeros fumaron, tosieron y produjeron otros ruidos propios de la ancianidad. Tony abrió la boca para hablar, pero de nuevo la esclava se le adelantó.

En su tierra natal, añadió Ghail con truculencia, Tony pertenecía a un rango tan alto como el que más. Esta era la interpretación dada a la tentativa de Tony de explicarle que en América, como ciudadano, nadie pertenecía a un rango superior al suyo. Era un príncipe, inventó Ghail, viajando en busca de aventuras y para visitar los pueblos de la Tierra, actividad que era considerada altamente apropiada para los príncipes.

Su pueblo había sojuzgado hasta tal punto a los *djinn*, que, a pesar de ser solamente humanos, navegaban por el aire con seguridad y fácilmente, y hablaban unos con otros desde distancias de miles de kilómetros, y viajaban en vehículos particulares con la fuerza de cuarenta, cincuenta e incluso cien caballos, y eran más poderosos en la guerra que ningún otro pueblo bajo el Sol.

Todas estas declaraciones habían sido hechas por Tony en el curso de sus lecciones de árabe. Le pareció que Ghail había quedado impresionada, y no era una persona fácil de atemorizar; y ahora lo repetía todo como un loro, con un aire beligerante, como retando a todo el Mundo a que lo pusiese en duda. En una palabra, dijo, Tony era una persona muy peligrosa. Desde el punto de vista de Barkut, era peligroso para los *djinn*. Por parte de los *djinn* –y el Rey de los

djinn había tratado ya de seducirlo con los encantos de una *djinnee*– sería peligroso para Barkut. Por consiguiente, o tenía que ser retenido como un aliado de Barkut o ejecutado inmediatamente antes de que pudiese empezar a ayudar a los *djinn*.

–Pero... –interpuso Tony débilmente.

–¿No me dijiste que habías estado en la mayor de las guerras? –preguntó Ghail–. ¿En la que sucumbieron millones de seres humanos? ¿No me dijiste que tu nación terminó esta guerra destruyendo instantáneamente ciudades, con llamas más ardientes que el más ardiente fuego?

Tony había naturalmente mencionado la bomba atómica. Había dicho que tomó parte en la guerra. Pero no le había dicho que la pasó como mecanógrafo porque, desde luego, Ghail no hubiera sabido lo qué era la mecanografía.

–De manera que –dijo la esclava con firmeza– jurarás por las barbas del Profeta llevar los ejércitos de Barkut a la victoria en la guerra con los *djinn*, o de lo contrario...

Finalmente Tony tuvo que jurar sobre un libro maravillosamente encuadernado. Era el Corán, que no había leído nunca y en cuyo contenido no creía. Por otra parte, ignoraba totalmente qué clase de barba usaba el Profeta, de manera que no podía decirse que fuese una deslealtad, y probablemente el juramento no era válido. Lo consideraba una cierta obligación sin embargo.

Aquella noche, ya tarde, no pudiendo dormir, volvió a sentir remordimientos. Los ancianos que constituían el Consejo de Regencia de Barkut habían depositado su confianza en él a falta de algo mejor. La muchacha esclava había contado con él porque no tenía a nadie más con quien contar. El peligro que representaban los *djinn* para Barkut era extremo. La planta *lasf* era una protección parcial contra los *djinn*, pero los proyectiles sólo los atontaban y la planta era cada día más difícil de cultivar, y los *djinns*, iban haciéndose paulatinamente más osados a medida que los humanos de Barkut iban tropezando con las dificultades técnicas inherentes a la escasez de *lasf*. Hacía cuatro años, el Rey de los *djinn* regionales había raptado, en persona, a la auténtica Reina de Barkut y ahora la mantenía prisionera. Ésta era la causa de que el trono de Barkut estuviese vacío, y de la existencia del Consejo de Regencia. Por una razón que Tony no acababa de ver clara, el gobernante de Barkut no podía ser dañado por un *djinn*, si bien sus súbditos no eran tan afortunados. Por consiguiente los únicos sufrimientos de la Reina eran la prisión y la ardiente corte que le hacía el Rey de los *djinn*. Sin embargo...

Yaciendo despierto en la cama de la *suite royal* del palacio, Tony revisaba con recelo el estado de cosas de la situación. Le parecía inocente y extraña, como algo que perteneciese a *Las Mil y Una Noches*. Lo era. Como todos los acontecimientos fruto de la compra de una moneda de diez *dirhim* en una tienda de antigüedades de West 45 Street, New York, era tan extraordinario que se pellizcaba para asegurarse de que cuanto le rodeaba era real.

Lo era. El pellizco le hizo ver las estrellas. Se frotó la carne, frunciendo el ceño. Entonces oyó un golpe en el marco de la ventana de su habitación. Se levantó de la cama, suspicaz. Se acercó a la ventana. Nada. Daba a un jardín que servía de ornamento para los habitantes de aquella *suite*. Había hierba y arbustos, y un surtidor que relucía bajo la luz de las estrellas y unos árboles diminutos. Olía agradablemente. Más allá se alzaba el palacio, más allá la ciudad y más allá el oasis y el desierto. Y en algún lugar. En algún lugar imposible de imaginar se extendían los dominios –la fortaleza de los *djinns*, más allá del desierto.

Su conciencia se retorció las manos. ¡En valiente lío se encontraba pensando en *djinns* y en reinas cautivas y más locuras!

¿Qué había de sus bellos proyectos de instalar un comercio de exportación-importación entre Barkut y New York? ¿Qué informaciones había tenido sobre los productos comerciales de Barkut? ¿Cuál era el posible mercado para las mercancías americanas? Si ahora se dirigía sin más informes que los que tenía, a una firma establecida en New York para ofrecerles estudiar el asunto, ¿qué informaciones podría darles que pudiesen justificar la concesión de un cargo como agente activo y emprendedor?

¡Ah, si hubiese limitado su atención a temas indicados, como la exportación-importación, en lugar de tratar de despertar el romántico interés de una esclava de piernas largas, nadie hubiera pensado en confiarle el mando de los ejércitos...

Frotándose la pierna donde le dolía el pellizco se asomó al jardín y apartó bruscamente a su conciencia a un lado. El jardín aparecía romántico bajo la luz de las estrellas. Con gusto se hubiera paseado por allí con Ghail...

Algo se movió en el marco de la ventana, casi a su lado. Tuvo un sobresalto y al tenerlo apartó uno de los almohadones de seda que había por todas partes, que cayó al suelo. Vio una diminuta forma negra sobre el antepecho de la ventana, como una rana. Agarró un zapato para aplastarla y la cosa saltó a la habitación. Era una rana. Podía verlo por la forma como saltaba, pero cayó sobre el almohadón con un golpe tan fuerte, que ninguna rana lo hubiera producido.

Dio la impresión de ser un par de centenares de libras de acero aplastando el almohadón y golpeando el suelo que tenía debajo. El almohadón, en efecto, se reventó bajo el impacto. Las diseminadas partículas de su interior se esparcieron por todas partes. La rana desapareció en medio de ellas.

Del interior del reventado almohadón salieron explosivas maldiciones en una voz baja y profunda. Entonces la seda reventada del almohadón se hinchó y volvió a estallar, y una niebla luminosa y giratoria se congeló adquiriendo una forma sólida, mientras Tony se encontraba contemplando fijamente una forma esencialmente humana.

Tenía los brazos y los hombros más musculados que Tony había visto en su vida, un pecho como un barril de vino y unas piernas robustas y nudosas. La cabeza y el rostro eran de tamaño normal, pero no se necesitaba hacer esfuerzo alguno para comprender que las facciones eran las de un *djinn*. Los ojos, oblicuos y feroces, los blancos colmillos salían por las comisuras de los labios, las orejas en punta... Era un *djinn*, sin duda alguna, y un *djinn* terriblemente enfurecido.

–¡Mortal! –rugió–. ¿Eres este extraño príncipe que ha venido a través del desierto?

Tony tragó saliva.

El extraño ser reveló fracciones adicionales de sus colmillos.

–Eres esta criatura, meramente humana, que ha despreciado el amor de Nasim, la joya entre las *djinnees* –se golpeó el pecho, que resonó como un tambor–. ¡Debes saber, mortal, que yo soy Es-Souk, su prometido! He venido a arrancarte los miembros uno tras otro...

La conciencia de Tony le dijo ácidamente que ya se lo había avisado. No se daba cuenta de ningún otro proceso mental, Se limitaba a mirar, con la boca abierta. Y el *djinn* saltó sobre él con increíble agilidad.

Unas manos nerviosas, irresistiblemente fuertes, agarraron su garganta. Apretaron y volvieron a aflojar, mientras el *djinn* decía:

–Morirás lentamente...

Y las manos volvieron a apretar, poco a poco.

Tony no había hecho últimamente más ejercicio gimnástico que el de apretar botones en los restaurantes automáticos. Difícilmente hubiera podido decirse que estaba suficientemente entrenado para sostener una lucha con un *djinn*. Clavó sus uñas en las manos estranguladoras con completa futilidad. Entonces una extraña calma lo invadió. Quizá era resignación. Quizá era un resto de incredulidad en la realidad de lo que le estaba ocurriendo que acechaba desde el fondo de su mente. Pero ser estrangulado, aunque fuese una ilusión, era francamente desagradable.

Recordó una parte del básico entrenamiento de táctica de combate que le habían dado antes de ser designado a estar sentado delante de una máquina de escribir para mayor gloria de la bandera de su patria.

Un axioma de este entrenamiento decía que nadie puede ser estrangulado si conserva la cabeza. Lo único que había que hacer...

Tony lo hizo. Porque ser estrangulado es doloroso. Levantó las dos manos y con cada una de ellas agarró uno –sólo uno– de los nerviosos dedos del *djinn*. Una mano humana completa es más fuerte que un sólo dedo, incluso que un sólo dedo de un *djinn*. Tony echó implacablemente el dedo hacia atrás. Algo se rompió.

El *djinn* gritó y aulló como la sirena de una ambulancia. Tony repitió rápidamente su gesto.

Algo más se rompió también. El *djinn* aulló más fuerte y lo soltó. Por los corredores del palacio se oyeron gritos y gente que corría. Pero Tony permanecía solo, tratando de recuperar el aliento, en aquella habitación de alto techo, con el ser que decía llamarse Es-Souk, prometido de Nasim. Pero ahora Tony sólo recordaba a Nasim como un rostro vaporoso y reluciente, de expresión humana, que parecía hecho exclusivamente de piel sonrosada. Es-Souk se hinchó hasta alcanzar el tamaño de un elefante, golpeándose el pecho y aullando.

Tony tosió. Le dolía la garganta. Tosió de nuevo, carraspeando.

La monstruosa y la sobrehumana figura estornudó. El estallido del aire casi derribó a Tony. Entonces Es-Souk prorrumpió súbitamente en gritos que se convirtieron en el acto en aullidos de terror. Estornudó de nuevo y las sábanas de seda de la cama fueron a parar al rincón más alejado de la estancia.

Entonces el rostro del *djinn* se fundió lentamente en la obscuridad y desapareció por la ventana. Se oyeron golpes en la puerta, pero Tony no prestó atención a ellos. Se acercó a la ventana y se asomó al exterior.

Una forma huía presa de pánico bajo la luz de las estrellas. Era un torbellino de humo obscuro, pero las estrellas eran brillantes. El torbellino de humo que era Es-Souk huía presa de mortal terror –o quizá inmortal terror– de las cercanías del palacio de Barkut. Y mientras huía, se detenía y producía una verdadera convulsión terrorífica. Los relámpagos relucían. El trueno rugía. Todo el cielo de la región estaba iluminado por los destellos.

Cuando un torbellino estornuda, los resultados son impresionantes.

VII

Tony fue despertado por un disparo de cañón. Su corazón saltó. ¿Algún ataque a la ciudad de Barkut? Su conciencia expresó una amarga satisfacción ante la posibilidad de las consecuencias de sus extravíos, todos ellos hechos contra el consejo de su conciencia. Pero Tony escuchaba los cañonazos. Eran hechos a intervalos regulares. Lo cual podía significar unas salvas o alguna celebración, pero no un disparo hecho inmediatamente al anterior, una vez éste había dado en el objetivo.

Saltó de la cama y se vistió. Al desnudarse había doblado sus pantalones poniéndolos debajo del colchón; el resultado no lo hubiera satisfecho en New York, pero aquí había conseguido lo más aproximado a un pliegue de los pantalones desde su llegada. Se los puso. Se sintió mejor. Comenzó a tirar de los faldones de su camisa.

La puerta se abrió. Su desayuno, seguramente. Dos esclavos de tez obscura traían una gigantesca bandeja de plata sobre la cual había una gran parte de un cordero asado. Frutas. Café. Pan, cortado en rebanadas tan finas que hubieran sido más indicadas para envolver algún objeto que para hacer los «toast» de un desayuno. Con los esclavos varones venían dos esclavas femeninas ataviadas con unas ropas muy indicadas para un interior, en un clima muy cálido. Eran diáfanas y poco extensas. Una de las muchachas traía una especie de instrumento musical. Sonrieron amablemente a Tony cuando éste acababa de tirar de su camisa.

–Tu desayuno, señor –dijo una de ellas animadamente–. La ciudad celebra tu victoria.

–¿Victoria? –dijo Tony–. ¿Qué victoria?

–La derrota, señor –dijo la más linda de las dos esclavas–, del *djinn* que te fue mandado para asesinarte, a ti, que eres la esperanza de Barkut. Los cañones hacen salvas en tu honor y la gente baila por las calles. Habrá decoraciones y fuegos artificiales.

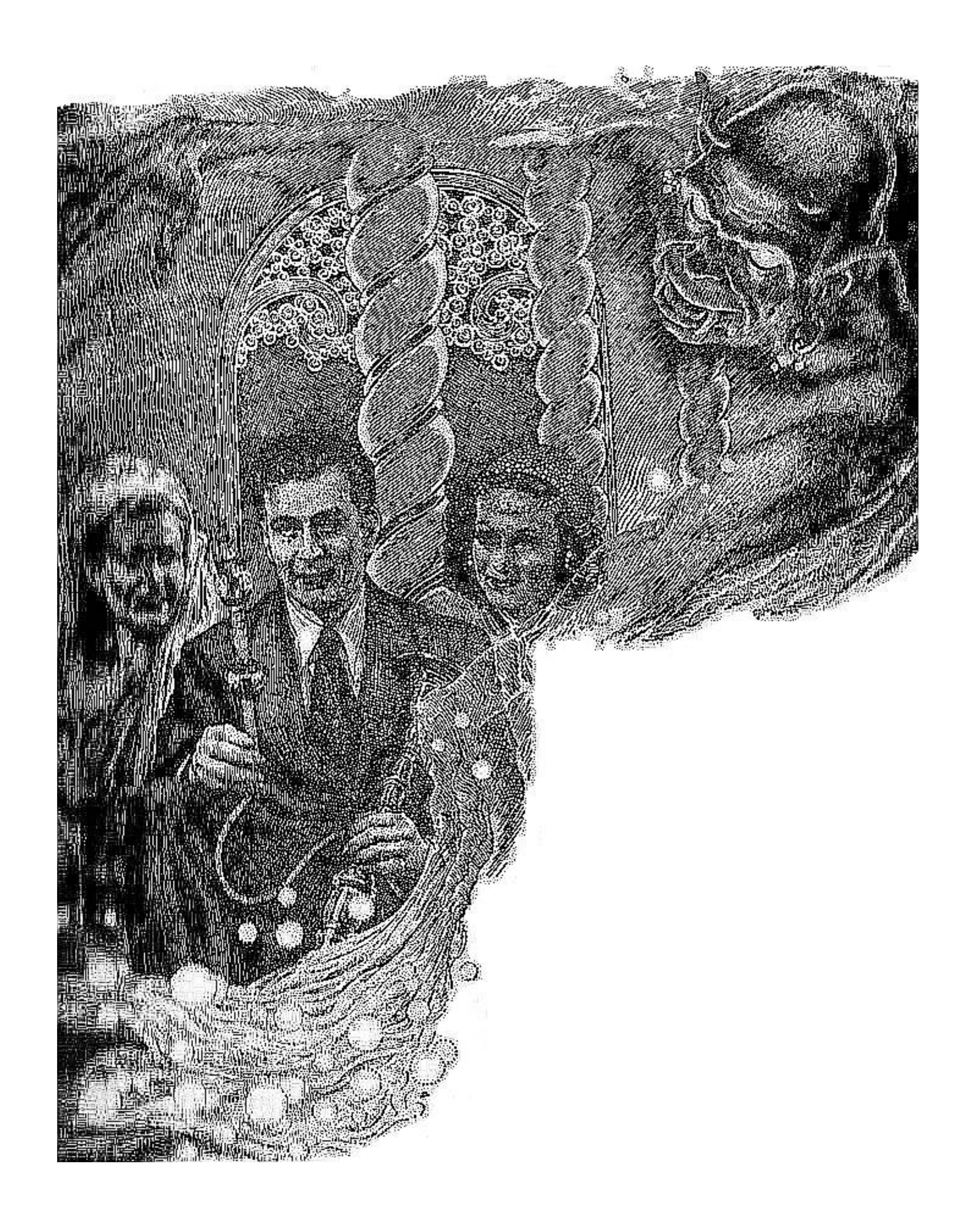
La conciencia de Tony se mostraba escéptica. Él compartía su punto de vista, pero el cañón seguía disparando. Aquella mañana a Tony le dolía el cuello y de cuando en cuando sentía escalofríos que recorrían su espalda. Fracturar los dedos del *djinn* había sido una eficaz táctica del ejército, pero aquel Es-Souk había alcanzado inmediatamente después el tamaño de un hipopótamo, y en cuanto dejó de aullar pudo haber atacado nuevamente a Tony y no dejar de él más que un montón informe. Tony seguía ignorando qué había hecho estornudar a Es-Souk de aquella manera ni huir con aquellas palpables manifestaciones de terror. La conciencia de Tony dijo, con la ardiente mordedura del vitriolo, que el *djinn* había sin duda estornudado por algún principio de resfriado y que aquellas dos esclavas tampoco iban muy protegidas contra el frío y se arriesgaban a resfriarse también.



Tony las miró interesado mientras depositaban la bandeja sobre sus piernas dobladas, al lado de la cama. Los dos esclavos se inclinaron respetuosamente y salieron. Las dos muchachas se quedaron.

–¡Hem!...... –dijo Tony–. Vosotras dos...

–Nosotras te serviremos –dijo la muchacha del instrumento musical, visiblemente satisfecha de poseerlo–. Yo toco y Esir baila, o ella toca y yo bailo, y las dos iremos a buscar tu comida y te escanciaremos el sherbet y te serviremos como sea tu antojo.



Tony las miró de nuevo. Muchachas esclavas. Sin velo. Muy sumariamente ataviadas. Muy lindas. Una encantadora idea de la hospitalidad. Ghail tenía unas bonitas piernas, pero...

Su conciencia volvió a hacerle reproches.

–¡Conque el cañón retumba a causa de mi victoria! –dijo, tendiendo la mano en busca del café.

Una de las muchachas se lo dio, respetuosamente.

–Sí, señor –dijo animadamente–. Jamás en la historia de Barkut un hombre había derrotado a un *djinn* en singular combate. Si no fuesen tan estúpidos, hace ya tiempo que seríamos sus siervos.

Tony tomó el café. ¿Conque nadie, hasta entonces, había derrotado a un *djinn* en singular combate? En este caso, una celebración estaba muy indicada. Pero sentía un vivo deseo de saber cómo lo había conseguido. Frunció el ceño.

–Pareces triste, señor –dijo la llamada Esir, con solicitud–. Esim ha compuesto una canción sobre tu victoria. ¿Quieres que te la cante para alegrarte?

Tony lanzó un gruñido. Su conciencia le hizo observar, refunfuñando, que no sabía una palabra de las costumbres domésticas del país. Quizá, a pesar de los velos y las ampulosas ropas que las mujeres usaban por las calles, era una vieja costumbre árabe amenizar con música el desayuno de los huéspedes en su dormitorio.

–¿Sois esclavas las dos? –preguntó en el momento en que una de ellas, anticipándose a su intención, cogía una naranja y, partiéndola en dos, se la tendía con una cucharita de oro para que la comiese.

–Sí, señor, tus esclavas –dijeron las dos al unísono, inclinándose.

Tony se atragantó con el primer bocado de naranja. Las muchachas le golpearon la espalda, inquietas. El tosió y las miró fijamente.

–Decís que...

–Has venido a Barkut sin nadie que cuide de ti, señor –dijo Esir, satisfecha–, y esto no es conveniente. De manera que el Consejo nos dio a ti con caballos y otros esclavos, a fin de que puedas estar convenientemente servido. Y todas nosotras, tus esclavas, queríamos postrarnos ante ti inmediatamente, pero Ghail nos dijo que le habías dicho que no querías ser molestado anoche, de manera que sólo esperamos a que nos llamases, lo cual no se produjo.

Tony absorbió aquella declaración, lo cual requería bastante poder de absorción. Abrió la boca y las dos muchachas quedaron pendientes de sus inminentes palabras, pero la volvió a cerrar sin decir nada. ¿Conque Ghail lo había privado de oír cantar y bailar a aquellas dos muchachas, anoche? Su conciencia le dijo, medio convencida, que Ghail llevaba sin duda sus intereses profundamente arraigados en el corazón, pero había censurado ya tantas veces la indiferente exhibición de sus piernas desnudas que no le hizo caso.

–Esta noche –dijo Tony, decidido– las cosas serán diferentes.

Las muchachas le dirigieron la más radiante y feliz sonrisa.

–¿Y podremos estar presentes, señor –dijo Esim, esperanzada–, cuando mates a los otros *djinns* que sin duda serán enviados para asesinarte?

Tony se ahogó de nuevo. Esto era una cosa en que había tratado de no pensar. El pueblo de Barkut consideraba, al parecer, aquellos *djinn*, con absoluta indiferencia, a pesar de la prolongada guerra que sostenía con ellos y el cautiverio de su soberana. En las dos ocasiones en que habían aparecido los *djinns,* por lo que Tony sabía, el pueblo no había huido, sino que se había acercado aullando de rabia para atacarlos. Los mosquetes de pedernal habían hecho

fuego contra la *djinnee* Nasim mientras se desvanecía en forma de remolino. Los guardias del palacio se disponían a derribar la puerta de las habitaciones de Tony cuando éste la abrió después de la huida de Es-Souk. El pueblo estaba dispuesto a librar la batalla y no era adverso a ella. Pero seguía diciendo que jamás un hombre solo había vencido a un *djinn* en singular combate.

–Aquello era algo digno de ser examinado atentamente. Y entonces a Tony se le ocurrió una idea. Cosa curiosa, desde su llegada a Barkut había olvidado completamente usar su moneda de diez *dirhim* como guía. La razón era simplemente que no había tenido necesidad de decidir nada. Había estado contento con las cosas tal como se habían presentado. Incluso durante su encarcelamiento en aquel patio-prisión, no lo había pasado mal. Tuvo ocasión de aprender el árabe, con Ghail siempre a su lado, apreciativa.......

Pero ahora los *djinns* iban a por su garganta. Ahora tenía que saber cuál debía ser su conducta...

Terminó el desayuno y se levantó. Las dos muchachas le trajeron una jofaina de oro con agua para lavarse las manos. Observaban el más mínimo de sus movimientos con una atención casi infantil y ciertamente halagüeña. Al despedirlas dio a una de ellas un cariñoso golpecito en su hombro desnudo. Ella hizo un leve movimiento como para apoyarse en su mano, mientras le dirigía una sonrisa. Acarició el otro...

Las muchachas salieron por la puerta, volviéndose con una sonrisa de adoración. Tony metió la mano en el bolsillo en busca de la moneda y se dio cuenta de que silbaba alegremente. Miró la moneda con afecto. Si hoy era un activo joven en pleno apogeo, con una residencia en Barkut, bastante bien provisto de esclavos masculinos y femeninos, todo era debido a aquella moneda. Y ahora aquella misma moneda iba a darle algún consejo más...

Tiró la moneda. Volvió a tirarla. Y una vez más, y otra...

Media hora después, cuando Ghail entró en su habitación –observó con reprobación que llevaba más ropas de las acostumbradas–, estaba sumido en un abismo de melancolía. La moneda de diez *dirhim* no se mostraba ya afirmativa. Salía cara o cruz completamente al azar. Se contradecía constantemente. No poseía ya cualidad especial alguna. Estaba en su Mundo. La atracción, la gravitación, aquella fuerza singular que evitaba la confusión de objetos de diferentes Mundos creando coincidencias que los mantenía en su lugar, había desaparecido. Porque la moneda había vuelto a su lugar de origen y no estaba ya dotada de la propiedad que inducía a su regreso.

Ghail miró a Tony con una expresión enigmática.

–Salud, señor –dijo en un tono que tenía todas las características de la humildad de una esclava, pero en cierto modo no era en absoluto humilde–; hay noticias del gran momento.

Tony sintió deseos de lanzar un gruñido. Entre otras cosas, preveía que iba a pasar un mal rato con su conciencia.

–¿Cuáles son estas noticias? –preguntó secamente.

–El Rey de los *djinns* ha mandado una embajada –dijo Ghail–. Ofrece sus respetos al príncipe de allende los mares. Admira su proeza y desea ver al campeón que derrotó a Es-Souk en

singular combate. Ha castigado a Es-Souk por intentar dar muerte a un ser humano en una querella meramente personal. Ofrece una tregua, salvoconducto y escolta de su guardia privada.

La conciencia de Tony dijo indignada que cuando un mensaje importante como aquél estaba al alcance de su mano, Tony debería darse vergüenza de estar mirando a Ghail y pensando cuán mejor apariencia tenía con su más breve traje.

–¿Qué debo hacer? –preguntó Tony–. Si mal no recuerdo, me comprometí a aniquilarlo el otro día. Ayer mismo, en realidad. ¿Debo decirle que estoy en conferencia?

Ghail movió fríamente la cabeza.

–Tienes que aceptar –dijo, sin la menor sombra de cordialidad–. Si rehúsas, creerá que tienes miedo.

–Si tengo que hablar francamente –dijo Tony–, lo tengo. ¿Tienes alguna idea de cómo hice huir aquel *djinn* anoche?

La esclava se le quedó mirando sorprendida.

–Yo no la tengo tampoco –dijo Tony–. Me estaba estrangulando, de manera que le rompí dos dedos y me soltó aullando. Entonces adquirió las dimensiones de un gigantesco saurio, siempre sin dejar de aullar, mientras yo tosía hasta hacer estallar mi cabeza. Se disponía a agredirme de nuevo, cuando empezó a estornudar; el pánico se apoderó de él y salió por la ventana como si tuviese fuego en la cola. No tengo la menor idea del porqué.

La muchacha lo miró de una manera extraña.

–¿Estornudó? ¡Pero el *lasf* algunas veces provoca esto! No siempre, pero algunas veces. ¿Tienes *lasf*?

–No, a menos que estuviese en mi aliento, lo cual no es probable –dijo Tony tristemente–. Es una bebida fuerte y el aroma persiste. Ayer lo bebí. Tú misma me lo diste.

–El *lasf* es venenoso para los *djinns*, pero no para los seres humanos –dijo Ghail con cierta reserva–. Untamos con él nuestras armas y proyectiles antes de salir a luchar con los *djinns*. Para ellos es muy venenoso. Huyen. Algunas veces estornudan. Pero el *lasf* es muy raro. Los *djinns* pagan a los beduinos del desierto para que lo arranquen y destruyan donde lo encuentren.

–Como el DDT –dijo Tony, apenado–, con los insectos, alquilando conejos para que destruyan la cosecha –tenía que usar palabras inglesas donde no encontraba el equivalente en árabe; ella lo escuchaba, sin comprender–. Bien, dejémoslo. Si tú no sabes cómo lo hice, es que no lo sabe nadie; de manera que ya está bien. ¿Conque... tengo que ir a visitar al Rey de los *djinns*, eh? Si voy con un salvoconducto, supongo que estaré a salvo de ser estrangulado de nuevo hasta que vuelva aquí, ¿verdad?

–¡Oh, sí! –dijo Ghail–. Tú y tus acompañantes estaréis a salvo hasta vuestro regreso. Desde luego, ofrecerá sobornarte para que nos traiciones, y usará la persuasión, y puede incluso tratar de atemorizarte, y... –su voz tomó súbitamente un tono de ira– tratará también de que las *djinnees* te seduzcan... No quiere que dirijas nuestras armas contra él.

–Trataré de resistir los sobornos y las seducciones –dijo Tony, después se encogió de hombros–. Si lo que vi ayer era una buena muestra... Dime, ¿de dónde sale esta reputación mía de general?

Fríamente, Ghail contestó:

–He hablado al Consejo de Guerra en el que tomaste parte. Además, aquella *djinnee* del patio podía llevar varios días escuchando. De una u otra forma ha llegado a oídos de los *djinns*.

VIII

Tony había permanecido de pie. Ahora se sentó. Miró a Ghail y, cambiando de tema, dijo:

–¿Qué te pasa, Ghail? Cualquiera diría que me están sangrando las encías o algo igualmente repulsivo. Cuando creías que era un *djinn* no te portabas de esta manera.

–No tengo nada –dijo la esclava; después añadió, intencionadamente–: ¿Has desayunado bien esta mañana?

–El cordero asado no era necesario –dijo Tony–. La fruta y el café hubieran sido suficientes. ¿Lo has dispuesto tú?

–Creyeron –dijo Ghail fríamente– que desde que hablo contigo con frecuencia, debo saber tus gustos y preferencias.

–¡......! –dijo Tony–. ¿Has elegido tú éstas esclavas, las muchachas que forman parte del regalo que me ha hecho el Consejo?

–Sí, espero que te hayan gustado –dijo Ghail.

Sus labios habían hecho una contracción.

–Sin duda no se te ocurrió –dijo Tony con gentil reproche– que hubieras podido incluirte a ti en el regalo. Es la única censura que puedo dirigirte.

Ghail dio un golpe en el suelo con el pie.

–¡Yo soy propiedad personal de la Reina! –chilló–. La Reina es prisionera de los *djinns*. No puedo ser vendida ni nada más que por la Reina.

–Sería muy agradable que consiguiese persuadirte –dijo Tony, sometiéndose.

La muchacha se volvió de espaldas y miró hacia la puerta.

–A propósito –dijo Tony–, ¿cuándo tengo que salir hacia la corte de los *djinns*? Has dicho que tenías un salvoconducto para mí y mis acompañantes. ¿Tengo que decir a Esir y Esim que hagan el equipaje?

–¡Nada de eso! –respondió Ghail secamente–. No puedes llevar más que un acompañante. Saldrás antes de la caída de la tarde. El *djinn* hará todos los preparativos necesarios para tu instalación y la de otra persona solamente.

–Supongo...

–Irás –dijo Ghail brevemente– porque el *djinn* te ha invitado. Yo iré como tu presunta esclava, pero en realidad para atender las necesidades de nuestra cautiva Reina.

Tony la miró fijamente. Arqueó las cejas.

–El viaje –dijo Ghail altivamente– será realizado en los camellos de los *djinns*, que son en realidad *djinns* en forma de camellos. Viajan como el viento. Lo que representaría un viaje de cuatro días para los humanos, ellos lo realizarán en menos de cuatro horas.

–Estaba seguro –dijo Tony– de que te arreglarías para hacerlo desagradable. ¡Bien! Gracias...

La vio salir por la puerta con tristeza. La vida, reflexionó, había sido mucho más fácil cuando estaba prisionero en el patio de la prisión que ahora que era capitán general de unos ejércitos que no había visto todavía y un príncipe que tenía que hacer viajes a las cortes de entidades sobrehumanas, en las cuales no había creído nunca antes de la mañana de ayer. Por lo menos, mientras era prisionero, había pasado mucho tiempo con Ghail; sumariamente vestida e interesada por él, aunque desdeñosa. Ahora parecía desdeñosa, pero no interesada. Se parecía extraordinariamente a su conciencia.

Su conciencia le decía con severidad que, aun cuando era una muchacha esclava sin educación, criada en una atmósfera altamente desfavorable, Ghail había dado muestras de una devoción a su deber que Tony no manifestaba en modo alguno. Sólo el cielo sabía, decía la conciencia de Tony, las enormidades que podía cometer ahora que había dejado de estar bajo la tutela de su apropiado mentor... ¡Era una suerte que aquella pobre esclava tuviese un tan estricto sentimiento del deber!

A esto Tony contestaba que el sentimiento del deber de Ghail la había llevado a elegir dos muchachas esclavas para él, y que en vista de que se iba a marchar de viaje y no sabía cuándo tendría lugar su regreso, no había ninguna razón para que no las llamase y las hiciese bailar un poco mientras esperaba.

Se levantó y tiró del cordón del timbre.

En aquel momento vio algo que se retorcía en el suelo, en un rincón de la estancia. Se quedó mirándolo con la boca abierta. Después del asunto del patio del calabozo y del antepecho de la ventana la noche anterior, empezaba a sentir cierto recelo de los insectos, las ranas y demás objetos de pequeño tamaño que rondasen por allá.

Dos de las losas de mármol del suelo estaban levantándose por la ranura de contacto, como si bajo ellas se hinchase algo. Tony se quedó momentáneamente paralizado. Un tallo verde apareció y fue creciendo. En la punta aparecieron unas hojas; después algunas ramas, más hojas, y un capullo, El capullo se abrió, Se abrió formando una enorme flor lujuriosa de un azul violento. Y entonces la flor fue transformándose y se convirtió en una cabeza miniatura, y adquirió las facciones de Nasim, la *djinnee* con un mínimo de expresión de afabilidad.

–¡Sh.h.h.h.h! –dijo tímidamente el rostro de la flor.

–¿Qué pasa? –dijo Tony, tragando saliva.

–Siento lo de Es-Souk –dijo la *djinnee*, sonriendo–. ¡Es tan celoso! ¡No lo puede evitar, el pobre! El Rey lo ha metido en la cárcel, y lo tiene bien merecido.

–¡Oh! –exclamó Tony.

–He creído mi deber decirte que lo sentía –dijo la *djinnee*, casi sollozando–. ¿No me guardas rencor?

–¡Oh, no! –exclamó Tony–. No fue culpa tuya.

–Eres tan bueno... –murmuró Nasim mirándolo con ojos de vaca, llenos de adoración, desde el centro de la flor–. He estado ocultándome en una ranura en forma de huevo de insecto, esperando poderte decir cuánto lo siento. Pero ha habido constantemente alguien contigo.

–Sí –dijo Tony–. Es verdad.

–¿Quieres que adopte la forma de mujer humana –preguntó Nasim, riéndose generosa– por algún tiempo?

–Será mejor que te pongas alguna ro... –comenzó Tony, con recelo; después, desesperadamente, añadió–: Es mejor que no. Puede entrar alguien...

–Muy bien –dijo Nasim, radiante– Pero vas a ir a la corte de nuestro Rey. Te veré allí. No me apartaré de ti.

–Estoy seguro de ello... –dijo Tony, desfalleciendo.

–Velaré por ti –dijo Nasim con beatitud–, desde que me enteré de lo que Es-Souk trató de hacer por causa mía, he decidido velar por ti día y noche. ¡Y lo haré! ¡Día y noche!

Tony se quedó mirándola, sorprendido. Se oyó un leve ruido fuera de la puerta. Sentimentalmente, Nasim dijo:

–Siento marcharme de esta manera, pero viene alguien. Seré una pequeña mancha de grasa en el suelo. Ten cuidado –añadió sonriendo–, no me pises.

La flor, las hojas y todas las ramas parecieron contraerse lentamente. Súbitamente habían desaparecido. Las losas de mármol del suelo volvieron a cerrarse con un chasquido.

Una leve llamada a la puerta. Esir y Esim asomaron sus cabezas por la rendija. Sus rostros expresaban esperanza y al mismo tiempo congoja.

–¡Señor! –exclamaron, en tono de lamento–. Hemos oído decir que te vas de viaje. ¿Es que vamos a ir nosotras también?

Tony suspiró.

–Temo que no –dijo–. Asuntos de Estado y todo aquello... Tengo que llevar sólo un acompañante y no tengo el derecho de elegirlo.

–Pero, señor –protestó Esim–, acabamos de serte dadas hace poco y no sabemos siquiera si te gustamos o no.

Entraron en la habitación. Eran jóvenes y bien formadas. Le gustaban mucho. Demostraban claramente su deseo de tener la prueba experimental de ello y lo miraban suplicantes.

–Me gustáis mucho las dos –dijo Tony; su mente evocó los recuerdos de su vida en New York, pasada en metros y restaurantes automáticos y libros de contabilidad por partida doble,

con un solo intermedio pasado como mecanógrafo en un campo de instrucción del ejército–. Creo incluso que podría ser perfectamente feliz, aquí, en Barkut, si no fuese por una cosa.

Las muchachas mostraron en el acto su solicitud.

–¡Señor! ¿Qué es lo que te separa de la felicidad?

Tony soltó un suspiro profundo. En tono melancólico, dijo:

–¡Maldita sea! ¡No hay manera de encerrarse!

IX

El *djinn* camello tenía seis metros de altura y cruzaba la obscuridad del desierto a pasos monstruosos. Una gran cantidad de brillantes estrellas y el afilado segur de la Luna formaban largas sombras; a cada lado había una guardia de *djinns* cabalgando camellos *djinn*. En conjunto, el cuadro ofrecía una visión de bárbara magnificencia. El viento azotaba el artefacto que hacía el papel de camarote en la enorme nave del desierto. El artefacto le recordaba a Tony de una manera irresistible el interior de un auto inglés en miniatura, menos los instrumentos del tablero. Pero no avanzaba tan suavemente. El tamaño del camello no alteraba el ritmo de su paso, y no hubiera sido prudente soltarse mientras el animal estaba en movimiento.

Tony miró por una ventana hacia su escolta. *Djinns* de tres metros sobre camellos de seis metros. Monstruosidades barbudas, bigotudas, de colmillos salientes y orejas en punta, lanzas altas como los camellos, grandes cimitarras altas como el mismo Tony, ropas de seda y terciopelo adornadas con maravillosas joyas que relucían bajo la luz de la Luna. Un centenar de ellos, no menos, formaban una estrecha formación alrededor del animal que Tony y Ghail, la esclava, montaban.

Bajo la luz de la Luna, el guardia *djinn* parecía preocupado. Le preocupaba, pensó Tony de una forma abstracta, verse arrastrado a unos cuantos kilómetros por hora a través de un ilimitado desierto de arena, a lomos de un semejante metamorfoseado en camello, que a lo mejor esperaba de un momento a otro cambiar de sitio con él. Esta clase de cambios iba produciéndose con cierta regularidad. Por lo menos algunos camellos y sus monturas se quedaban atrás y al poco tiempo llegaban precipitadamente nuevos camellos y sus monturas a ocupar el sitio que antes habían dejado vacante.

Una sacudida del camello arrojó a Ghail contra él. Ahora iba velada, y llevaba todas las ropas que usaría una mujer para circular por las calles. Parecía extrañamente lejana, además. En la puerta de la ciudad de Barkut había subido la escalera hasta la cabina del camello –a la altura de una ventana de un segundo piso– con un aire de extremada ausencia, ignorando los demoníacos guardias *djinns* que la esperaban. Tony había sido incapaz de afectar una dignidad semejante a la suya mientras trepó para reunirse con ella en la angosta cabina. La guardia había formado alrededor de ellos, y emprendieron la marcha a través del desierto dejando a lo lejos las tenues luces de la ciudad. Ghail no había dicho una palabra, entonces, ni decía nada ahora tampoco. El silencio era opresor. Un momento después el camello dio otra sacudida. Tony cayó casi en su regazo.

–Perdona –dijo–. Mal camino, éste.

–No hay carretera –dijo Ghail tranquilamente–. Hemos llegado al pie de las colinas, y los *djinns* no están acostumbrados a caminar. Querían llevarnos en sus torbellinos, pero en nombre tuyo he rehusado.

–Supongo –asintió Tony– que hubiéramos llegado mareados.

De nuevo reinó el silencio. Otra monstruosa sacudida y Ghail cayó casi sobre sus rodillas. La ayudó a instalarse en su sitio y dijo:

–Mira, me parece que tendríamos que adoptar algún sistema para evitar esto. Ya sé que me repruebas enteramente, pero a falta de cinturones de seguridad, será mejor que pase mi brazo por tu cintura.

El camello pareció tropezar y Tony la sujetó. De nuevo fueron dejados en su sitio, y al agarrarla Tony firmemente por la cintura, la muchacha no protestó.

–No es que te repruebe a ti especialmente –dijo ella con cierta petulancia–, pero todos los hombres sois iguales.

–La observación es extraordinariamente original –dijo él–. ¿Supongo que estás dispuesta a decirme también que no te respeto?

Ghail volvió la cabeza hacia él. Sus labios casi tocaron su oreja. Con fuego, dijo:

–¡El camello es un *djinn*! ¡Nos está oyendo!

–¡Es verdad! –dijo Tony–. ¡Maldita sea! ¡No hay manera de estar solos ni aquí!

Dirigió una mirada melancólica hacia las colinas iluminadas por la Luna, que ahora se elevaban sobre el desierto y parecían extenderse intensamente sombreadas hasta las montañas, que ofrecían también zonas alternativamente obscuras y radiantes. Sintió súbitamente una suave mano que se tendía hacia él. La estrechó a su vez, animado más allá de lo esperado. Pero la mano se había apartado ya.

Un cálido aliento acarició su cuello. Un susurro ardiente llegó a sus oídos.

–Quería decirte algo. Aquí tienes *lasf*, en estas frágiles redomas que puedes romper en caso de necesidad. Entonces ningún *djinn* se acercara a ti. ¡Es para tu protección!

Tony avanzó de nuevo su mano. Encontró un pequeño objeto de liso cristal del tamaño de un dedo pulgar aproximadamente. Volvió a tender la mano. Otro. Un tercero. Los metió en diferentes bolsillos a fin de evitar el peligro de que se rompiesen. Acercó sus labios a su oído.

–Gracias. ¿Tienes alguno para ti?

–¡Desde luego! Y algunos para la Reina a fin de protegerla cuando lances los ejércitos a su rescate, cuando estés dispuesto a destruir a los *djinn*. Y ahora harás bien en hablar, puesto que has empezado.

Tony se echó atrás lo mejor que pudo, teniendo en cuenta la violencia de las sacudidas del paso del camello *djinn*. Súbitamente comenzó a sentirse mejor. Después de todo, una intimidad calificada a lomos de un camello podía tener sus ventajas.

–Hem... –dijo en voz alta–. En mi país, los *djinns* han sido subyugados desde hace ya tanto tiempo (son conservados en parques), que los humanos no se preocupan ya de ellos. He olvidado incluso todo lo que estudiamos sobre ellos en la escuela primaria; me parece extraordinario que puedan cambiar de tamaño hasta este punto. De forma, sí. En mi Mundo incluso las mujeres humanas pueden conseguir cosas extraordinarias con sus formas, por medio de adornos y fantasías. ¡No lo creerías! Y desde luego, cambian de colores. Pero de tamaño, propiamente hablando, no.

Ghail se agitaba inquieta. Pero habló tan serenamente como antes.

–Los *djinns* son elásticos –dijo–. Con la misma cantidad de substancia pueden ser anchos como un remolino o pequeños como un grano de arena, si bien nadie puede recogerlos, porque pesan siempre lo mismo.

–¿Quieres decir –preguntó Tony, interesado– que un *djinn* en forma de insecto, o... o de huevo de polilla, tiene el mismo peso que cuando afecta la forma de un camello u otra cosa similar?

Ghail le cogió la mano derecha con fuerza y la mantuvo con firmeza.

–Sí –dijo brevemente.

–Entonces –dijo Tony animadamente–, esto explica por qué el banco del patio se volcó. Un escarabajo *djinn* estaba subiendo a él. Esto explica una serie de cosas.

Ghail levantó su mano izquierda rechinando los dientes.

–Gracias –dijo Tony–· Desde que no somos lanzados de un lado para otro, este viaje es mucho más agradable, ¿no lo encuentras así?

Ghail volvió la cabeza hacia él y le susurró al oído, ahogándose de furia:

–¡En cuanto hayas destruido los *djinns*, te mataré!

Tony estaba radiante en el interior de aquella estrecha cabina de la giba del camello. Ghail le tenía las manos agarradas, hablándole con furia. Tony rodeaba sus hombros con el brazo. La combinación de sacudidas, ondulaciones, vaivenes del camello no era en absoluto desagradable... para Tony.

–Hay otra cosa que quisiera preguntarte –dijo alegremente–. Cuando me enseñabas a hablar tu lenguaje, usabas un traje más apropiado para los climas calurosos. Quiero decir que no llevabas tanto. Era aproximadamente lo que usan en mi país las muchachas para bañarse. Y no parecía preocuparte en absoluto. Pero esto era sólo cuando creías que yo era un *djinn*. En cuanto descubriste que no lo era, pareciste en el acto preocupada, y a veces te sonrojas en los sitios más insospechados... ¿Por qué?

Chirriando los dientes, Ghail susurró, a través de ellos:

–Los *djinns* no son humanos. Tampoco me sentiría embarazada delante de un gato. O un esclavo. ¡Pero de un hombre, sí!

–Y, sin embargo, Esir y Esim...

–Se hubieran sentido embarazadas también antes de serte dadas, de convertirse en tus esclavas –dijo con la voz temblando de furia–. Voy vestida de esta manera porque viajo contigo.

Después susurró, casi silbó, en su oído:

–¡Una vez todo esto haya terminado, me ocuparé de que te hiervan en aceite! ¡Servirás de pasto a los perros! ¡Serás hecho pedazos...!

El oído de Tony resonaba agradablemente. Seguía radiante en medio de la obscuridad mientras el camello de seis metros de altura, que era en realidad un *djinn*, seguía avanzando a través de la noche.

Había sido un viaje de dos horas a través del desierto propiamente dicho –una caravana podía recorrer 60 km diarios apretando el paso, un camello recorría la misma distancia en una hora– y transcurrió otra hora antes de que apareciesen los primeros indicios de la proximidad de la corte del Rey *Djinn*.

La evidencia de la cercanía era obvia. La tropa de guardias *djinn* se aproximaba a un angosto paso entre dos vertiginosos acantilados. Este estaba guardado por dos colosales formas, con ojos llameantes. Tenían doce metros de altura, e iban armados con hachas cuyas hojas tenían una anchura superior a la altura de un hombre y mangos del tamaño del tronco de una palmera. Hablaban con voces como el trueno. La cabalgata se detuvo. Una voz gutural dio la contraseña. Los gigantescos centinelas retrocedieron. Tony lo observaba todo con interés.

–Muy impresionante –dijo con justeza–. Pero, según me has dicho, esto son simplemente *djinns* que se han extendido, descomprimido, por decirlo así, hasta alcanzar estas impresionantes dimensiones. A esta altura no pueden ser mucho más densos que la niebla. ¿Cómo pueden sostener estas hachas?

–Las hachas –dijo Ghail brevemente– forman parte de ellos. Los *djinns* pueden adquirir la apariencia de una arquilla de monedas o de joyas, que parecerán diversos objetos. Pero separar de allí una moneda o una joya sería como separar una parte del *djinn*. No podrías. Las hachas son una parte de su forma. Lo mismo que las ropas y los ornamentos que usan.

–Ya... –dijo Tony–. Comprendo...

La cabalgata siguió adelante. El paso a través de las montañas fue haciéndose angosto y recto. Los acantilados se volvieron más abruptos y los gigantescos camellos con sus cabalgaduras llegaron a avanzar en una obscuridad casi absoluta, teniendo sólo una cinta de cielo estrellado sobre sus cabezas. Después el desfiladero onduló, se ensanchó un poco y volvió a estrecharse.

La entrada de la parte más lejana, y todavía más angosta, estaba completamente cerrada por algo que sólo la tenue luz de las estrellas permitió a Tony creer distinguirlo.

Era la cabeza de un dragón con los ojos cerrados, aparentemente dormido, que cerraba completamente el paso. Los grandes agujeros de la nariz, del tamaño del túnel del metro, dejaban salir chorros de vapor de la anchura de vagones.

La caravana avanzó y se detuvo. El jefe de la guardia lanzó un grito. Los grandes ojos de la cabeza del dragón se abrieron y Tony los juzgó del tamaño de la esfera del reloj del Parlamento de Londres. Miraron despreciativamente al guardia *djinn*. Este volvió a gritar. De nuevo el monstruo echó vapor por las narices. Entonces la gigantesca boca se abrió. Dio la impresión de un puente de hierro levantándose para dar paso a un remolcador arrastrando barcazas de carbón. Permaneció abierta. En el fondo de la garganta ardían apacibles llamas.

La caravana avanzó a buen paso hacia las fauces abiertas...



Y súbitamente la alta Luna brilló resplandeciente sobre un ancho valle con el palacio del Rey de los *djinns* a distancia. Era grande. Relucía de iluminación. Y la avenida que llevaba a él estaba bordeada por gigantes, de los cuales sólo los pies eran visibles. Las piernas, más gruesas que el tronco más grueso de un árbol, se elevaban sobre sus cabezas. Las barrigas pendían como estratocúmulos de carne a centenares de metros sobre los camellos de la caravana. Las cabezas de los gigantes eran invisibles. Tony se sintió pequeño. A fin de tranquilizarse, se dirigió a Ghail:

–Debe hacer una noche muy apacible. De lo contrario, con la altura que tienen, la más ligera brisa haría ondular a estos gigantes como globos cautivos.

Ghail puso la mano derecha de Tony firmemente delante de él. La soltó. Cogió su mano izquierda y la quitó imperativamente de su hombro.

–Hemos casi llegado ya –dijo brevemente–. Pedirás que me lleven en el acto a la prisión de la Reina a fin de que tenga el consuelo de una mujer humana con quien llorar su cautiverio.

En su voz se filtraba un súbito malestar, incluso ansiedad. Temblaba un poco. Y Tony adivinó por qué estaba asustada. Viajaba como esclava. Y allí, entre los *djinns*...

–Me ocuparé de ello –le dijo casi con remordimiento–. Me he portado un poco como una bestia, ¿eh? Pero me ocuparé de que seas llevada a tu Reina mientras hablo con el Rey y escucho sus ofertas y sobornos.

Ghail se puso el velo y extendió sus ampulosas ropas.

–No lo verás esta noche –dijo amargamente–; serás llevado a tus habitaciones, donde te mandará refrescos y diversiones para seducirte y hacerte desear firmar alianza con él en lugar de Barkut. Habrá vino y *djinnees* en forma de mujeres, y todo lo que es indigno para atraer a un hombre.

Tony consiguió parecer indignado. Pero en realidad delató su interés.

–¿Crees que los *djinns* son tan inmorales como esto?

–¡Desde luego! –dijo ella más amargamente todavía–. ¡Son estúpidos! ¡Son increíblemente estúpidos! De manera que, naturalmente, son inmorales. De manera que si no fuesen estúpidos y por lo tanto no fuesen inmorales, nosotros, los humanos, no tendríamos posibilidad alguna contra ellos. Y es porque los hombres son tan estúpidos que ellos son tan inmorales, y...

Súbitamente, se echó a llorar. Y Tony le acarició los hombros consolándola, y apartó su velo y le enjugó las lágrimas. Y súbitamente también, ella dejo de llorar, y lo miraba de una manera extraña.

–¿Qué... qué piensas de mi ahora? –dijo con voz tenue.

–Querida –dijo Tony suspirando–, pienso que eres probablemente la muchacha más inteligente que he conocido en mi vida.

La caravana se detuvo delante de la ornamentada puerta del palacio del Rey de los *djinns* y no hubo ya tiempo para más conversación, ni medianamente privada.

Tony bajó de su camello de una manera majestuosa. Transmitió la petición de Ghail al lujosamente ataviado chambelán que salió a recibirle en nombre del Rey; o sea, que se le permitiese compartir el cautiverio de su Reina durante el tiempo de su visita. En una palabra, Ghail se alejó acompañada de una *djinnee* que tenía en aquellos momentos unos cuatro metros de altura, de tez verdosa, y que llevaba un collar de diamantes, cada uno de los cuales era bastante más grande que una pelota de fútbol. Tony habló afablemente con el chambelán que lo recibió como era debido a un príncipe y general de las fuerzas de Barkut.

–Un viaje muy agradable –dijo Tony mientras se formaba la comitiva para llevarle a sus habitaciones–. Tus camellos, en particular, han despertado mi admiración. Hizo un gesto ampuloso exactamente igual al del único general con que había estado en contacto, durante la mayor guerra de la raza humana.

–¡Admirable! –repitió en el tono idéntico al del general–. ¡El que me ha llevado a mí es una verdadera perla entre los camellos!

El camello que le había llevado volvió la cabeza. Lo miró sentimentalmente. Suspiró melancólico. Se echó a reír. Era Nasim.

X

Tony tenía que reconocer, bien a pesar suyo, que estaba decepcionado. Había avanzado hacia las habitaciones que le estaban asignadas en el palacio, entre largas hileras de cortesanos *djinns* que hubieran podido deslumbrarlo con sus sedas, terciopelos, joyas y pieles; pero una vez que un ligero ruido le hizo volver la cabeza, se dio cuenta de que los cortesanos por delante de los cuales había pasado, se alejaban apresuradamente y sospechó que corrían a colocarse de nuevo delante de él asumiendo nuevas formas –incluyendo trajes y joyas– poniéndose en fila nuevamente. Y como al asumir nuevas formas adoptaban también las ropas y adornos que iban con ellas, ya no quedó deslumbrado por las hileras de perlas del tamaño de un huevo de gallina, o los rubíes gruesos como granadas. Joyas de aquella especie, se le ocurrió hacerle notar su suspicaz y siempre vigilante conciencia, eran de mal gusto. Si uno trataba de apoderarse de una de ellas –pese a que hubiera sido de mal gusto también–, hubiera sido como tratar de apoderarse de una oreja o de una nariz. Las joyas eran, en realidad, unos lujos no comerciales. Eran, por decirlo así, pasta, y por lo tanto daban pruebas de una lamentable falta de imaginación.

Su conciencia le recordaba amargamente las predicciones de Ghail de libidinosas diversiones esperando para refrescarlo después de su viaje. Tony se animó. Estaba más que medianamente cansado, pero, como con frecuencia se había preguntado..., ¿quién no lo estaría en su caso?

En la antesala de sus habitaciones había una guardia de honor. Tony tuvo que proceder a su revisión. Unos gigantes de cuatro metros de altura lo miraban de arriba abajo, con la truculencia impresa en sus ojos. El comandante de la guardia le pidió el santo y seña para la guardia personal de Tony de aquella noche. Tony pensó en Ghail.

–¿El santo y seña? –dijo–. «Soledad».

Y fue a dar una mirada a su dormitorio.

Como todo el resto de las instalaciones, era de una suntuosidad sólo posible de hallar en las películas cuyo coste asciende a tres millones de dólares. La cama parecía haber sido excavada en una monstruosa ostra perlífera; las paredes eran iridiscentes y los muebles, de ónix y oro; su alojamiento en Barkut no tenía comparación posible con aquella suntuosidad y, sin embargo, no encontraba emoción en él. Ghail lo había estropeado todo con su inoportuno comentario acerca de la facultad de los *djinns* de adoptar la forma que querían, incluso la de una moneda o una joya. Se lo estropeó todo. Estropeó incluso el efecto de la suntuosidad y la magnificencia del inmenso salón de banquetes al cual era ahora llevado para tomar algún refresco.

Al principio, Tony había estado muy esperanzado, pero a medida que los acontecimientos se desarrollaban iba cayendo en una profunda melancolía. Los *djinns* intentaban, indudablemente, hacerle pasar una noche que respondiese a los sueños de un Verdadero Creyente. Y bajo su punto de vista era sin ningún género de dudas una diversión cuyo límite no era ni el Cielo. Pero Tony sólo encontraba en ello un morboso deleite al escuchar los angustiados sollozos de su conciencia a medida que el espectáculo se desarrollaba. Para un ciudadano de los Estados Unidos acostumbrado a la música de la Radio Music City Hall, a las

muchachas de las revistas de la TV, o a algún ocasional «burlesque» de New Jersey, aquel espectáculo era patético.

Un habitante normal de Barkut hubiera quedado seducido –bajo varios conceptos– por el enorme bol de cristal lleno de vino de un tamaño suficiente para que nadasen en él varias muchachas, y por las muchachas que nadaban en él. Pero Tony había visto films en colores en los que nadaban también muchachas completamente americanas. Un árabe no sofisticado hubiera quedado encantado con las *djinnees* que adoptaban formas humanas y poca cosa más, cantaban con entusiasmo y bailaban lujuriosamente en honor de Tony. Pero él había visto bailarinas de una extrema precisión, tanto personalmente como en escena. Además, las *djinnees* buscaban la belleza de acuerdo con los cánones árabes, y por lo tanto eran marcadamente «steatopygias», o sea de abultadas grupas. De manera que cuando bajo el concepto *djinn* el espectáculo estaba en su apogeo, Tony se sintió invadido por la añoranza. En la contorsión hay un arte. En el «striptease» hay una técnica definitiva. Y las *djinnees*, por muy abnegadas que fuesen, carecían de ambas cosas.

La conciencia de Tony gritó con todas sus fuerzas cuando al principio estuvo a punto de retirarse ruborizado. Pero cuando permaneció sentado, triste –solitaria y decepcionada figura–, inmune a la pródiga inmoralidad de los *djinns*, su conciencia quedó sorprendida. Había estado dispuesta a la lucha por su existencia y se mofaban de ella. Pero los antídotos del vicio se habían generado en el sistema de Tony –así se lo aseguraba él a su conciencia– por las variadas formas de espectáculos pasados al margen de la censura en los Estados Unidos. No se sentía afectado por las tentaciones de las *djinnees* porque –vía technicolor– había sido ya tentado por las profesionales contra las cuales las *djinnees* no podían en modo alguno competir. En resumen, aseguraba contrariado Tony a su conciencia, parecía que en cuanto a las *djinnees* hacía referencia, no podía dar el sí como respuesta.

Hacia medianoche bostezaba. A las doce treinta sólo podía conservar los ojos abiertos con dificultad. A la una se fue, solo y excusándose, a la cama. Su conciencia apenas podía creerlo. Y cuando finalmente ésta insistió en sus severas y virtuosas recomendaciones que, viniendo de una conciencia deben considerarse la cosa más apreciada de este Mundo, Tony volvió a bostezar.

Pero no hay conciencia que apruebe una conducta más allá de un breve intervalo. Casi instantáneamente, Tony pensó que era un ultraje pensar en dormir vestido. ¡No había bebido bastante para una cosa así! Abrió los ojos cansados y legañosos y miró distraídamente la magnificencia de su dormitorio, cuya cama tenía con toda seguridad unas dimensiones suficientes para más de una persona. Le habían dado una lección. No vio más que un mueble de apariencia insensata. Pero sabía cómo iban las cosas. Los bancos podían derrumbarse de un momento a otro. Las losas del suelo podían abrirse con un crujido. Y confesó, a su conciencia, lo que había sido la verdadera causa de su insensibilidad.

–Siento que no tengo la menor intimidad –dijo desalentado.

Y entonces se quedó dormido.

Vino el alba, y con el alba vino Nasim. Era tan temprano que Tony casi no había abierto los ojos. Estaba pensando en aquellas más o menos melancólicas reflexiones con que el hombre

suele saludar el nuevo día, cuando un leve torbellino de un metro de altura se filtró por la puerta de la habitación. En todo lo alto de él, el cuerpo de Nasim aparecía radiante. Tony se incorporó, dándose cuenta de que había dormido vestido, incluso con sus zapatos. Se sentó, cansado.

–¡Hola Nasim! Gracias por el viaje en camello. Eras tú, ¿verdad?

–Pedí serlo –dijo ella riéndose–. Dije que sería un privilegio. Y lo fue. ¡Esta muchacha esclava no te quiere! –añadió–. ¡Es terrible! ¡Una esclava que no quiere a su dueño!... Y tú no la quieres tampoco. Has dicho que era inteligente, celebro haberlo sabido. Me disponía a estudiarla a fin de poder adquirir su forma y engañarte algún día. ¡Hubiera sido una bonita broma que gastarte! Pero ahora no lo haré.

Por alguna razón desconocida, el cabello de Tony se erizó. Pero de nuevo lanzó un bostezo.

–No –dijo–, en tu lugar no lo haría. No sería divertido –después le preguntó–: ¿Cómo has pasado la guardia? ¿Te ha dado alguien el santo y seña?

–Era un pequeño ciempiés que corría por el suelo –dijo Nasim riéndose–. Nadie me ha visto. De todos modos, el Rey quiere que averigüe por qué estabas tan aburrido anoche. ¿Es que... –lanzó un suspiro y lo miró esperanzada–, es que querías serme fiel?

Tony sintió una sacudida interna. Nasim, en su fuero interno, estaba asociada con los escarabajos, huevos de polilla y manchas de grasa. Y ahora ciempiés, además.

–Pues... debía ser alguna especie de antídoto o algo así, Nasim –dijo Tony, desalentado–. No me sentía romántico anoche. Eso es todo. ¿Dijo el Rey algo más acerca de mí?

–Va a ejecutar a Es-Souk por haber intentado matar a alguien de quien ha decidido granjearse la amistad –dijo Nasim virtuosamente–. Y quiere que asistas a su ejecución. Lo siento por el pobre Es-Souk! ¡No puede evitar estar celoso de mí! Y el Rey tiene un empeño extraordinario en conseguir que seas un amigo suyo en lugar de un general de Barkut.

–¿Sabes una cosa? –dijo Tony–. Daría mucho por saber por qué tiene tanto empeño...

Nasim le sonrió; no era más que un leve torbellino de un metro de altura que giraba en el centro de la habitación de Tony, que recordaba los lujosos apartamientos de un hotel de treinta y cinco dólares diarios, sin baño. Tony se dijo con cierto desfallecimiento que parecía bastante linda, para un remolino. Un poco de tipo rollizo, desde luego, pero a cualquiera que le gustasen los torbellinos le gustaría Nasim. Quien tuviese estos gustos, la apreciaría como animalito doméstico favorito. Sin embargo...

–Voy a susurrarte algo al oído –dijo Nasim tímidamente–. Pero tendré que adoptar la figura humana para poderme acercar a ti.

El remolino se ensanchó un poco. Tony miró un poco asustado al ver una figura humana que iba apareciendo, rosada, en medio de la nube de neblina que era Nasim en forma de remolino. Comenzó a tener miedo. Ansioso, le gritó:

–¡Tus ropas, Nasim!

Su grito llegó casi demasiado tarde, pero no del todo. El final de la neblina que constituía el remolino se arropó materializada en torno de ella de una manera totalmente informe. Entonces se inclinó sobre él radiante, sonriendo.

–Siempre lo olvido..., ¿verdad?

Incluso en forma humana Nasim era rolliza. Sus ojos no eran aquellos ojos alargados animales de los *djinns* varones, y por lo visto se había acordado de evitar cuidadosamente que sus orejas se alargasen. Pero Nasim, naturalmente, no podía imaginar una expresión que no fuese intelectualmente *kaput*. Se acercó picarescamente y se sentó sobre la cama, cerca de Tony. La cama se hundió de una manera sorprendente bajo su peso, lo cual le dio a Tony mucho que pensar.

–Voy a susurrarte algo –dijo misteriosamente.

Se inclinó hacia él...

Ghail, susurrando a sus oídos la noche anterior, mientras avanzaban en el camello, le había procurado una sensación muy agradable, pero con Nasim la cosa era diferente.

–El Rey quiere tenerte a tí como amigo por la forma como tu nación destruye las ciudades en la guerra –le susurró–. En una fracción de segundo, con llamas más ardientes que el más ardiente fuego.

Se echó atrás y lo miró sonriente.

–¿No te parece que es gentil de mi parte...? –preguntó en voz alta–. Escucha otra vez.

De nuevo se inclinó. Tony escuchaba, tratando de imaginar qué significado podían tener las bombas atómicas para un Rey de los *djinns*.

–Cuando Es-Souk sea ejecutado, ocurrirá también así –prosiguió susurrando la voz– Harán estallar al pobre Es-Souk y se producirá una explosión más ardiente que el más ardiente de los fuegos. Y yo le he dicho al Rey que tú le has dicho a la muchacha esclava que tu país guarda *djinns* en reserva. De manera que el Rey sabe que tu país puede hacer estallar *djinns* para destruir ciudades enemigas y teme que le digas del pueblo de Barkut cómo hacerlo ellos también.

La carne de Tony se estremeció. No era precisamente el hecho de saber que cuando un *djinn* era ejecutado hacia explosión. Un ser que era capaz de cambiar su tamaño desde el de un grano de arena hasta el de un remolino no podía ser de una materia ordinaria. No era de carne y hueso, con hormonas sexuales y sales minerales con sabor, tenía que ser algo diferente. Una mezcla de neutrones, electrones y positones sueltos en cadena y demás cosas... –los conocimientos de física nuclear de Tony procedían de los suplementos ilustrados de los periódicos de los domingos–, e incluso esto era impresionante, pero no horroroso. Lo que hacía realmente estremecer la carne de Tony era que cada *djinn* y cada *djinnee* tenía que ser, en realidad, una bomba atómica. Que podía hacer explosión. Debían evitarlo siempre que era posible, desde luego. El Rey de los *djinns* se estremecía ante esta sola idea. Pero no había ser humano capaz de estar tranquilamente sentado en una cama con una bomba atómica a su lado, Especialmente cuando esta bomba no llevaba más envoltura que un tenue manto y se sentía romántica.

Tony se levantó apresuradamente, Nasim lo miró con reproche.

–Esto no es gentil –dijo haciendo un pucherito–. Yo te digo cosas bonitas y tú me huyes. Ahora te vas a sentar inmediatamente a mi lado y a decirme cosas bonitas...!

Tony se estremeció. En vano se estrujaba el cerebro buscando algo que fuese suficientemente romántico y sin embargo no lo comprometiese. Se inclinó sobre ella.

–Ya sabes que otros *djinns* nos están escuchando –dijo con la garganta seca–. Voy a pedirle al Rey la vida de Es-Souk. No quiero que muera por mi culpa. Yo... –se atragantó ruidosamente– puedo librar mis propias batallas –«¡Y contra las bombas atómicas también!», le dijo acerbamente su conciencia.

Nasim lo miró decepcionada.

–¡Esto debe ser muy noble por tu parte –le dijo en tono de queja–, pero no es romántico ¡No eres gentil conmigo! Te enojas cuando olvido usar ropas y...

–Anoche mismo dije que eras una perla entre los camellos, ¿no? –preguntó Tony, extenuado–. No querrás despertar la bestia en mí, ¿verdad?

Nasim se echó a reír y Tony añadió

–¿En público...?

–Bien... –dijo Nasim en tono condescendiente–, no había pensado en ello. Ahora comprendo. Ya pensaré en algo. Tengo que marcharme...

Se levantó y se dirigió hacia la puerta como una redondeada figura envuelta en un manto que arrastraba formando bucles detrás de ella.

En la puerta se detuvo y volvió a echarse a reír.

–Ahora recuerdo que has dicho algo referente a la bestia –dijo animadamente–. Esta muchacha esclava que has traído contigo manda un mensaje. Dice que si puedes robar algún tiempo a tus bestiales diversiones, la Reina de Barkut quisiera verte.

Tony sintió su tensión aumentar.

–¿Cómo diablos puedo llamar a alguien que me guíe por este palacio? –preguntó febril–. ¡La Reina y Ghail están esperando!

–Cualquiera te guiará –dijo Nasim–. Pregunta a tus sirvientes.

–No tengo sirvientes –dijo Tony agitadamente–. Sólo estos guardias de aquí fuera.

–¡Oh, sí tienes sirvientes! –insistió Nasim–. El Rey dio orden de que no te molestasen, pero están a tus órdenes en cuanto los necesites. Estoy segura de que designó a uno de mis amigos para ser tu criado. ¡Abdul! ¡Abdul! ¿Dónde estás?

Con el rabillo del ojo Tony vio un infinitesimal estremecimiento cerca del techo. Se volvió para mirarlo. Una cucaracha –una cucaracha bastante grande– apareció en lo alto de las cortinas de una ventana. Agitó sus antenas hacia ellos.

–¡Ah, Abdul! –dijo Nasim–. El gran príncipe que es huésped del Rey quiere ver a la Reina de Barkut en su torreón. ¿Quieres acompañarlo allá?

Un súbito y rápido chorro de agua brotó como un géiser del sitio donde había estado la cucaracha. Fuerte y poderoso, como si saliese de una manguera de bomberos de tres pulgadas, describió un arco a través de la habitación, alcanzó la pared de enfrente con fuerza, se deslizó hasta el suelo y se elevó formando un surtidor que a su vez se solidificó en forma de un grueso y tembloroso *djinn* con un turbante purpúreo.

Se inclinó hasta el suelo delante de Tony.

–Por aquí, señor –dijo con voz profunda–; la Reina de Barkut te espera.

Con los ojos turbios, Tony lo siguió saliendo por la puerta.

XI

Siguió al *djinn* Abdul a través de la puerta. Después se quedó mirando. Delante de sus habitaciones había habido una vasta antesala. En ella había pasado revista a su guardia de honor. Ahora, en su lugar, veía una inmensa piscina y detrás de ella una selva con lujuriantes y gruesos árboles Tony la examinó con concentrada atención.

–Me parece que anoche era un poco diferente todo esto –observó.

–Sí, señor –dijo el *djinn* en tono solemne.

Le indicó el camino siguiendo el borde de la piscina. Tony lo siguió. Aquel mensaje de Ghail le preocupaba, desde luego. La noche que acababa de pasar había sido agresivamente inocente, pero le parecía que Ghail no era probable que lo creyese así. Su petición de que se presentase ante la Reina no estaba formulada en unos términos que indicasen una gran confianza en él. Pero de momento no veía que pudiese hacer gran cosa.

–La decoración interior, entre los *djinns* no es evidentemente un arte estático –dijo frunciendo el ceño–. Las cosas cambian en una noche, por lo visto...

–Sí, señor, y más a menudo –dijo Abdul solemnemente–. Nosotros los *djinns* estamos muy preocupados por el aburrimiento. Somos la más poderosa de todas las cosas creadas. No hay nada que deseemos y no podamos conseguir. De manera que sufrimos de tedio. Alguien se habrá aburrido de la antesala y ha cambiado su configuración.

–Llevo una redoma de cristal en un bolsillo –dijo Tony, frunciendo el ceño–. ¿Puedes cambiar también su configuración?

–Es un objeto humano, señor –dijo Abdul con aire de desprecio.

Tony rechinó los dientes. Durante la noche –mientras él dormía– su conciencia había llegado a algunas conclusiones altamente morales que estaba dispuesto a aceptar. Una era que los *djinns* eran de una especie diferente de los humanos, pero no eran por este motivo semejantes a los ángeles. Tony analizó esta decisión recordando el espectáculo de la noche anterior. Más aun: no eran más que materia –le decía su conciencia con firmeza–, materia inestable, probablemente con Uranio, en su constitución, y en los Estados Unidos la Comisión de Energía Atómica ejercería acción contra ellos por motivos de seguridad nacional. Pero no eran espíritus.

Eran materiales. Groseramente materiales. Sabían únicamente lo que veían, tocaban, olían y oían. Estaban limitados a los sentidos que tenían los humanos. Tony había hecho referencia a la redoma de cristal que llevaba en el bolsillo. Era evidente que Abdul no sabía nada de ellas ni podía determinar místicamente su contenido, de lo contrario hubiera tenido un miedo mortal. Contenían *lasf*. Por lo tanto, no era imposible ocultar un secreto a los *djinns*. No era imposible engañarlos. Podía no ser imposible hacerles un «bluff».

Estos eran pensamientos alentadores. Los *djinns* eran seres y, por consiguiente, tenían limitaciones. Cambiaban macizas características arquitecturales del palacio del Rey de los *djinns* en el espacio de una noche, pero no podían (era una deducción razonable) cambiar la

forma de un objeto humano... Por consiguiente, era probable que las cosas que podían cambiar fuesen de la misma materia que ellos...

El guía de Tony abrió una puerta. Hubiera podido dar a un corredor de un blanco de nieve. Sus paredes hubieran podido ser de marfil, quizá de colmillos de mastodonte intrincadamente labrados con dibujos no muy originales. En su lugar, detrás de la puerta, Tony encontró un corredor que era un «aquarium» de una insospechada riqueza. Sus paredes eran de cristal, detrás de las cuales nadaban extraños peces tropicales. Los peces llevaban collares de oro y se veían castillos submarinos incrustados de perlas, en los cuales aburrirse.

Lo cual era un indicio. A Tony se le ocurrió pensar que hasta entonces no había visto un rastro de civilización que hubiese podido ser llamada *djinniana*, en oposición a humana. Todo lo que hasta entonces había visto era una elaboración, una amplificación, una suntuosa complicación de modelos y posesiones de los hombres. Los humanos usaban ropas, los *djinns* usaban atavíos hechos bajo los mismos modelos humanos, pero más suntuosos y extravagantes. Los humanos tenían palacios, el Rey de los *djinns* poseía un palacio que sobrepasaba en riqueza cuanto los meros humanos pudiesen imaginar. Pero las riquezas de los *djinns* eran inestables, sus riquezas no tenían significado alguno, y no tenían la menor originalidad. En su Mundo nativo, pensó Tony, los *djinns* sólo hubieran podido amoldarse a Hollywood.

Aquello lo alegró enormemente. En su bolsillo tenía tres redomas de *lasf*. Si su opinión era justa, el palacio estaba construido con el mismo material que el dragón del angosto paso, los dos colosos de después y la hilera de gigantes en el salto final hasta la puerta del palacio. Si destapaba una de las redomas, era probable que los muros del palacio comenzasen a estornudar y se desplomasen en forma de remolinos, un remolino para cada unidad del edificio. El palacio de los *djinns* tenía una exacta analogía con las vivas construcciones de los ejércitos de hormigas de América Central, que se juntan para formar un refugio y un palacio, con su techo, paredes, suelos y corredores, para albergar al ejército de la reina de las hormigas cuando se sentía en disposición de poner algunos huevos. Pero los *djinns* no eran asexuados como los ejércitos de hormigas. Los románticos impulsos de Nasim parecían demostrarlo claramente. Además... bien, las *djinnees* que habían bailado la noche anterior en su honor habían desplegado un entusiasmo que no tenía nada de sintético. Tenían algo más que un teórico conocimiento de lo que se trataba. De lo que carecían era de arte.

Fue pues con una creciente sensación de capacidad que Tony respondió a la llamada de Ghail. Comenzó a pensar en su entrevista con el Rey de los *djinns* con menos aversión. Y en cierto modo, el aspecto de bomba atómica de los *djinns* comenzó a desvanecerse. Ghail no le había mencionado jamás nada de esta especie. Los humanos, al parecer, no sabían que los *djinns* eran escindibles. De manera que no era probable que pudiesen hacer explosión por accidente. Pero seguiría siendo difícil sentirse romántico con una bomba atómica, aunque no tuviese espoleta.

Más puertas. Cruzaron partes del palacio que para Tony eran naturalmente desconocidas, y cuyas características de hoy no podían ser comparadas a las de ayer. Finalmente llegaron a una diminuta e insignificante puertecilla y el *djinn* Abdul se detuvo de nuevo y se inclinó profundamente delante de ella.

–La residencia de la Reina de Barkut, señor –dijo humildemente.

Tony franqueó la puerta y se detuvo en el borde de una especie de pradera seca de algunas extensiones de hierba. El Sol brillaba ardiente, oyó un pájaro cantar monótonamente y se cercioró de que no era ningún *djinn* quien producía aquel sonido. A unos cien metros de allí había un grupo de árboles y entre ellos un pequeño grupo de casas de paredes de barro, claramente habitaciones humanas, no muy hábilmente construidas, con instrumentos totalmente humanos a su alrededor.

Tony avanzó. Alguien le hizo una señal y sintió que su corazón latía ridículamente rápido. Pero al acercarse más vio que no era Ghail. Era una mujer gruesa y maternal con la falda levantada mostrando unas fuertes y bronceadas pantorrillas. Parecía haber estado trabajando en un jardín. Tony vio un campo bien cultivado de melones, cebollas y otras verduras. La mujer sonrió a Tony y le dijo:

–La Reina está aquí dentro. ¿Eres Lord Tony?

Tony asintió. Abdul demostraba una curiosa intranquilidad.

–Cuando regreses a Barkut –dijo la mujer–, trata de mandarnos algunos dulces. ¡Hace meses que no hemos tomado nada dulce!

–Y dirigiéndose condescendiente a Abdul, añadió–: No es porque no lo hayas intentado, desde luego...

Abdul se agitaba, nervioso.

–Te esperaré, señor –dijo tristemente–. No es digno de un *djinn*, el más poderoso de los seres creados, ser objeto de mofa por parte de un mero ser humano. Volveré a salir y te esperaré en la puerta.

Ghail salió del edificio principal; no debía tener más de dos o tres habitaciones y era de un solo piso, y miró deliberadamente a Tony con un aire glacial.

–Mis respetos, señor –dijo.

En aquel momento la mujer maternal tuvo el buen acierto de decir al grueso y bajo *djinn*:

–¡Oh, no te vayas, Abdul! Veré un rato tus trucos mágicos... si son buenos.

Abdul se tambaleó. Tony miró a Ghail. En tono de censura dijo:

–De las dos pareces tú la más preocupada. ¿Has llorado?

–Con mi Reina –respondió Ghail con dignidad– por la tristeza de su cautiverio.

En aquel momento una esbelta y bella muchacha, tostada por el Sol, apareció al lado de Ghail y saludó amistosamente a Tony. Él se quedó con la boca abierta. Tenía el sereno aire de la mujer que no está casada y está encantada de no estarlo. Lo cual no concuerda en absoluto con el aire de una Reina. El palacio del Rey tenía un aspecto tétrico por los cuatro costados, pero aquí, en el centro, las cosas eran diferentes. Aquellas casas no tenían el menor aspecto de una prisión desde luego. Era una pradera de ochocientos metros en un sentido y ochocientos metros en el otro, con las casas y los jardines en medio, de manera que parecía más bien una vasta granja. El contraste entre aquellas construcciones y la magnificencia del palacio

producía un extraño efecto. La Reina daba la sensación de pasar el tiempo muy agradablemente allí y estaba tan encantada como cualquiera pudiese estarlo.

–Este –dijo Ghail respetuosamente–, es Lord Tony.

XII

La Reina sonrió. Llevaba las manos sucias de harina como si hubiese estado cocinando.

–¿Has tomado el desayuno, Lord Tony? –preguntó.

–Pues... no.

–Entonces ven, y hablaremos mientras desayunas.

Entraron en una pequeña habitación casi desnuda, de un aspecto campesino agradable que tenía la neta brillantez de una casa donde no hay ningún hombre para crear el desorden. En un rincón, sobre un hogar elevado, ardía un fuego que despedía un olor acre y sin embargo no desagradable.

–Vas a tomar café –dijo la Reina– y lo que podamos encontrar. Hoy andamos un poco cortas de comida a causa de lo que se consumió anoche para tu cena.

Tony hasta entonces se había asombrado, pero ahora fue una verdadera estupefacción la que apareció en su rostro. La Reina se echó a reír.

–Los *djinns* tienen sus alimentos especiales –explicó–, pero no hay ser humano capaz de comerlos. Al principio de haber sido hecha prisionera el Rey solía mandar caravanas en busca de comida para mi pero era muy aburrido. De manera que ahora tengo mis jardines y alguien, me parece que es Abdul, roba pollos para mí. Cuando llegaste como invitado me pidieron comida para tí y la di, desde luego. Probablemente no te diste cuenta, pero todo lo que figuraba en los platos que desfilaron delante de ti, no eran más que carne de pollo, huevos, queso y ensalada –terminó ahogándose de risa–. Era todo lo que podía ofrecerte.

–Majestad –dijo Tony dolorosamente–. Creo que sería mi deber hacerte un discurso apropiado, pero no sé qué decir.

La Reina estaba ocupándose del fuego y Ghail se acercó a ella para ayudarla. Las dos sirvieron a Tony café, un melón, y huevos. Tony comió muy bien.

–Vas a derrotar a los *djinns*, me ha dicho Ghail –dijo la Reina yendo al grano–. Me asegura que destruirás hasta el más diminuto de los *djinns*. Espero que no.

Tony la miró fijamente.

–Pero...

–Llevo cuatro años viviendo entre ellos –dijo la Reina animadamente–. No han cesado un momento de rondar por aquí. Son en cierto modo como los hombres, bastante más como chiquillos, y mucho como gatos. ¿Creerás que he hecho de ellos mis animalitos domésticos? Desde luego no me dejan regresar a mi casa, pero no se está mal.

Tony tragó saliva con dificultad moviendo las mandíbulas y dijo:

–Mucho temo no entenderte...

La Reina se encogió de hombros.

–Son terriblemente vanos, como los hombres. Si es posible, más. Puedes hacer lo que quieras de un *djinn* si lo halagas. Son terriblemente presumidos, como los chiquillos. Mi doncella puede arrollarse a Abdul alrededor del dedo como si fuese una cintita. Le encanta enseñarle sus transformaciones y ella las mira. Los demás *djinns* no. Y son como gatitos porque son terriblemente egoístas. Pero también esto los hace parecer más a los hombres o a los chiquillos.

–Pero son una amenaza para Barkut –dijo Tony asombrado.

–¡Desde luego! –concedió la Reina, con impaciencia–. Son peligrosos para Barkut, de la misma forma que una bandada de... digamos, monos, sería peligrosa para un poblado situado en sus cercanías. Roban y destruyen y probablemente matan a alguien de vez en cuando. Pero esto es porque no pueden entender a la gente y la gente no puede entenderlos a ellos.

–Está la guerra... –comenzó Tony.

–¡Oh, la guerra! –dijo la Reina haciendo un gesto de desprecio–. ¡Esto es lo que son todas las guerras! ¡Falta de comprensión! ¡Lo mismo que los matrimonios! ¡El hombre es tan absurdo! Por esto tengo que seguir prisionera, probablemente...

Ghail, dijo en tono de advertencia:

–¡Majestad...!

La Reina le dirigió una mirada de impaciencia.

–Querida, no puedes negar que soy patriota. No tengo hijos, de manera que puedo ser patriota. Pero por la misma razón no tengo ningún prejuicio particular contra los *djinns*. ¿Recuerdas cuánto adoraba los caballos? Pues he llegado a querer a los *djinns* de la misma manera; eso es todo. Reconozco que parece completamente estúpido que tenga que seguir aquí porque la vanidad del Rey exige retenerme prisionera. Si me fugase y regresase a Barkut, se consideraría obligado a atacarnos para recuperarme. No puedo por lo tanto regresar a mi casa hasta que haya sido conquistado. De manera que quisiera que Lord Tony comprendiese que en cuanto a mí hace referencia...

–¡Majestad! –dijo Ghail nuevamente.

Tony miró atentamente a Ghail y a la Reina

Ghail era joven y muy deseable. La Reina era menos joven y moderadamente apetecible. Se echó a reír alegremente.

–¡Bien, Ghail!... –dijo; y volviéndose a Tony –: Creo que incluso como Reina en el cautiverio puedo modificar las órdenes de mi Consejo y decir que no va a ser necesario exterminar totalmente los *djinns*. Me parece, incluso, que si logramos sojuzgarlos debidamente, algunos de ellos amaestrados pueden contribuir al prestigio del trono de Barkut aportando distracción.

–Majestad... –dijo Tony dolorido.

–Es verdaderamente una lástima que hayas venido de Barkut –dijo la Reina, pero sin enemistad–. Tanto los humanos como los *djinns* creen que si alguien puede conseguir victoria humana eres tú. De manera que los humanos no aceptarían nunca un compromiso hasta que hayan intentado su conquista. Y si estuviesen dispuestos a ello, los *djinns* tendrían el convencimiento de que no pueden vencer, y por lo tanto no aceptarían el compromiso hasta que hubiesen tratado de conquistar a su vez. ¡Qué tontería! ¡Podríamos perfectamente seguir adelante, si lo intentásemos! He estado tratando con el Rey de los *djinns*. Estaba dispuesto a llegar a un arreglo, pero –¡vanidad masculina una vez más!– sólo con la condición de que la Reina de Barkut se casase con él. Y esto estaba desde luego fuera del caso.

–¡Estaba fuera del caso! –saltó Ghail con el rencor en sus ojos.

–Yo trataba de cansarlo –protestó la Reina–. Después de todo, si tenía su harén de *djinnees,* un convenio privado de que este matrimonio con una Reina humana sería una fórmula y no un hecho...

–¡Absolutamente fuera del caso! –repitió Ghail aumentando de color–. ¡Absolutamente!

La Reina suspiro.

–Lo sé, lo sé, querida... y además es tarde ya. Lord Tony ha venido. Los humanos creen que va a llevarlos a la victoria. Los *djinns* están seguros de que si no puede, la guerra es suya –miró a Tony frunciendo el ceño–. Desde luego, tienes que vencer. ¡Los humanos esclavos de los *djinns* sería una situación terrible! Sería como ser esclavizados por monos... o por chiquillos. Los monos son unos graciosos animalitos –una vez tuve uno– y los chiquillos son indudablemente agradables, pero monos, o chiquillos, o *djinns,* serían unos terribles dueños. Pero los *djinns* son tan divertidos...

–Me siento un poco confuso –reconoció Tony.

La Reina asintió amablemente.

–Lo sé –dijo condescendiente–. Vosotros los hombres no hacéis más que hablar. Raras veces veis las cosas claras. Si tan sólo hablaseis con las mujeres más... acerca de cosas que tienen realmente importancia, es decir...

–¡Que Alá no lo quiera! –dijo Tony con una mueca–. Todavía no he hablado nunca con una mujer que no haya intentado hacerme excusar de ser hombre, ni ninguna que se hubiese tomado la molestia de hablarme si no lo hubiese sido. Eres Reina, Majestad, y me estás dando lo que juzgo bastante complicadas instrucciones. Soy sólo un hombre. De manera que cualquier cosa que haga –porque soy hombre– pretenderás que hubiera debido hacerlo de forma diferente. No hay hombre capaz de hacer una cosa exactamente como una mujer hubiera querido que fuese hecha, pero, haga lo que haga las mujeres sacarán el mejor partido de ello. De manera que no voy a intentar hacer nada de lo que tratarás de ordenarme. ¡Voy a llevar este asunto a mi manera!

Habló con calor por una asociación natural de su punto de vista con el de su conciencia. Para lo cual había una razón, además. Pero al mismo tiempo se preguntaba desesperadamente cuál había de ser esta manera.

La Reina lo miraba con complacencia.

–Lo sé. Los hombres sois así –después añadió–: Me parece que Ghail y tú seréis muy felices.

Ghail se puso escarlata. Golpeó furiosamente el suelo con el píe.

–Majestad... –gritó–, vas demasiado lejos...

Fuera se oyó un leve rumor. La voz de la mujer gruesa dijo, alarmada:

–¡Abdul! ¡Abdul! ¡No puedes hacer cosas de éstas...!

Tony se precipitó hacia la puerta. Al pie del muro del palacio del Rey de los *djinns*, a cosa de cuatrocientos metros de distancia había un soldado *djinn* de unos cuatro metros que por sus gestos acababa de comunicar un mensaje de importancia. En la extensión de terreno entre el palacio y la granja, un rinoceronte atacaba a toda velocidad, dirigiéndose hacia el pequeño grupo de edificios. A los cincuenta metros pareció derrumbarse, aplastarse y en medio del aire se convirtió en una bola redonda con rayas rojas y blancas en espiral que producían una curiosa impresión al rodar. Tenía metro y medio de diámetro y deteniéndose abruptamente a dos metros de la puerta de la Reina, se estremeció, cambió de color, y se convirtió en el obeso y bajo *djinn* con un turbante que era el guía de Tony, el amigo de Nasim, Abdul, que esperaba órdenes como criado en forma de cucaracha sobre las cortinas de una de las ventanas del dormitorio de Tony.

Se inclinó profundamente.

–Señor –dijo–, hay un mensaje del Rey. Es-Souk, que tenía que ser ejecutado hoy para distracción, se ha fugado de la cárcel. Indudablemente te busca, señor, para intentar matarte antes de su muerte, puesto que no puede vivir bajo el desagrado del Rey.

Tony sintió que palidecía un poco. Recordó los dedos cerrándose sobre su garganta y un monstruo del tamaño de un elefante en la habitación del palacio de Barkut, golpeándole el pecho antes de caer sobre él para aniquilarlo totalmente,

Aquello le sugirió, quizá desatinadamente, el único posible camino a seguir. Tragó saliva y dijo:

–Gracias, Abdul. Dile al Rey que le estoy muy agradecido por su advertencia. Pero dile también que no se preocupe por ello. No necesitaré ninguna guardia extraordinaria. Me las entenderé con Es-Souk. En realidad le facilitaré la caza en cuanto... en cuanto haya llenado mi encendedor de bencina.

XIII

Volvió a entrar en la casa. Sus rodillas flaqueaban. Buscó en sus bolsillos, sacó el encendedor y una de las pequeñas redomas de cristal que Ghail le había dado durante el viaje en camello a través del desierto; una de las que contenían *lasf*. Ghail parecía pálida también.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó con voz temblorosa.

–Ocuparme de Es-Souk, supongo –dijo Tony con una calma poco natural; después se dirigió a la Reina y dijo–: Majestad, si tienes por aquí algún animalito *djinn*, será mejor que lo alejes. Voy a abrir una de las redomas de *lasf*.

–Pero...

–Tengo una idea –dijo Tony–. No tiene gran sentido, pero no hay nada ya que lo tenga. Voy a sacar ventaja de lo que a mi juicio es en general una reacción alérgica entre los *djinns* –las palabras "reacción alérgica" no tenían equivalente en árabe, de manera que Tony usó la expresión en su lengua, y a Ghail y la Reina les parecieron sumamente sabias y misteriosas–. Y para estar bien seguro apreciaría enormemente que me hicieses un dibujo de una hoja de *lasf*.

Abrió el tapón del depósito del encendedor. Estaba completamente vacío, naturalmente. No había sido llenado desde Suakim, y mientras estuvo encerrado en su celda le había contrariado extraordinariamente tener que encender algún que otro cigarrillo, hecho con tabaco del país, en un brasero que los guardias mantenían encendido fuera de la puerta. Ahora el encendedor era un enviado de Dios. Si no se equivocaba respecto al *lasf*, un encendedor era el arma ideal para usarlo.

Sacó el tapón de la pequeña redoma de cristal. Con dedos no muy seguros vertió el líquido en el depósito. El algodón fue empapándose. Su olor era perceptible. La mecha se mojó, volvió a cerrar el depósito del encendedor y bajó la tapa de la mecha. Volvió a tapar la redoma y la dejó a un lado.

–Ahora quisiera lavarme las manos –dijo contrariado–. ¿Es éste el dibujo de la hoja de *lasf*?

La Reina se había agachado dibujando un perfil sobre el suelo de arcilla.

–Estoy completamente segura, sí –dijo.

Tony se quedó mirándola y lanzó un profundo suspiro de satisfacción. Ghail trajo una jofaina de agua. Tony se lavó cuidadosamente las manos y se las secó con una tela que ella le tendió.

–Si tienes algún *djinn* por aquí –observó–, será mejor que quemes esta tela, en seguida. Verteré esta agua en tierra blanda y echaré más tierra encima. No es conveniente revelar que tenemos *lasf* hasta que sea necesario. La menor emanación los haría huir en el acto.

–Pero... ¿qué... qué vas a hacer? –preguntó Ghail de nuevo.

–Voy a dar caza a Es-Souk –dijo Tony–. Me parece que el Rey de los *djinns* me atribuye muchas cosas. Tuve una pelea con él en mi habitación de Barkut. Huyó. Se habló de bombas

atómicas y el Rey imagina que puedo hacerlas. Pero quiere estar seguro. Estoy bajo salvoconducto, desde luego, pero si un criminal condenado a muerte –Es-Souk, en este caso– se fuga y me mata, el Rey no es de censurar. Se excusará por todas partes, desde luego, ofrecerá probablemente pagar toda clase de indemnización y se inclinará ante la bandera de Barkut, pero yo estaré muerto. Y la guerra seguirá tan alegremente. ¿Lo ves?

–Pero esto es... ¡deshonroso! –protestó Ghail.

–No hay nada deshonroso –dijo Tony tristemente–, a menos que puedas probarlo. ¡Y esto no lo probarías jamás! Ayudarme a dar caza a Es-Souk es inútil. Tengo que encontrarlo en singular combate y vencerlo de nuevo a fin de que el Rey sepa que puedo hacerlo sin ayuda exterior. Si lo consigo, quizá lleguemos a alguna parte.

Dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta. Ghail lo sujetó por la manga.

–¡Por... favor! –dijo conmovida.

Sus ojos relucían. Tony vio que la Reina los miraba con aire de censura. Se sentía embarazado.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

–Anoche...

Tony lanzó un profundo suspiro.

–Escucha –dijo–. Si quieres firmar un pacto de que los labios que han tocado los de una *djinnee* no tocarán jamás los tuyos, estoy dispuesto a ello. No entorpecerá en absoluto mis planes. ¿Te convence esto?

–No... no comprendo –dijo Ghail débilmente,

–¡Muy bien! –tendió las manos sosteniendo el encendedor en una de ellas–. Quizá tú no. ¡Pero apostaría a que Esir y Esim comprenderían!

Salió por la puerta y encontró a Abdul esperándolo. Desde detrás de la puerta oyó el sollozo de Ghail. Se encaminó con paso fuerte hacia la salida del palacio, situada a unos cuatrocientos metros de allí. Abdul lo seguía, interesado. La conciencia de Tony le dirigía acerbas censuras por su descortesía con Ghail y por haberse marchado sin tan siquiera despedirse de la Reina de Barkut. Se mofó de ello en voz alta. Por consiguiente no oyó a Ghail decir, entre sollozante y furiosa:

–¡Oh, qué bestia!... ¡Qué bestia!

Ni oyó a la Reina asentir:

–Estoy segura de que vas a ser muy feliz con él, querida... ¡No sabrás nunca lo que va a hacer dentro de un instante!

Esta era, sin embargo, una de las raras veces en que Tony sabía lo que iba a hacer dentro de un instante. Estaba furioso. Seguía enfureciéndose. El asunto estaba demasiado claro. Todo coincidía demasiado perfectamente. Era exactamente lo que los jefes de las naciones de su Mundo –los jefes de algunas de las naciones por lo menos– habían puesto en juego tantas

veces. Tony no se había encontrado todavía con el Rey de los *djinns*, pero sentía que estaba siendo manipulado con aquella solapada astucia tan característica en los políticos influyentes. El Rey de los *djinns,* en todos sus actos oficiales obraba de una manera virtuosa, caballeresca. Había invitado a Tony a visitarlo bajo un salvoconducto, le había procurado una guardia, diversiones, le había dispensado extravagantes honores... y ahora preparaba que fuese asesinado por alguien a quien después podría ejecutar con todas las manifestaciones de horror por su crimen.

–Es un maldito... es un maldito déspota... –gruñó Tony.

Entró en el palacio demasiado furioso para sentir todavía temor. Hay en los ingenuos y los imaginativos una cierta indignación que los hombres prácticos y los políticos no entienden jamás. El ciudadano común inocente que cree en las lociones para hacer crecer el cabello y en los anuncios de la televisión y en el sistema capitalista, cree todavía más firmemente que la justicia y la honradez van a triunfar. Lo soportará todo con una paciencia infinita hasta que esta creencia sea puesta en lid. ¡Pero que vea la injusticia consolidarse para un reinado permanente; que vea el engaño ganar una franca confianza; entonces estalla! En todo lo que había ocurrido hasta entonces la actividad de Tony había sido inferior a la que se había ejercitado sobre él. Pero ahora estaba furioso.

Encontró al capitán de cinco metros de su guardia personal. Al ver aquel gigante de ojos de gato le dijo duramente:

–¡Capitán! ¡Vas a llevar inmediatamente un mensaje a tu Rey! Dile que como huésped suyo solicito un favor de la más alta importancia. Quiero que se haga una proclama por todo el palacio diciendo que yo, huésped de vuestro Rey, he sido insultado por un tal Es-Souk, que después de intentar asesinarme durante mi sueño, huyó aterrorizado cuando luché con él. La proclama debe decir que yo había tenido intención de pedir al Rey su perdón a fin de que pudiese aceptar mi reto y que ahora sigo pidiendo que se me permita pelear con Es-Souk, a menos que tenga miedo de luchar conmigo. El Rey concede, por lo tanto, una tregua a Es-Souk hasta el lugar señalado para el singular combate y ordena su presencia allí, porque la desgracia caerá sobre todos los *djinns* si uno de ellos fuese lo suficientemente cobarde para negarse a luchar contra un hombre. Y le dirás al Rey que si Es-Souk tiene miedo de luchar conmigo –como creo que lo tiene–, pido que otro *djinn* tome su sitio, a menos que todos los *djinns* tengan miedo de mí.

El capitán de la guardia dominaba a Tony por lo menos dos veces su altura. Para ocupar el honorable puesto de oficial de guardia de un huésped del Rey había adoptado una forma netamente combinada entre impresionante y feroz. Tenía todo el aspecto de un leopardo negro caminando sobre sus patas traseras y llevando un uniforme de terciopelo verde y oro. Ahora sus ojos de gato relucían reflejándose en los de Tony. Pero Tony, mirándolo fijamente, se los hizo bajar.

–Incidentalmente –prosiguió en tono de mofa–, puedes decirle al Rey que me doy perfecta cuenta de que estoy siendo insultante y de que nadie lo censurará si encuentro la muerte en un combate de este género.

–Señor –balbució el capitán de la guardia– transmitiré al Rey tu mensaje.

Saludó y se dirigió con felina gracia hacia la puerta más próxima. Allí, sin embargo, se detuvo, porque algún otro *djinn* asignado a ocupar aquella parte del palacio se había cansado de su estructura y cambiado el tamaño de las puertas. El capitán de la guardia tuvo que encogerse y casi reptar para ir a cumplir con su cometido.

Tony anduvo arriba y abajo enfureciéndose por segundos. No se había considerado nunca como un hombre batallador ni se consideraba ahora como tal. Sentía simplemente la agotadora furia del hombre que ve que alguien está tratando de burlarse de él. Echaba literalmente vapor.

Su criado Abdul lo miraba con los ojos muy abiertos. Vio a Tony murmurar algo en voz baja, pálido por la furia que lo invadía. Desalentado dijo:

–Señor...

Tony se volvió rápidamente hacia él.

–¿Qué ocurre? –preguntó feroz.

–Estás muy enojado –dijo Abdul–. Y... señor, ningún ser creado se enoja cuando tiene miedo. Tú no tienes miedo.

–¿Es eso todo? –preguntó Tony.

Abdul se agitó como embarazado. Como embarazado, también, todo su cuerpo tembló mientras iniciaba una muda transformación. La detuvo y volvió a su forma de jactancioso *djinn*, pequeño y grueso, con un turbante. Pero ahora no se jactaba ya.

–Al parecer, señor –dijo humildemente–, eres capaz de aniquilar a Es-Souk, o cualquier campeón que se ponga delante de ti.

Tony se quedó mirándolo. Creía poder, pero no estaba seguro. Su línea de razonamiento era tenue, pero tenía suficiente confianza en ella para arriesgar su vida. Y sin embargo no hubiera tenido jamás esta creencia sin la furiosa cólera que sentía por el astuto truco que el Rey de los *djinns* había inventado para librarse de él. No era leal. Era demasiado astuto. La falsedad del Rey era lo que más le encolerizaba.

–Estoy dispuesto –dijo Tony, luchando con la cólera– a enfrentarme con toda la maldita nación *djinn*, empezando ahora mismo, e incluyendo a tus compañeros que forman ahora los suelos y los techos de estas habitaciones.

Haciendo una tentativa, Abdul dijo:

–Señor, nosotros los *djinns*, somos los seres creados más poderosos del Mundo. Por consiguiente sólo podemos tener como gobernante al más poderoso de los seres creados. Sería contrario a nuestra dignidad obedecer a quien lo fuese menos, a alguien a quien pudiésemos destruir.

Tony le volvió la espalda. Anduvo arriba y abajo. Hubo una pausa.

–Corro un gran riesgo –dijo Abdul plañideramente–, pero... señor, ¿quieres permitirme que te obedezca a ti?

–¡No! –gritó Tony–. ¡Vete al diablo! ¡Largo de aquí!

Abdul suspiró. Tristemente, pero con elegancia, se convirtió en una gran masa de líquido, negro como tinta, que cayó de una forma funeraria al suelo y corrió hacia la puerta. Pero la puerta no se abrió; pasó por debajo de ella. Tony se quedó solo.

Miró el encendedor que tenía en la mano. Tocó los tres bolsillos separados donde llevaba las redomas de *lasf*, una de ellas casi vacía ya. Se dijo con una feroz satisfacción que no era probable que lo matasen sin hacer él algún destrozo; y que era probable que una de las botellitas por lo menos se rompiese. Los conocimientos de Tony acerca del *lasf* se reducían a unas tres frases de Ghail y una experiencia. Y la forma de una hoja de *lasf* que la Reina le había dibujado. Esto era todo lo que sabía.

La puerta se abrió de nuevo. El comandante de la guardia de honor estaba de regreso. Lo saludó profundamente.

–Señor –balbució–. El Rey ha lanzado la proclama que has solicitado. Ha señalado un sitio para el combate. Ha dado a Es-Souk un salvoconducto y Es-Souk ha salido de su escondrijo en forma de alfombra de la sala de audiencias, y se prepara para la batalla.

–Muy bien –dijo Tony brevemente–. Voy allá inmediatamente. Si no tiene miedo, me seguirá en seguida.

El capitán *djinn* saludó de nuevo con enorme formalidad y se retiró por segunda vez.

–Algo se agitaba en el suelo. Una cucaracha agitaba suplicante sus antenas, se convirtió en una neblina explosiva y condensándose de nuevo apareció Abdul.

–¡Señor! –dijo el grueso *djinn* implorante–. ¡Escúchame un solo momento! Las paredes de este palacio oyen y lo repiten todo al Rey. Te he pedido obedecerte. Si no aceptas mis servicios y me amparas estoy perdido.

Tony se encogió de hombros.

–A menos –dijo escépticamente– que esto sea lo que conviene a tu Rey.

–¡Lo juro por la barba del Profeta! –jadeó Abdul–. En verdad, señor, puedo serte sumamente útil. Protégeme, señor, y tendrás el más veloz de los corceles, el más fiel de los sabuesos... ¡Yo te llevaré al lugar del combate! ¡Te traeré las mujeres más bellas! ¡Robaré pollos!...

–¡Hem!... –dijo Tony–. Me parece que he hablado demasiado aprisa. ¿Dónde es el sitio del combate, de todos modos?

–Lo conozco, señor, te llevaré allá...

–Entonces, en marcha... –dijo Tony.

–Por aquí, señor –dijo Abdul jadeante–. Te pido, señor, que me protejas hasta que estemos fuera del palacio... y después. He hablado demasiado pronto... Aquí... la ventana, señor...

Levantó la ventana. Con un gesto de imploración indicando a Tony que lo siguiese, saltó. Tony se acercó a la ventana y se asomó a ella. No había el menor rastro de Abdul, pero una ancha escalera llevaba al suelo desde el antepecho de la ventana. Tony sacó una pierna y la probó con el pie. Era firme. Bajó por ella. En el preciso instante en que tocó el suelo la escalera se convirtió en una nube de polvo que se condensó y volvió a ser Abdul que se retorcía las manos.

–¡Hubiera debido esperar! –dijo lamentándose–. El Rey me llama traidor. Pero tú eres el más poderoso..., soy tu corcel, señor.

Lo fue. Se oyó un ruido extraño, una sacudida, se produjo una asombrosa alteración de planos, superficies y colores y fue un magnífico caballo con silla y caparazón. El caballo se detuvo al lado de Tony y esperó a que lo montase.

Puso el pie en el estribo y pasó la pierna por encima de la silla.

–Hasta ahora todo va bien –dijo con una sonrisa–. ¡Y ahora a toda velocidad!

El caballo Abdul, arrancó a un galope convincente como un verdadero demonio. Avanzaba alejándose del palacio a un paso que ni los camellos *djinn* del viaje a través del desierto hubieran mejorado.

Y, en realidad, el desarrollo de los acontecimientos era suficiente para justificar cierto temor. La noticia del inminente combate a muerte debía haberse extendido. Por la puerta del palacio afluían los *djinns*, adoptando las excéntricas formas que Tony había observado en las hileras de cortesanos que le dieron la bienvenida la noche anterior. Había algunos que parecían todavía mujeres humanas; las que habían bailado para él la noche anterior. Y a medida que iban saliendo del palacio los que habían adoptado aspectos aptos para la velocidad los conservaban, mientras otros adquirían formas capaces de recorrer muchos kilómetros por hora. Toda la asamblea parecía un exaltado zoo volando hacia un distante lugar. El mismo palacio comenzó a disgregarse y se unió al éxodo. Pieza tras pieza su estructura iba desvaneciéndose, convertida en un alto y fantasmagórico torbellino que corría ansiosamente en busca de buenos sitios para el espectáculo.

Cuando el caballo se detuvo, Tony desmontó y el *djinn* bajo y gordo reapareció. Estaba profundamente apenado.

–Señor –dijo amargamente–, mi vida está en tus manos. Si no ganas este combate seguramente el Rey me ejecutará a mí en lugar de Es-Souk. ¡Te suplico que ganes esta batalla!

Tony se mojó el dedo para ver la dirección del viento. Agarró con fuerza su pañuelo. Se agachó y cogiendo un par de piedras de tamaño medio se las metió en el bolsillo. Después espero.

Se encontraba en un vasto anfiteatro natural de unos seis kilómetros de longitud por tres de anchura. El suelo era prácticamente de arena del desierto. Por todo su alrededor, en las laderas de las montañas, estaban agrupados los *djinns*. Las filas más cercanas no eran más que puntos, pero a medida que se alejaban iban aumentando de tamaño, hasta que al final, altos remolinos ondulaban afanosos buscando mayor altura para gozar de una mejor visión de lo que iba a suceder.

Los últimos en llegar se instalaron en sus puestos. Toda la nación *djinn* estaba allí reunida. Abdul temblaba desesperadamente, y se convirtió en una pequeña piedra, indistinguible de las demás. Tony esperaba en el centro de la vasta explanada.

Y esperó.

XIV

La conciencia de Tony le decía amargamente que puesto que de todos modos iba a morir, lo mejor era salir corriendo; pero si la hubiese escuchado una sola vez, un solo instante, desde que Mr. Emurian le ofreció dos mil dólares por aquella moneda de diez *dirhim*...

Refunfuñaba en voz baja. De pie en el centro de una polvorienta y arenosa llanura, con un encendedor en una mano y dos piedras en el bolsillo, una multitud de extrañas formas contemplándolo fijamente desde las montañas que lo rodeaban, y nebulosos y fantasmales remolinos en el fondo, se sentía singularmente inquieto.

Durante largo tiempo no ocurrió nada.

–Guerra de nervios –murmuró indignado.

La pequeña piedra en que se había transformado Abdul se movió un poco y se hinchó hasta el tamaño de una pelota. Abdul reapareció en su forma acostumbrada, muy agitado.

–¡Señor! ¿Lo ves?

–Todavía no –gruñó Tony–. Supongo que aparecerá como un mosquito y se materializará como una boa constrictor cuando esté cerca. Si es así, aléjate.

–No puede hacer esto, señor –dijo Abdul nervioso–. Puede adoptar la forma de un insecto, pero pesaría demasiado para volar. Nuestro peso es siempre el mismo, independiente de la forma.

–Bien –dijo Tony tranquilizado–. En este caso, con esta arena no puede reptar tampoco como un ciempiés. Se hundiría.

Abdul se retorcía las manos.

–Me precipité al ofrecerte mis servicios –dijo amargamente–. Mi opinión es que aparecerá como una ave gigantesca volando a gran altura, pues necesita anchas alas para sostenerse; después se convertirá en piedra y caerá sobre ti. Es una forma de combate aceptada.

–¡Hem!... gracias –dijo Tony–. Si se te ocurre alguna otra cosa, sobre todo dímelo enseguida.

Abdul empezó a temblar. De nuevo gimió:

–He hablado demasiado aprisa...

Volvía a ser una piedra. A Tony le era absolutamente imposible distinguirla de las demás por allí diseminadas. Volvió a escrutar el cielo y de nuevo se mojó el dedo para saber la dirección del viento. Había muy poca brisa, pero echó a andar a sotavento partiendo de Abdul y abrió su encendedor. El *lasf* tal como se preparaba en Barkut tenía un olor distinto ligeramente aromático. Tony se rodeó de una tenue fragancia. Podía romper una de las redomas que le quedaban y hacerse absolutamente invulnerable para Es-Souk. Pero si lo hacía así, se vería indudablemente obligado a regresar a su país. Además, Es-Souk podía coger piedras y lanzarlas desde arriba dejándolas caer como bombas, como podía dejarse caer él mismo. Sin

embargo, esta no era, al parecer, una forma admitida de combate. Los *djinns* estaban tan dotados de recursos que podían hacer lo que quisieran de sí mismos y por lo tanto no tenían necesidad de usar objetos inanimados. No sería pues una buena estrategia llevar a Es-Souk hasta una exasperación que le hiciese tener ideas geniales.

Y seguía sin ocurrir nada. En el cielo, volando sobre las cimas de las montañas, parecía planear una gran ave negra. Tony se preguntó a qué distancia estaría. Cuanto más grande fuese la envergadura de las alas, más lentamente se moverían éstas. Tony lo observó. Las grandes alas del ave necesitaban cinco segundos para bajar, volver a subir y dar un nuevo golpe de ala. Parecía volar con movimientos muy lentos. Por consiguiente el ave era muy grande y estaba muy lejos.

Bajó la cabeza. Haciendo una suposición, Es-Souk había adoptado la forma externa de un roc y ganaría una altura de unos cuatro mil metros. Entonces se transformaría en una piedra pequeña y pesada y trataría de partir la cabeza de Tony. Pero no era probable que, como piedra, pudiese corregir su línea de caída una vez la hubiese iniciado. Incluso los bombarderos de la U. S. Army sufrían un cierto error en la dispersión de sus proyectiles.

La inspiración acudió a Tony. Se quitó el gabán de pelo de camello con cinturón en la espalda. Cuando adoptaban la forma humana, los *djinns* usaban ropas... cuando se acordaban. Nasim acostumbraba a ser muy olvidadiza. Pero las ropas que usaban eran una parte de ellos, como sus joyas y sus armas. Podían conocer la teoría del tejido, pero en la práctica, ver a Tony quitarse el gabán podía crear confusión en Es-Souk. Podía no saber dónde apuntar, si al gabán o a él. Además, si aquella ave de lento batir de alas era un roc y si el roc era Es-Souk, no podía ver muy claramente desde la altura que había alcanzado. Tony arropó el gabán alrededor de un pequeño matorral que asombrosamente crecía en medio de aquel desierto. Retrocedió. Ofrecía a Es-Souk dos blancos entre los cuales elegir y aquella elección podía ser para él desconcertadora.

Aparentemente lo era. La gran ave siguió algún tiempo describiendo círculos. Después bajó un poco, para ver mejor. Tony permanecía inmóvil como su gabán. Ahora podía ya ver la forma de aquel objeto que volaba. Era como un águila gigantesca, pero mucho más aterradora. Su cuerpo podía tener de veinte a veinticinco metros de longitud. Sus alas hubieran cubierto la envergadura de un bombardero cuatrimotor. Las garras debían tener la fuerza prensil de cien tenazas. Las uñas eran delgadas como agujas y tenían un metro de longitud. Decididamente, de cerca, no hubiera sido muy conveniente tener una discusión con él.

Se desvaneció completamente. Es-Souk se había convertido en una pequeña piedra redonda que caía vertiginosamente del cielo.

Tony contó:

–Uno, dos tres...

Quería darle tiempo de ganar velocidad en caída libre. El tiempo que un paracaidista espera antes de abrir su artefacto.

–Ocho..., nueve..., diez..., Gerónimo!!!!! –dijo Tony.

Corrió como un diablo unos cincuenta metros, se detuvo, y miró hacia el sitio donde había estado. Entonces se quedó con la boca abierta. Su gabán corría como un diablo también. El

matorral donde había estado huía. Al mirarlo vio el movimiento de dos piernas rosadas debajo del gabán. Entonces se detuvo, se volvió, y Tony vio a Nasim en forma humana dentro de él. Le hizo un signo de alegría.

–¡Hola! –le gritó animadamente–. ¡Te estoy ayudando también!

«¡WHOOOOOOSH!»

Algo cayó en el desierto con un fuerte golpe. El polvo se levantó como bajo la explosión de una bomba. La expansión del aire fue de tanta violencia que Tony sintió una bocanada de viento y el gabán salió volando abandonando a Nasim. De nuevo había sido olvidadiza. Corrió detrás del gabán y lo cogió agitándolo con una mano mientras se volvía a mirar.

Es-Souk se levantó del cráter que habla abierto con la piedra. Tenía una nueva forma. Ahora era enorme y negro, terrible de ver. Era un gigante de carne de ébano, con unos colmillos de un metro y unas manos cuyas afiladas garras tenían más de un metro de longitud.

Tony corrió hacia él, agitando en el aire la mecha del encendedor.

El gigante bramó, pero Tony hizo un “sprint” para establecer contacto con él. Y el *djinn* no acababa de comprenderlo. El reto de Tony había incluido un tan feroz insulto para toda la nación *djinn*, que no podía de ninguna manera ser un *bluff*, y ahora su alocada carrera hacia Es-Souk era asombrosa.

Es-Souk se elevó en el aire en forma de torbellino de ochocientos metros de altura. En todo lo alto de la giratoria columna se materializó como un roc. El resto del remolino se elevó para ser absorbido por el cuerpo del ave. Fue una admirable solución técnica al problema del rápido despegue de una tan voluminosa criatura. Gigantescas sacudidas de poderosos engranajes impulsaron al ave graznando. Es-Souk vacilaba. No sabía exactamente qué hacer. Para solucionar su indecisión describió súbitamente un círculo y se lanzó en picado sobre Tony.

Fue una cosa horrible de ver. La monstruosa criatura, abriendo su aterrador pico, se lanzó sobre él con la ferocidad de un ave de rapiña. Sus garras se crispaban dispuestas a desgarrar. Todo estaba calculado para inspirar el más horrendo pánico que un espectáculo tal podía producir.

Tony se enfrentó con él llevando una redoma de *lasf* envuelta en el pañuelo. En él llevaba también las dos piedras que había recogido. Con la mano izquierda sostenía el encendedor. La derecha sostenía aquella singular e inocua bomba. En el último instante aplastaría la redoma entre las piedras y metería el empapado pañuelo –cargado con las piedras– en las abiertas fauces del monstruo. No sabía con qué rapidez surtiría efecto, pero...

El roc se acercaba al tiempo que Tony tensaba sus dedos para romper la redoma de *lasf*. Las grandes alas golpeaban horriblemente. La arena se levantaba formando torbellinos alrededor de Tony, cegándolo. Se encontró hundido casi hasta las rodillas en la arena que había caído a su alrededor.

El roc se agitaba de nuevo en el aire. Nasim corrió hacia Tony, radiante y ofreciéndole el gabán.

–¡Eres maravilloso! –dijo en tono de adoración–. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Y qué quieres que haga yo?

–¡No debes intervenir en una lucha privada como ésta, Nasim! –exclamó él indignado.

–¡Oh, déjame que te ayude! –suplicó ella.

–¡Demonios! –exclamó Tony–. ¡Ponte algo! ¡Ponte el gabán! ¿Cómo quieres que siga pensando en luchar?

El pajarraco que era Es-Souk dio rápidamente media vuelta. Con todas sus energías se lanzó de nuevo sobre Tony. Y esta vez Es-Souk tenía un propósito, un nuevo propósito. Había visto a Tony luchar contra la arena. Es-Souk se elevó sólo pocos metros sobre la superficie del desierto, con sus monstruosas alas pesadas hacia atrás a fin de conseguir el máximo de velocidad. Entonces, al llegar solamente a quince metros de Tony echó rápidamente sus alas hacia delante, y no solamente detuvo su avance mandándolo hacia arriba, sino que levantó un tal torbellino de arena que Tony se encontró enterrado hasta el pecho antes de darse cuenta de lo que ocurría.

Es-Souk había formado una considerable duna de arena con un solo golpe de sus monstruosas alas. Fue por mera casualidad que Tony no quedó enterrado en ella. Se abrió camino como pudo. Nasim tirando fuertemente de él había perdido de nuevo el gabán. Tony lanzaba furiosas maldiciones. En la arena, en el borde de la duna, apareció algo como una ampolla. Abdul se levantó cayendo granos de arena de su turbante. Escupía y gemía.

–¡Ya sabía yo que había hablado demasiado pronto... ¡Señor! ¡La próxima vez te enterrará y capitularás...! ¿Y qué voy a hacer yo?

Es-Souk se agitó de nuevo, y se lanzó una vez más contra Tony.

–¡No seas estúpido, Abdul! –gritó Nasim con firmeza–. Conviértete en un dragón ensillado y deja que te monte y luche contra Es-Souk desde el aire.

Abdul pestañeó y lanzó un profundo suspiro. Se convirtió en un ancho objeto redondeado de formas desconocidas. Después se contrajo, adoptando el aspecto de algo que Tony no pudo reconocer y que de momento no quiso analizar. Vio unas alas y una silla y una larga cola serpenteante. Se lanzó sobre la silla, montó en ella y se elevó.

XV

Y se encontró avanzando por el cielo a una velocidad que cortaba el aliento. Transcurrió un instante antes de ver un enorme cuerpo cubierto de plumas, encima de él; un cuerpo tan enorme que le dio la extraña sensación de ser un insecto perseguido por una enfurecida gallina. Después se vio libre y subiendo. Vio unas enormes alas llenas de venas azotar el aire a ambos lados y un cuerpo escamoso bajo él, sin duda alguna una cola serpenteante detrás y un largo cuello serpentino que terminaba en una cabeza que no podía ver claramente.



El cuello se torció y un rostro específicamente indefinido apareció o, mejor dicho, no apareció. Parecía como de niebla y, no obstante, tenía ojos, y la plañidera voz de Abdul llegó hasta Tony entre el batir de las poderosas alas.

–Señor –dijo Abdul lamentablemente–, si tienes algún arma que usar contra Es-Souk y me dices en qué forma quieres que me ponga para usarla, trataré de darte la oportunidad. Si no ganas esta lid, señor, estoy perdido!

–Tengo un arma, es verdad –dijo Tony–. Tenía intención de usarla abajo, lejos de ti y de Nasim. Es sumamente mortífera para todo *djinn* que se encuentre por las cercanías.

Abdul lanzó un lamento.

–Pero si te ocurre algo a ti, sufriré una terrible caída –dijo Tony–. De manera que subamos a gran altura y entonces, si puedes hacer que Es-Souk me ataque por detrás, me parece que podré usar mi arma sin que tú quedes afectado.

El desierto se iba hundiendo a medida que la extraña criatura en la que Abdul se había convertido iba ganando altura. Tony encontró un cinturón sujeto a la silla, destinado a dar mayor seguridad al jinete. Se lo ató y se sintió más seguro. Vio un roc, muy abajo, comenzando a ganar altura con furiosos golpes de sus anchas alas.

Dejó aparte el encendedor y sacó las dos piedras y el pañuelo, y la redoma llena de *lasf*. Volvió a colocar las dos piedras y la redoma en el pañuelo. Lo ató todo junto tirando de las puntas del pañuelo con los dientes. La combinación parecía una extraña granada de mano. Pero, desde luego, le era imposible estallar.

Entonces examinó la situación con una calma extraordinaria. De la misma manera que desde un avión no se tiene sensación de altura, en su curiosa cabalgadura tenía la sensación de estar en un tiovivo de un parque de atracciones. Iba examinando el extraño animal que montaba, mientras las cumbres de las montañas se situaban a su nivel y después se hundían a trescientos o más metros debajo de él.

–Abdul –dijo–. ¿Qué clase de animal eres? ¡No he visto nunca nada parecido!

–Una noche tuve una indigestión, señor –dijo Abdul lamentándose–, y soñé esto. De manera que practiqué haciéndolo. Ha sido muy admirado. El detalle de hacer que el ser no tenga cabeza visible es considerado muy efectivo, y una vez..., una vez me pareció que Nasim quedaba muy impresionada. Pero se prometió con Es-Souk... Me parece, señor, que la forma que adopto puede ser llamada una quimera.

–A Nasim le gustó, ¿eh? –preguntó Tony–. Aquí viene Es-Souk... Baja un poco, Abdul, y deja que se ponga al nivel de tu cola. Cuando se lance sobre mí, haré lo necesario, y cuando dé un grito, sal a toda velocidad. Apártate de allí inmediatamente! ¿Entendido?

–Sí, señor –y Abdul gimió desde aquel vacío nebuloso que formaba la cabeza de la quimera–. ¡Si me salvo de ésta, no volveré a hablar jamás precipitadamente ni ofreceré mi alianza a nadie...!

Las montañas parecían sapos agachados a sus pies. Dominaban incontables kilómetros cuadrados de desiertos y valles. Le parecía incluso ver una vaga sombra en el horizonte, que podía ser el oasis de Barkut...

Tony sintió que una sombra se cernía sobre él, la sombra del roc, a trescientos metros sobre él.

Gritó:

–¡Prepárate ahora, Abdul! –dijo Tony entre dientes–. ¡A punto..., adelante! ¡Se lanza, Abdul!

El roc recogió sus alas, doblándolas, y se lanzó sobre él en una zambullida mortal. Hasta entonces, Es-Souk había sido en parte burlado. Tony había sido demasiado confiado y Es-Souk era un *djinn* receloso. Tenía ya una experiencia de la lucha mano a mano con Tony, y había estornudado de una forma tan horrible que (sabiendo lo que sabía) el último átomo de su escindible ser era presa de pánico. Pero estando Tony ahora a unos cuatro mil metros sobre el nivel del suelo cabalgando una quimera, le sería posible matarlo más seguramente que arrancándole miembro tras miembro sobre la tierra. Un furioso ataque contra Abdul, en algún miembro sensible, haría reaccionar a la quimera de la típica forma *djinn*: por metamorfosis. Abdul podía verse obligado a cambiar rápidamente de forma. Y si olvidaba conservar su presencia de ánimo, olvidaría incluir la silla de Tony y su cinturón en su nueva forma, y Tony caería al desierto que tenía a sus pies, llegando al final definitivo del combate.

Así, pues, el ave se lanzaba salvajemente (al parecer, contra Tony), pero con intención de virar en el último momento para morder una de las alas de quimera de Abdul. En defensa propia, Abdul tendría que cambiar de forma para reparar el daño y...

–Frena, Abdul –ordenó Tony–. No nos gana terreno bastante aprisa.

Abdul moderó la marcha, el roc se acercó. Más cerca..., más cerca..., abriendo su enorme pico. Era casi el momento del viraje y el decisivo ataque que mandaría a Tony a la caída de más de tres kilómetros, hacía la muerte.

–¡Ahora, Abdul, frena fuerte! –gritó Tony–. Esto le hará pasarse...

Abdul frenó. Las quimeras son unos seres extraordinariamente hábiles en la maniobra. Abdul pareció pararse en seco en medio del aire. El roc casi se aplastó contra él, su cavernoso pico abierto en horrenda amenaza.

El pico del roc estaba sólo a unos seis metros de ellos cuando Tony apretó con fuerza su improvisada bomba, sintió el cristal quebrarse y arrojó el envuelto proyectil en las fauces abiertas. Fue un tiro excelente. Vio el pequeño objeto caer en el hueco de dos metros de su gaznate,

–¡Rápido! –rugió Tony–. ¡Adelante con todo! ¡Aprisa!

Entonces sintió como si le arrancasen el cuello. Abdul inició la acción evasiva. Empezó con un «loop» que hizo crujir el cinturón de seguridad, seguido de un picado sobre el ala y cayendo a una velocidad que hacia penetrar el aire en la boca abierta de Tony con una fuerza que le dio la sensación de que se estaba hinchando bajo su impulso.

Pero, aun así, miró hacia atrás.

El roc permanecía inmóvil, como paralizado por algún horrible choque. Pero la parálisis duró sólo algunos segundos. Súbitamente, la ya voluminosa forma aumentó todavía de tamaño. Luchó convulsivamente. Estornudó. En su lucha no se había detenido en posición nivelada. El estornudo tuvo el efecto propulsor de un chorro de alta temperatura. Sacudió con terrible

violencia el ya informe objeto. Se retorció. Luchó de nuevo, horriblemente. Cesó de ser un ave; era ya imposible decir lo que era. Otra convulsión más violenta todavía que la primera. Un segundo estornudo convulsivo expulsó un tan considerable volumen de aire con tal violencia, que el *djinn* fue lanzado a una altura de más de mil quinientos metros.

Es-Souk estaba ya enloquecido, consciente de su destino. Empezó a describir alocadas vueltas que se convirtieron en un vuelo vertical. Pero ahora no volaba ya con sus alas, ni por el movimiento de ninguno de sus miembros, sino por la propulsión, a la velocidad del relámpago, de un *pseudópodo filiforme*, y el igualmente veloz chorro de toda substancia que se vertía en él y la instantánea repetición del fenómeno.

Por muy grande que fuese ahora, seguía subiendo con tal rapidez que disminuía de tamaño a los ojos de Tony. A dieciséis kilómetros de altura se produjo una sacudida lateral convulsiva en el ascendiente objeto. Siguió subiendo fantásticamente hacia el cielo. Treinta y dos kilómetros de altura... Podía tener ya unos cuatrocientos metros de ancho, pero era sólo un punto apenas distinguible...

Entonces estalló. Debía estar a ochenta kilómetros de altura, por lo menos. Estaba en la alta *troposfera*. Y debía pesar varios centenares de kilogramos. Quizá no toda su substancia se desintegró. Incluso las bombas atómicas humanas estallan con un uno por ciento de conversión de su masa en energía libre. La eficiencia de Es-Souk como bomba era probablemente inferior a la del U 285 purificado o Plutonio. Pero la llamarada fue colosal. Hubo una sensación momentánea de espantoso calor. Ningún ruido, desde luego. La explosión había tenido lugar en un sitio donde el aire era demasiado tenue para transmitir el sonido. Por la misma razón no hubo ola de concusión. Pero el destello de la detonación de Es-Souk fue varias veces más brillante que el Sol y tuvo una docena de veces su diámetro.

Minutos después Abdul aterrizaba pesadamente en el desierto. Tony desmontó. Abdul pareció disolverse instantáneamente, y volvió a ser un *djinn* en su forma de hombre bajo y gordo y el turbante en la cabeza. Estaba temblando.

–¡Señor! –dijo con voz emocionada–. ¡No sabía cuán terrible era tu arma! No sabía que eras cien veces más poderoso que el más poderoso de los *djinns*. Tengo que pedirte perdón por haberme arrepentido de ofrecerte mi alianza. ¡No hablé demasiado pronto, señor! ¡No hablé bastante pronto! ¡Y por las barbas del Profeta juro que serás mi señor y mi Rey para siempre!

Tony tragó saliva. Aquella llamarada en el cielo del mediodía había agotado sus nervios.

–Está bien, Abdul –dijo–. Ya está bien así. Te preocupas por encontrar protección. Hasta donde yo pueda, te la concederé...

–¿Protección, señor? –dijo Abdul, radiante–. ¡A mí va a ser ahora a quien vendrán a pedirme protección! Mis amigos que han visto a Es-Souk aniquilado vendrán ahora a pedirme que interceda acerca de ti para que no los aniquiles también. ¿Me permitirás jactarme delante de ellos, señor? Después de todo, yo era la quimera en la que cabalgabas cuando destruiste a Es-Souk de forma que ningún otro *djinn* sufriese daño. ¡Te he ayudado dentro de mis mejores posibilidades!

–Naturalmente... –dijo Tony.

Y entonces la voz de Nasim llegó a él.

–Tú lo llevaste, Abdul –dijo Nasim orgullosamente–, lo cual es lo primero que un *djinn* tiene que hacer por su Rey. ¡Pero yo he desempeñado también el papel de una *djinnee* que se respeta! ¡He sostenido su gabán!

Tony se volvió hacia ella y aceptó el gabán de pelo de camello con cinturón en la espalda. Después dijo, cortésmente:

–Ha sido muy amable por tu parte, Nasim. Lo aprecio en lo que vale. Pero, por favor..., ¿no podrías ponerte un poco de ropa?

XVI

El palacio del Rey de los *djinn* no era ya lo que habla sido. No solamente los funcionarios libres de servicio habían asistido al duelo de Tony con Es-Souk, sino que los guardias se habían metamorfoseado también, lentamente, de figuras militares de cuatro metros de altura, en gacelas, remolinos, leones, y otras rápidas criaturas para asistir al deportivo acontecimiento. La corte en general se había volcado a ver el espectáculo. Y, como aditamento, varios *djinns* que servían de amoblamiento, alfombras, cortinas, torres, pináculos, habitaciones, cañerías, y elementos estructurales, habían abandonado hacía ya tiempo el sostenimiento del estado y la majestad de su Rey.

Una vez todo hubo terminado, algunos habían vuelto a la posición que tenían asignada en la estructura, pero otros no. Por consiguiente, desde el alojamiento oficial de la Reina de Barkut, el palacio que lo circundaba parecía destartalado. En algunos sitios una galería de arte estaba expuesta al Sol deslumbrante. En otros, las más íntimas instalaciones del serrallo del Rey de los *djinns* estaban a plena vista. Y la polvorienta y sucia pradera de raída hierba del palacio parecía un campo abierto a la luz del día. Algunos miles de *djinns* se entregaban en diversas formas a sus preferencias personales. Unos hablaban. Otros discutían. Algunos, incluso en aquel momento, hacían románticas proposiciones a otros miembros de su raza –de género opuesto, como era de esperar–. Pero, en conjunto, los varios millares de *djinns* reunidos detrás de los jardines y huertos de la Reina habían venido para ver a Tony.

Tony había hecho su relato a la Reina, tomando café con ella, mientras Ghail la ayudaba, ostensiblemente, en el servicio; pero en realidad lo escuchaba ávidamente y lo miraba de cuando en cuando con muchas y variadas expresiones.

–Lo endiablado del caso –decía Tony, extrañado– es que, en lugar de haberme hecho odiar por todos por haber matado a Es-Souk, el acto parece haberme convertido en una especie de héroe.

La Reina asintió.

–Son como chiquillos –dijo lentamente–. Como chiquillos... o como monos. Se parecen mucho a los caballos también. ¡Los *djinns* son muy divertidos! ¡Son unos animalitos domésticos adorables, una vez uno los entiende!

La expresión de Tony carecía netamente de esta simpatía.

–En cierto modo, personalmente, ¿comprendes? –dijo–, me es difícil imaginar acariciar un bicho de un cuarto de tonelada de material escindible, sea en forma de quimera o de minúsculo huevo de polilla, escondida en una ranura hasta que llegue el momento de la conversación.

–Todavía no logro comprender –dijo la Reina animadamente– cómo has podido acabar con este Es-Souk. ¿Es acaso un secreto de la familia real de tu nación?

Tony se encogió de hombros desalentado.

–No tenía intención de hacerlo estallar –reconoció francamente–. Pensé que podía hacerle bajar las orejas, y con las suyas las del Rey; pero no esperaba una explosión atómica. Pero en cierto modo es natural. Después de todo, cuando se pone algo en una pila atómica, se vuelve radiactivo, y una substancia radiactiva no es inmune a los efectos químicos ordinarios. Obra como la materia ordinaria, excepto por su radiactividad. De manera que es perfectamente razonable que compuestos perfectamente normales y perfectamente estables, como el *lasf*, actúen químicamente sobre los *djinns*. Los resultados, sin embargo...

–¿Químicamente? –preguntó la Reina.

Ghail permanecía inmóvil, mirando a Tony con expresión extraña.

–Desde luego –dijo Tony–. Te pedí que me dibujases una hoja de *lasf*. ¿Te acuerdas? Y la reconocí. Tenemos esta planta en mi país. La llamamos *hogweed* o *ragweed*. Es una peste para algunos humanos.

La Reina lo escuchaba. Tony tomó más café.

–*Ragweed* –dijo–. Hace estornudar. Untas tus armas con ello. Los *djinns* huyen. Algunas veces estornudan. Yo había tomado un poco de esta planta la otra noche, y cuando Es-Souk trató de estrangularme, tosí. Y él estornudó. ¡Es el *ragweed*, exactamente! El polen es lo peor de todo. Alcanza a algunos seres humanos también. ¿Comprendes?

–Temo que no, Lord Tony –dijo la Reina animadamente.

–*Ragweed*, estornudar, fiebre del heno –le explicó Tony–. Los *djinns* están sujetos a la fiebre del heno. Es una alergia. Una característica racial. El *ragweed*, que no molesta a la mayoría de los humanos, es un veneno para ellos. Como el DDT para los insectos. Es un veneno tan violento que su mero olor los vuelve locos. Tu pueblo ha estado desperdiciando este producto. Empapáis armas y proyectiles con él; se seca y cuando llegáis al sitio donde tenéis que luchar con los *djinns*, la mayor parte ha desaparecido. Huyen de los vestigios secos y polvorientos que por puro accidente habían quedado adheridos a vuestras armas. ¿Comprendes? Aquella noche, en mi habitación, tenía el producto en mi aliento. Cuando tosí, Es-Souk recibió una bocanada de él. Y calculé que si tan poca cantidad lo hacía huir, el verdadero producto metido en su gaznate haría realmente efecto. ¡Y lo hizo!

Dirigió una mirada esperanzada a las dos mujeres. Pero no conocía la palabra árabe para decir alergia, o «fiebre del heno, o «polen», o «radiactivo», o «escindible», o «atómico». Incluso la palabra «*ragweed*» en su lengua no pareció análoga a *lasf* a la Reina ni a Ghail. Las dos mujeres tenían la impresión de que estaba hablando sinceramente de cosas tan eruditas que escapaban a su comprensión. Y hubiera necesitado por lo menos una semana para hacerles comprender la palabra alergia. Jamás hubieran, comprendido el DDT. La Reina renunció a la explicación.

–Sin duda es muy claro para ti, Lord Tony –dijo–; pero nosotras, pobres mujeres, lo encontramos demasiado complicado. Hablas de la magia y de las artes de tu país. ¿Qué podemos saber nosotras?

Tony parpadeó. Entonces recordó su rencor.

–Voy a ver al Rey –dijo indignado–. ¡El preparó el complot de la fuga de Es-Souk, maldita sea! ¡Esperaba que me asesinase, y él estaría fuera del asunto! ¡Lo voy a mandar al demonio! ¡Y si se pone en mal terreno –añadió con truculencia–, hago saltar mi encendedor! Esto no creo que lo haga estallar, pero se pondrá verde...

La Reina miró a Tony con dureza. Después cambió una mirada de asombro con Ghail.

–¿Has mirado fuera de la puerta? –preguntó en voz baja.

Tony miró y sintió una gran inquietud.

–¿Es que hay cazadores de autógrafos por aquí también?

–No sé si eres tan estúpido como te finges –dijo Ghail con firmeza–, pero lo mejor es que salgas a hablar con estos *djinns*. Bastante impresionados están ya!

–¿Impresionados?

–¡Levántate! ¡Sal! –dijo Ghail exasperada–. ¡Deja que se inclinen ante ti! ¡Después, si quieres, puedes ir a ver al Rey! –pero al ver que Tony se levantaba con una expresión de asombro, añadió suavemente–: ¡Eres maravilloso!

–¿Cómo? –parecía incrédulo, y se volvió rápidamente hacia la Reina–. ¡Oh si! Ghail me dijo, Majestad, que es tu esclava y no puede ser dada ni vendida sin tu consentimiento. Quisiera..., eh..., tener una conversación privada contigo cuando te convenga...

Ghail pegó un fuerte golpe en el suelo con el pie.

–¡Sal de aquí!

Tony la miró de nuevo con incredulidad. Salió con reluctancia por la puerta.

Un elefante macho arremetió contra él desde quince metros de distancia. Tony le dirigió una mirada y sacó su encendedor. En el acto el elefante se convirtió en algunos miles de bolas de billar, rojas, verdes, azules, negras o rosadas, que comenzaron a girar por el suelo formando intrincadas figuras. Las bolas se golpeaban al rodar. Entonces, súbitamente, se detuvieron, convirtiéndose en una fracción de segundo en la vacilante forma gruesa y baja de Abdul con su turbante.

–¡Majestad! –dijo Abdul, radiante–. ¡Tu pueblo está regocijado por tu presencia! ¿Quieres dignarte aceptar su sumisión ahora o quieres hacer una ceremonia más formal?

–¡No digas tonterías! –dijo Tony–. ¡Mira! ¡Fui invitado a este lugar para ver al Rey! ¡Trató de hacerme asesinar! ¡No estoy contento de él! Si tengo que tener una entrevista con él, quiero primero acabar con todo esto. Después regresaré a Barkut, de manera que la tregua habrá terminado y regresaré para empezar a poner las cosas en su sitio. Tengo una cierta obligación...

–¡Majestad! –protestó Abdul–. ¿No vas a poner en peligro tu tan preciosa vida presentándote ante su presencia?

–¡Me gustaría verle intentar algo! –dijo Tony con desdén–. ¿Quieres enseñarme el camino?

No era jactancia. El acontecimiento de hacía cosa de una hora y algunas otras rarezas habían creado en él una especie de fanática repulsión del sentido común. Súbitamente se le ocurrió pensar que su conciencia no le había dicho una sola palabra desde su lucha con Es-Souk. No le parecía posible que la ácida creación de su solterona tía hubiese dejado de existir, y, sin embargo...

Frunció el ceño.

Su conciencia estaba diciéndole mordazmente que estaba todavía al acecho; pero que sus actividades eran tan remotamente lejanas de la cordura, que no tenían el menor aspecto moral. Pero, decía la conciencia –y parecía elevar la voz–, cuando se trataba de entablar negociaciones para la adquisición de una muchacha esclava cuya moral era demostrablemente tan superior a la suya propia...

Tony se irguió. Se sentía más tranquilo cuando su conciencia le censuraba. Era más natural.

Emprendió el camino hacia el palacio. Abdul avanzaba delante de él moviendo los brazos para abrirle camino. Un enjambre de *djinns* se amontonaba en los sitios por donde él tenía que pasar. Para Tony era una curiosa sensación ver la muchedumbre apartarse como por magia para dejarle paso, y sentir sobre él la respetuosa mirada de tantos ojos ávidos. Había rostros humanos y rostros animales, y rostros que estaban muy lejos de unos y de otros. Había aves y reptiles, y extraños conjuntos de partes heterogéneas creando formas que, como la quimera de Abdul, debían haber sido soñadas por los que las adoptaban en aquellos momentos. Había también tres *djinnees*, con la misma forma femenina que habían adoptado la noche precedente. Era un curioso ejemplo de la afición femenina a la moda, porque la noche anterior sus formas habían aparecido envueltas en los seductores velos de las bailarinas árabes. Ahora habían cambiado. La parte tomada por Nasim en la victoria sobre Es-Souk había sido vista y observada, y las tres *djinnees* le rendían tributo como reina de la moda. Sonriendo a Tony al pasar, exhibían la última creación que Nasim había impuesto entre las damas *djinnees*. Usaban, exclusivamente, su piel sonrosada.

Tony y Abdul avanzaron por el palacio. Había sitios donde no se veía ya el techo. Los que habían formado parte de él estaban en la pradera-prisión esperando a que Tony les dirigiese la palabra. En algunos sitios no había paredes.

En un rincón, todo el suelo se había desvanecido y Tony vio con cierto asombro que bajo la misma construcción del palacio de los *djinns* había un suelo arenoso con hierbas, como si aquella parte del palacio hubiese carecido de existencia desde hacía ya muchos días.

Abdul hizo una profunda reverencia delante del espacio vacío. Saltó ágilmente describiendo lo que hubiera podido ser un vuelo de cisne gracioso y se convirtió en un puente suspendido que salvaba el hueco. Tony avanzó por él. No se volvió con la suficiente rapidez para ver la manera como Abdul volvía a su más normal forma.

–Majestad –dijo Abdul suavemente–, ¿has trazado ya tus planes?

–¿Eh? ¿Mis planes? No, todavía no –dijo Tony.

–Soy el primero de tus servidores y tus súbditos, Majestad –prosiguió Abdul con fervor–. Te suplico que confíes en mí por algún tiempo, por lo menos hasta que encuentres algo mejor.

–Muy bien. Pero ¿por qué me llamas Maj...? –dijo Tony, impaciente.

Se detuvo. Mientras hablaba, acababa de franquear una puerta. No era más que una de las tantas docenas de puertas que Abdul le había hecho franquear; pero aquélla era diferente. Acababa de penetrar, sin haber sido anunciado, en la sala de audiencias del Rey de los *djinns*. Era una habitación colosal, de unos veinte metros de altura y quizá doscientos metros de longitud. Sus paredes relucían con toda la suntuosidad que los *djinns* asignados al papel de pared podían imaginar. Era realmente de una enorme magnificencia.

El grupo de *djinns* del extremo más alejado era menos magnifico. No eran más allá de media docena. Estaban reunidos timoratamente alrededor de uno de ellos, que era visiblemente su Rey. Y estaba manipulando el único artefacto que como Tony se dio inmediatamente cuenta, había visto en manos de los *djinns*. Era el único accesorio que había observado que no formaba parte del *djinn* que lo usaba o llevaba.

El objeto era distintamente *no-djinn*. El anciano *djinn* qué lo sostenía entre sus manos estaba visiblemente intrigado por él. A juzgar por la corona que llevaba en la cabeza y otras insignias, no podía ser más que el Rey en persona. Y era el único y primer *djinn* que Tony hubiese visto que parecía viejo. Un *djinn* tenía siempre el aspecto de la edad que creía tener, y el Rey de los *djinns* no podía considerarse ya joven. Era en realidad muy viejo, y repulsivamente feo –Tony se enteró más tarde de que había vestigios de sangre *efreet* en sus venas–, y jugueteaba inquieto con un objeto que con toda seguridad jamás un *djinn* había concebido ni fabricado.

Era un artefacto de cristal y bronce oxidado, y otros metales. La parte de cristal era perfectamente conocida. Tenía exactamente la forma de uno de aquellos tubos de extremidad fluorescente en cuya superficie, más ancha y lisa, aparece una imagen en un aparato de televisión. El resto del aparato era completamente misterioso para Tony. Había carretes, y algo que podía ser un condensador, y objetos que podían incluso ser baterías, en cajas de bronce ennegrecidas por los años. El conjunto era viejo. Indeciblemente viejo. Y, desde luego, era imposible esperar que después de los siglos que la pátina de los bronces implicaba, las baterías conservasen todavía una carga.

–¡Salud! –dijo Tony duramente, con el encendedor a mano.

El Rey de los *djinns* levantó la mirada con una expresión inquieta de ancianidad. Después frunció el ceño furiosamente.

–¡Ah! ¡El humano Lord Tony! –gruñó–. ¡Has traicionado mi hospitalidad, humano! ¡Tienes suerte de que soy misericordioso! ¡Eres mi huésped! ¡Por consiguiente, no puedo vengarme de ti en mi propia casa! Pero tu camello volverá a llevarte a Barkut antes de una hora. La tregua entre Barkut y yo ha terminado. ¡Destruiré la ciudad y sus habitantes! ¡Borraré el recuerdo de la nación!

Tony sintió que sus ojos le ardían de cólera.

–¡Muy interesante! ¡Me invitas a venir aquí para hacerme asesinar porque sabes que mi nación no está turbada por los *djinns*! Temías que pudiese dar a Barkut la seguridad. ¡Pero tu

proyectado crimen ha fracasado, de manera que ahora tratas de hacerlo abiertamente! –aquí hizo un *bluff*–. ¿Y cómo te propones destruir Barkut? ¿No has visto lo que soy capaz de hacer?

El Rey de los *djinns* miró fijamente a Tony. Como el que cambia de traje para revestir algo más apropiado, aumentó de volumen Los colmillos asomaron por las comisuras de sus labios. Su piel adquirió un color azul obscuro. En la frente brotaron cuernos. La armadura que apareció al mismo tiempo estaba adornada elegantemente con cráneos humanos. Pero seguía pareciendo viejo. Y a Tony le pareció que estaba inquieto.

–¡Humano! –rugió–. ¿Ves este objeto en mis manos? ¡Es el gran tesoro de la corona de los *djinns*! ¡Con esto se han mantenido mis *djinns* sujetos! ¡Con esto destruiré Barkut y los malvados traidores que se inclinan ante ti! ¿Sabes lo que es esto?

Tony tenía la sospecha rayana en convicción de que, cuando entró, el Rey estaba tratando de adivinar qué era aquello. Era visible que no tenía grandes conocimientos en maquinaria ni electrones. Tony no tenía tampoco muchos más. Pero no podía creer que un artefacto de tan remota ancianidad estuviese todavía en condiciones de funcionar. Hizo otro *bluff*.

–¡Claro que sé lo que es –dijo con desprecio–. En todos los establecimientos de bebidas de la más ínfima categoría hay uno. Se mira a través del extremo ancho del tubo.

Al hablar del artefacto como un aparato de televisión, Tony era estrictamente sincero. Pero sintió el profundo temor de los *djinns* por su Rey disminuir súbitamente. El Rey mismo se calmó visiblemente.

–¡Oh! –dijo el Rey con sorna–. ¡Esto ya lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Pero te he puesto a prueba para ver si realmente conocías el artefacto! Entonces ya sabes que con este aparato enfocado a un *djinn* rebelde, o a una ciudad humana, a cualquier distancia, puedo producir una explosión al lado de la cual la destrucción de Es-Souk no fue más que un fuego de artificio...

Los ancianos *djinns* que lo rodeaban se rieron ruidosamente con una especie de alegría casi histérica. Parecía que el Rey de los *djinns* no hubiese sabido para que servía el extremo del artefacto. Había estado intentando desesperadamente averiguar cómo dirigirlo. Y Tony acababa de decírselo.

–¡Regresa a Barkut! –gritó el Rey, exaltado–. ¡Di a los humanos que desde mi palacio los destruiré a todos!

Tony frunció el ceño. Sintió un helado escalofrío recorrer su espinazo. Le era imposible creer que, con lo viejo que era, aquel aparato funcionase todavía. ¡Pero los *djinns* tenían que saberlo! Así, pues, desdeñosamente, dijo:

–¿Desde tu palacio? ¿Con las paredes de *djinns*? –recordó a Abdul sollozando de gratitud sobre la arena, después del duelo, porque sólo Es-Souk había perecido–. Recuerda lo que ocurrirá si accidentalmente destruyes un *djinn* por las cercanías. No te aconsejo que uses este artefacto. Además, considera cuán más mortífero es el mío.

Abrió el encendedor. Sopló suavemente sobre la mecha. La tenue fragancia del *lasf*....

Hubo un instante de pánico, de aullidos. Abdul salió corriendo por la puerta por la que Tony y él habían entrado. El Rey y sus consejeros huyeron en tumulto. Incluso el suelo de la sala de

audiencia cedió y se fundió, y Tony cayó desde metro y medio en tierra. Se encontró súbitamente al aire libre, mientras el palacio iba disolviéndose en torno a él y los remolinos emprendían una alocada fuga en todas direcciones.

Alguien, lejos, corriendo más precipitadamente aún, parecía ser el Rey.

Pero el Rey de los *djinns* no había soltado su aparato. Tony corría ansiosamente de un lado para otro. No creía que pudiese funcionar, pero, sin embargo...

Seguía pensando en ello mientras regresaba tristemente hacia la casa de barro donde la Reina y Ghail estaban alojadas.

No podía funcionar. Era positivamente demasiado viejo para que funcionase. Pero sí funcionaba...

XVII

Emprendieron el regreso a Barkut en un estado totalmente opuesto a la manera como habían llegado al palacio de los *djinns*. Abdul arregló la comitiva. Parecía deleitarse organizando complicadas ceremonias. La comitiva empezaba por dragones de dieciocho metros de longitud echando fuego por la boca. Detrás de ellos avanzaba una tropa de gigantes llevando unas nudosas mazas al parecer de hierro que hubieran debido pesar toneladas. Después seguía una larga columna de camellos *djinns*, cada uno de ellos de sus acostumbrados seis metros de altura y la impresionante carga de inestables riquezas *djinn*, todo ello envuelto en telas de oro y materiales semejantes.



Después, soldados *djinns*, de aspecto extraordinariamente feroz. Tony, Ghail y la Reina de Barkut iban en una suntuosa litera suspendida entre dos elefantes. Era extraordinariamente lujosa y la única nota discordante era que la Reina había metido la comida para el viaje en dos jarras de loza vulgar, pero como iban envueltas en telas bordadas con perlas, no se veían.

Una tal ostentación no había sido idea de Tony. Abdul se había presentado tranquilamente en la casa de la Reina casi una hora después de haber hecho uso del *lasf* en la sala de audiencia.

–Majestad –dijo Abdul en tono de reproche–. Si me haces estallar a mi, que soy el más abyecto de todos tus súbditos, ¿cómo podrás seguir gobernando?

–¿Gobernando? –dijo Tony–. ¿A quién?

–A los *djinns*. Tu eres mi Rey, Majestad. Eres también Rey de éstos que esperan para jurar su sumisión. ¡Y tiene que haber un gobierno!

–¡Detente! ¡Detente! –gritó Tony–. ¿Qué tengo yo que ver con el gobierno? ¿Cómo he llegado a ser Rey?

–¡Majestad! –decía Abdul agitando sus manos, después de haber cambiado de atavío, que era ahora exclusivamente de perlas, rubíes y botones de esmeralda; de su turbante se elevaba una graciosa y tenue pluma de humo que parecía incendiaria, pero que (él se lo había explicado) era inofensiva en condiciones ordinarias–. Majestad, es muy sencillo. Tú, un humano, has derrotado a Es-Souk en singular combate. Esto ocurrió la noche de Barkut. Una cosa similar no había ocurrido nunca en la historia de los *djinns*. Hoy has sostenido un duelo con Es-Souk y lo has hecho estallar de una forma que ningún otro *djinn* ha sufrido daño. Sólo el Rey de los *djinns* fue una vez capaz de destruir un *djinn*. Han transcurrido mil años desde que nuestros reyes tuvieron que acudir a tal medida, y en las tres últimas ocasiones (remontándose a más de dos mil años atrás) numerosos otros *djinns* murieron en el holocausto de la ejecución. Y delante de mis propios ojos y de muchos más has hecho huir al actual Rey y sus consejeros, y una parte del palacio se ha disuelto. Eres, por consiguiente, más poderoso que ningún *djinn*, más misericordioso que ningún Rey del pasado, y has quedado vencedor en la lucha sostenida esta mañana con el Rey. Por consiguiente, tú eres el Rey.

–La lógica me parece complicada –dijo Tony con suspicacia–, pero no me parece artificiosa.

–Majestad –repitió Abdul con firmeza–, puedes destruir a cualquiera de nosotros o puedes salvar a quien tú quieras. Por consiguiente, te obedecemos y eres el Rey. Es inevitable.

La Reina de Barkut lo miró sonriendo.

–Es obvio –dijo animadamente–. Abdul tiene razón. Y puedes terminar mi cautiverio si quieres. Cualquier recompensa que nosotros, pobres humanos de Barkut, podamos ofrecerte...

Tony miró fijamente a Ghail, que se sonrojó intensamente.

–Muy bien –dijo Tony–. Conque soy el Rey. ¿Vamos a sostener una guerra civil o mi autoridad será unánimemente reconocida?

–Casi unánimemente, Majestad –dijo Abdul radiante–. Quizá sea necesario hacer estallar al anterior Rey; sin embargo, no es seguro. Ha huido con algunos de sus consejeros. Creen que tienes un prejuicio contra ellos...

–Son muy inteligentes –gruñó Tony–. Muy bien, entonces. Lo primero que hay que hacer es volver a llevar a Ghail y a la Reina a Barkut. Después volveremos a empezar de nuevo desde allí. ¿Quieres ocuparte de todo?

–¿Para qué, sino –preguntó Abdul humildemente–, me hubiera nombrado tu Majestad Gran Visir?

Se inclinó hasta el suelo y se desvaneció. La comitiva se formó inmediatamente y emprendió el viaje a través del desierto con la celeridad del tránsito *djinn*. La litera de los elefantes conservaba una velocidad de sesenta kilómetros por hora, debido principalmente a que los elefantes tenían cerca de cinco pisos de altura. Los remolinos precedían la marcha extendiéndose a ambos lados cómo exploradores, y por los aires algunas docenas de rocs cruzaban a diferentes alturas, formando una sombrilla contra el posible ataque del destronado Rey y algunos descontentos. Todo estaba previsto. La litera del elefante era de las dimensiones de una casa de ocho habitaciones, con dos pisos y varios departamentos en cada piso. La Reina iba sentada bajo el dosel que la protegía del Sol en la terraza del piso superior.

Ghail estaba sentada a su lado, con los labios muy apretados. A pesar de la velocidad de su marcha, en la litera hacía calor. Ghail, sin embargo, permanecía envuelta en las voluminosas vestiduras de una mujer respetable durante el viaje.

–Oye –dijo Tony–, ¿no tienes calor?

–Sí –dijo Ghail pausadamente.

–Como esclava –dijo Tony–, la Reina puede darte permiso para ponerte cómoda. ¿Por qué no?

Ghail lo miró amenazadora, pero la Reina dijo:

–Tiene razón, querida. ¿Por qué no te quitas este manto tan espantosamente caluroso?

–Él –dijo Ghail en tono pausado– es muy aficionado a mirar las piernas. Mis piernas, o las de quien sea. Y ahora no tiene ninguna *djinnee* para sentarse a su lado, con lo desvergonzadas que son (por ejemplo, esta *djinnee* que sostuvo su gabán durante su lucha con Es-Souk). ¡De manera que es desgraciado! –se volvió hacia Tony lanzándole una mirada de fuego–. ¿Por qué no te vas a otra litera para ti solo? ¡Lo único que tienes que hacer es encargarla! ¿O prefieres que nos marchemos nosotras y prosigamos en camellos, a fin de que puedas tener aquí tantas *djinnees* como quieras? Puedes...

Tony se rió de ella.

–Estás pensando en Nasim... Espera un minuto.

Se levantó y se acercó a la barandilla de la terraza, que ondulaba suavemente. A algunos centenares de metros de ellos, otra litera avanzaba al mismo paso. Era el vehículo de viaje de Abdul, quien había explicado que, como Gran Visir que era de Tony, Rey de los *djinns*, era indicado que él gozase también de un cierto lujo.

Pero la litera de Abdul estaba meramente sostenida por dos camellos de nueve metros y su anchura no era superior a la de la cabina de un avión de ocho pasajeros. Era visiblemente menos suntuosa que el alojamiento de Tony. Cuando Tony se asomó hacia ella, su interior estaba completamente oculto por unas cortinas de seda.

–¡Abdul! –gritó Tony.

Los camellos de nueve metros giraron inteligentemente para acercar la litera de Abdul. Y con la misma celeridad, Abdul había respondido inmediatamente a la voz de Tony. Instantáneamente las cortinas fueron corridas. Abdul se asomó por el espacio entre las dos literas.

Pero durante algunos instantes Tony no lo reconoció. Abdul se asomaba jactancioso, desde luego, pero aquello formaba parte de su personalidad. Era su aspecto el que era extrañamente desconocido y conocido al mismo tiempo. Era, en realidad, un duplicado de Tony. Llevaba un sombrero de fieltro idéntico al de Tony, su gabán de pelo de camello con cinturón en la espalda, e indudablemente calzaba sus pies con un duplicado de sus zapatos de color. Pero el rostro seguía siendo el rostro de Abdul y sonreía.

Detrás de él, en la litera, Nasim sonreía también, mirando a Tony.

–¡Majestad! Gritó Abdul encantado ¿Cuál es tu voluntad?

Tony se quedó mirándolo y tuvo una inspiración.

–Esta es Nasim, ¿verdad? –preguntó.

–Sí, Majestad –dijo Nasim humildemente–. ¡Mira! ¿No parece igual que tú? ¿No es maravilloso?

Tony los miró con severidad.

–Estaba pensando que no he recompensado todavía a Nasim por su ayuda en la lucha contra Es-Souk. Veo que ha elegido ya su recompensa. Es mi voluntad que os caséis.

Nasim se rió. Abdul se inclinó tan bajo que a poco se cae de la litera.

–Oírte es obedecer, Majestad.

–Y es también mi voluntad –dijo Tony con severidad– que si alguna vez Nasim comparece ante mi presencia en el futuro, use algunas ropas. ¡Al fin y al cabo, soy humano!

–¡Sí, Majestad! –dijo Abdul.

Nasim se cubrió tímidamente con un manto.

–Eso es todo –dijo Tony.

Le volvió la espalda. El camello de la litera se alejó. La Reina trataba de ahogar la risa, Ghail parecía terriblemente enfurecida.

–¿Y bien? –preguntó Tony.

–Si la Reina –dijo Ghail furiosa– me ordena sacrificar mi pudor ante el Rey de los *djinns* a fin de que pueda ver si desea comprarme...

Con la misma furia, Tony la interrumpió:

–¡Basta! ¡No he hablado de negocios todavía con la Reina! ¡Pero hablaré ahora! –se volvió hacia la Reina, que se estaba divirtiendo mucho–. Majestad, tengo entendido que soy el Rey de los *djinns*. La mayor parte de las riquezas que se me suponen son ficticias, como tú sabes. Pero si no son verdaderamente riquezas, voy a hacer trabajar a estos *djinns*, de quienes soy dueño, hasta que lo sean. Y estoy dispuesto a pagarte la suma que quieras fijar, si devuelves la libertad a Ghail, a fin de que no sea ya una esclava.

Su conciencia lo aprobó enteramente. Tony se mofó de ella.

La Reina casi se ahogaba de risa. El rostro de Ghail se había quedado sin expresión. Miró a Tony con incredulidad.

–Y... entonces, ¿qué? –preguntó la Reina.

–Entonces –dijo Tony obstinadamente–, trataré de persuadirla de que se case conmigo. No es que yo sea de una moral acérrima, pero no creo que me gustase comprar los besos, por legal que la transacción pudiese ser en este país.

–¿Y... si no quiere casarse contigo? –preguntó la Reina.

Tony miró a Ghail. El rostro de la muchacha era escarlata, si bien no había el menor signo visible de que se suavizase su expresión.

–Si no quiere casarse conmigo –dijo Tony astutamente–, supongo que tendré que interesarme por la música. Después de todo, Esir y Esim tienen muy bonitas voces...

La satisfacción se desvaneció del rostro de Ghail. De nuevo reapareció la furia.

–Creía –dijo con marcado desdén– que no te interesaba comprar besos...

–¡Pero yo no compré a Esir y Esim! ¡Me las regalaron! ¡Es muy diferente!

Entonces se agachó. Una sombra negra paso sobre sus cabezas, tan cerca que pareció casi tocar la terraza soleada. Era el monstruoso cuerpo de un roc cayendo rápidamente del cielo.

Tocó el suelo casi delante del primer elefante, se estremeció y se convirtió en un *djinn* de cuatro metros usando lo que probablemente era el uniforme de la aviación *djinniana*. Se dirigió hacia la litera del elefante.

–¡Majestad! –gritó–, ¡*djinns* enemigos a la vista a las doce del mediodía! ¡Se acercan rápidamente!

Tony reaccionó rápidamente. Llamó a Abdul y pidió a gritos una escalera. En su lugar, el gigantesco cuerpo del segundo elefante se volvió y se mantuvo invitador, dispuesto. Tony se apeó. Abdul salió en el acto de su litera con un feroz salto, se convirtió en algo inusitado a la manera terrestre y cayó como una lluvia de arena. Volvió a levantarse, en persona otra vez.

–¡Majestad! –dijo inclinándose–. ¿La forma de quimera para este conflicto?

–¡Y rápido! –gritó Tony–. No creo que pueda ocurrir nada grave, pero...

Abdul se transformó en su dragón de los sueños con la cabeza de nubes. Llevaba la misma silla de antes. Tony se acomodó en ella y sujetó el cinturón de seguridad.

–¡Adelante! –ordenó.

Sintió una sensación de casi intolerable aceleración y avanzó por el espacio azul.

A los mil quinientos metros de altura cruzaron el primer vuelo de rocs. Las grandes aves volaban muy apartadas a fin de dejar espacio entre ellas y volvían los cuellos para ver. A los tres mil metros, Abdul y Tony cruzaron la segunda línea de defensa aérea. Desde aquella altura Tony podía ver distintamente el oasis y los relucientes muros blancos de Barkut. La quimera seguía ascendiendo. A los cinco mil metros el ascendente escuadrón de rocs fue dejado atrás.

Abdul volvió su cuello de serpiente y dijo triunfalmente:

–¡Majestad! ¡Huyen! ¡Huyen de nosotros!

Tony vio entonces al Rey de los *djinns* y sus escasos fieles consejeros. No se les podía reconocer como tales, desde luego. Viendo a la quimera subir vengadora hacia ellos, habían adoptado las medidas de urgencia a que los últimos estremecimientos de Es-Souk los había llevado. No eran ya más que informes objetos que volaban hacia arriba con movimientos de la rapidez del relámpago. Se iban extendiendo a medida que el aire se hacía menos denso y tenían que actuar sobre mayores superficies para sostenerse. Pero iban subiendo, subiendo, subiendo...

Tony se tranquilizaba. Sólo le quedaba una redoma entera de *lasf* y era muy dudoso que pudiese renovar su proeza de su lucha contra Es-Souk. Le sería imposible vencer a media docena de *djinns* con una sola bomba improvisada, y si atacaban con furiosa determinación...

El aire se iba haciendo sutil a medida que la quimera trepaba. Tony se dio cuenta de que jadeaba por falta de aire.

–¡Basta, Abdul! –jadeó–. ¡No subas más! ¡Ya basta!

La quimera mantuvo el nivel de altura. El corazón de Tony latía furiosamente a aquella altura por falta de oxígeno. Se sentía aturdido. Aspiraba grandes bocanadas de aquel aire insuficientemente denso. Entonces oyó a Abdul decir oportunamente:

–¡Perdón, Majestad! Había olvidado que tampoco tú quisieras estar demasiado cerca de tus enemigos cuando estallen.

XVIII

Tony no pudo contestar. La manera de vivir a grandes alturas no es fatigarse y respirar profunda y rápidamente. Se dedicó a mantener su respiración pausada. Se sintió un poco mejor. Un poco, no mucho. El horizonte parecía haberse ensanchado hasta abarcar centenares de kilómetros. Veía la caravana de *djinns* detenida abajo, como una línea de color trazada sobre una manta de color de arena. Pero encima de él, los *djinns* que iban subiendo –el ex Rey y los que todavía lo obedecían–, eran como diminutas motas, tanto, que por mucho que esforzase los ojos, escapaban a su vista.

Comprendió. No solamente su arma era misteriosa para los *djinns*, de forma que incluso Abdul esperaba que alcanzase los fugitivos a distancia, sino que había una razón más racional todavía para esta larga ascensión. Es-Souk, haciendo explosión a ochenta kilómetros de altura, había disminuido el calor del Sol, produciéndolo él momentáneamente intolerable. Si el ex Rey creía que el aparato de fabricación humana que Tony había visto, aniquilaría a sus rebeldes súbditos a distancia, podía esperar un cataclismo mucho más terrible abajo. Iría tan lejos como le fuese posible, puesto que tenía que mantenerse todavía en la atmósfera para encontrar un punto de sostén.

La quimera iba describiendo grandes círculos. Abdul preguntó:

–Majestad, ¿no han estallado...?

–No los veo... –dijo Tony absurdamente.

Se agarraba a la silla, jadeante. Sólo podía aferrarse a dos posibles esperanzas. Quizá el Rey de los *djinns* no podía hacer funcionar la antigua arma; esta era la primera esperanza de Tony. Si no ocurría nada, volvería a bajar y explicaría que había reducido al antiguo Rey a la impotencia y le perdonaba la vida. La segunda esperanza era más tenue. El instrumento había asombrado a su poseedor. El Rey no había sabido distinguir, sin embargo, los dos extremos. Y Tony le había dicho con perfecta exactitud, en cuanto a la televisión hacía referencia, que había que mirar por el extremo más ancho del tubo. Ahora, jadeando en busca de respiración, esperaba fervientemente que su consejo fuese seguido y que diese malos resultados. Recordaba muy vagamente que un tubo de televisión funciona porque lanza un chorro de electrones desde el extremo estrecho hacia el extremo ancho. Si el anticuado objeto funcionaba de una manera aproximada, cualquier cosa que hiciese estallar a los *djinns* saldría por el extremo ancho también. Y si ocurría que el Rey de los *djinns* estaba mirando por aquel extremo cuando pusiese en marcha el instrumento...

Muy alto y muy lejos, pareció que los cielos estallasen. Un destello de una espantosa llama apareció, no directamente en lo alto, sino cerca del horizonte. Los fugitivos no solamente se habían elevado todo cuanto habían podido –unos ciento sesenta kilómetros, quizá–, sino que se habían alejado otro centenar a un lado, a fin de que quedase el máximo de distancia posible entre ellos y el Infierno que esperaban crear.

El primer destello sólo se apagó cuando se produjo el segundo, y después dos más, y después tres. Se producían silenciosos, pero como fuegos artificiales producidos por el mismo cohete. Y muy altos, en el frío glacial de las alturas, Tony sentía un calor insoportable. Seis o siete

djinns produciendo explosiones atómicas, incluso a trescientos o cuatrocientos kilómetros de distancia, producían altas temperaturas. Y Tony supo, entonces, que el aparato que destruía los *djinns* había volado también en átomos, con los átomos que había hecho estallar. El ex Rey de los *djinns* había estado mirando la boca de un cañón atómico cuando apretó el gatillo para destruir a sus súbditos.

–¡Les has ganado, Majestad! –dijo Abdul, entusiasmado–. Nadie te discutirá ahora tu derecho a reinar.

Sin recibir la orden, inició un rápido e inclinado descenso, en busca de aire más denso. La sensación de desfallecimiento de Tony cesó. Pero se le ocurrió otra cosa. Reflexionó amargamente que nada ocurre exactamente como debería ocurrir. Ningún triunfo es enteramente satisfactorio. Cada uno de ellos crea nuevas inquietudes y nuevas preocupaciones.

A los mil quinientos metros, Abdul dijo:

–¡Majestad!

–¿Qué quieres? –preguntó Tony.

–¿Te vas a casar con la Reina de Barkut, verdad? Me parece lo más lógico. ¿Puedo empezar a hacer preparativos para la boda, Majestad?

–¿Casarme con la Reina? –dijo Tony moviendo negativamente la cabeza; su nuevo temor le inquietaba profundamente –. ¡No! ¡No pienso en la Reina, cuando me preocupa lo que los efectos de los rayos gamma de estas explosiones pueden haberme producido! ¡Nada de esto! ¡Estoy pensando en alguien totalmente distinto!

XIX

La llegada de la caravana *djinn* creó un verdadero pánico en Barkut. Prácticamente toda la nación *djinn* –Tony se enteró más tarde de que tenía más de cien mil súbditos– avanzaba por aquellas vastas llanuras que eran el desierto. Los remolinos exploradores fueron vistos desde las murallas de la ciudad. La cortina de rocs de la aviación fue vista al mismo tiempo. Cuando la caravana se desplegó delante de los muros de la ciudad, hogueras de material sulfúrico ardían en los baluartes, la última existencia de *lasf* de la ciudad había sido empleada y el pueblo de Barkut estaba dispuesto a defenderse hasta la última gota de la solución de *ragweed*.

Era el mismo pueblo que sólo un día antes había hecho salvas de cañón y bailado por las calles para celebrar la derrota de un solo *djinn* en la habitación de Tony. Ahora, preparados para la destrucción, cuando se enteraron de que los *djinns* no llegaban en plan de conquista sino como guardia de honor de la Reina de Barkut, y que Lord Tony, que había salido el día anterior con una esclava por toda compañía, regresaba ahora como Rey de los *djinns*, no encontraban manera de expresar su entusiasmo.

Abdul, rondando por todas partes, dirigió la inmediata erección de un palacio para alojamiento de Tony. Fue bastante sencillo, desde luego. No tuvo más que trazar el proyecto de una modesta cabaña de doscientas cuarenta habitaciones con suelos de losas alternadas de oro y marfil, ventanas de zafiro, esmeraldas y rubíes, y un techo de jade, con fuentes de plata que vertían leche, vino, miel y polvo de diamante. Unos trescientos *djinns* se distribuyeron la estructura, convertidos en las secciones y decoraciones necesarias y todo estuvo listo. El palacio esperaba a Tony cuando éste regresó de su visita a la ciudad de Barkut.

–¡Majestad! –dijo Abdul satisfecho–. Temíamos que no fueses adecuadamente servido en Barkut. Hubieras debido mandar por delante unos centenares de tus súbditos con jofainas de oro llenas de joyas y pedrería.

–Soy hombre de gustos sencillos –dijo Tony–. He venido principalmente a dar órdenes de una severa disciplina en el campo de los *djinns* esta noche. No quiero que nadie se meta en la ciudad humana. ¡Por inocentemente y bien intencionado que sea! Nadie debe transformarse en ciempiés. ¡Nadie debe parecer un escarabajo, ni una mosca, ni una mancha de grasa, ni un huevo de polilla! ¡La ciudad humana está fuera de límites! ¿Entendido?

–Sí, Majestad. ¿Y regresarás...?

–Dormiré en Barkut –dijo Tony con firmeza–. Hay ciertas negociaciones que hacer. Estoy seguro. Hem... ¿has hablado con Nasim acerca de vuestro matrimonio?

–Sí, Majestad –aquí Abdul adoptó la expresión de un gato completamente embadurnado de crema–. Estamos completamente de acuerdo. Majestad... ¿no te ha ofendido que llevase unas ropas iguales a las tuyas para hacerle... la corte?

–Mientras las uses estrictamente en privado, no –dijo Tony–. Para admiración única de Nasim y con tal de que evites que Nasim me moleste, está bien. ¿Por qué no os casáis esta noche?

–Oírte es obedecerte, Majestad.

–Puedes utilizar el palacio para la Luna de miel –dijo Tony–, yo no dormiré en él. Si quieres traeré a la Reina y su corte para asistir a la boda.

–¡Su Majestad es demasiado bueno! –dijo Abdul en éxtasis.

–Entonces todo arreglado –se detuvo para hacer una reflexión, aprensivo–. ¿Te ocuparás de que Nasim vaya vestida mientras conserva la forma humana?

–Sí, Majestad –dijo Abdul radiante–. ¿Puedo preguntar a Su Majestad sus planes para esta noche?

–Hay un banquete –dijo Tony frunciendo el ceño– y tu boda. Y... las negociaciones. Si las negociaciones salen bien, estaré prometido para casarme y mis planes no te importan.

–Seria inimaginable que los deseos de Vuestra Majestad pudiesen ser discutidos por una criatura viviente –le aseguró Abdul–. Pero en el caso de que este imposible acontecimiento...

–En este caso –dijo Tony todavía más malhumorado–, mis planes son todavía menos de tu incumbencia. Pero recuerda esto. ¡Barkut está fuera de límites para los *djinns*!

Abdul se inclinó hasta el suelo.

Tony regresó a la ciudad. Era muy agradable ver a todo el Mundo sonreírle alegremente. No era demasiado molesto ver a los hombres inclinarse ante él, a la vez respetuosamente y con la alegría del ser humano que comparte el honor de que otro ser humano haya llegado a ser Rey de los *djinns*. ¡No era en verdad molestia alguna ver unos ojos grandes y lujuriosos fijarse intensamente en él bajo el tradicional velo de las musulmanas Y encontraba una melancólica satisfacción en regresar a sus antiguas habitaciones del palacio –pese a que las había ocupado sólo una noche– y encontrar a Esir y Esim esperándolo con impaciencia. Lo recibieron con ardientes besos...

–No, no, señor... Majestad... no puedes protestar –dijo Esim riéndose–, porque toda esclava puede besar a su señor cuando éste realiza una proeza que la hace enorgullecerse de pertenecerle. ¡Rey de los *djinns* nada menos! Dime, ¿son lindas las *djinnees*?

–¿Crees que las prefieres a nosotras? –preguntó Esim con ansia–. Sólo nos hemos enterado de las noticias hace una hora, señor, Majestad, y tememos que no quieras guardarnos...

Tony las miró con melancólica satisfacción.

–Las cosas podrían ser peores –dijo–. De momento no os puedo decir mis planes, pero de cualquier manera que se desarrolle me acordaré de vosotras. ¡Oh, sí, me acordaré de vosotras! *Nil desperandum* será mi divisa.

Se oyó una discreta llamada a la puerta. Se apartaron de él con reluctancia. Era un esclavo.

–Majestad –dijo–, la Reina de Barkut espera tu presencia en la Sala del Trono.

–Voy en seguida –dijo Tony con un suspiro; y volviéndose a las dos esclavas en tono tranquilizador...–: Me parece que volveré pronto.

Siguió al esclavo a la espaciosa Sala del Trono que había visto sólo una vez durante la sesión del decrépito Consejo de Regencia. El suelo de mármol negro con los signos de Zodíaco en bronce incrustados en él, era el mismo. A Tony se le ocurrió pensar que la vida debía ser difícil en un lugar donde todas las características interiores y exteriores podían estar sujetas a un cambio sin previo aviso. Debía tener otras desventajas también.

El gran trono estaba ocupado, ahora. La Reina estaba sentada en él. Soldados de anchos pantalones y babuchas, armados con mosquetes de pedernal miraban a Tony con el afecto del hombre que esperaba haber tenido que librar una mortal batalla contra los *djinns* y ahora veía que podía quedarse tranquilamente en casa con su familia. Los cortesanos de Barkut lo miraban con no menor admiración. La Reina permanecía impasible en su trono.

–Majestad –dijo la Reina pausadamente mientras Tony se detenía delante de ella–, queremos darte las gracias en nombre de los humanos de Barkut por nuestra liberación y por el alivio de la nación del temor de los *djinns*. Queremos expresarte nuestra admiración y afecto. Queremos preguntarte si hay en nuestro poder algo que podamos hacer que pueda aumentar tu felicidad...

Tony dirigió una mirada inquieta a su alrededor. No veía a Ghail.

–Te he dicho esta mañana ya –dijo un poco embarazado–, que si hubiese manera de conseguir la libertad de la esclava Ghail, este sería mi anhelo. Si estás dispuesta a que no sea por más tiempo una esclava...

La Reina hizo una señal hacía una puerta lateral y ésta se abrió. Dos esclavos escoltaron a Ghail hasta el dosel que recubría el trono. Estaba muy pálida. La Reina se dirigió a ella amablemente:

–Su Majestad el Rey de los *djinns* nos ha pedido tu libertad como precio de la ayuda que nos ha prestado. Desea también casarse contigo.

Los labios de Ghail se movieron ligeramente, pero no miró a Tony.

–Majestad –le dijo la Reina dirigiéndose a Tony–, no podemos negarte nada. Doy la Iibertad a la esclava Ghail con una condición. Que se case contigo, de lo contrario volverá a ser esclava. Tú no impondrías esta condición, pero no podemos obrar de otra manera.

–¡Pero mald...! –empezó Tony indignado.

–No... no tengo elección –dijo Ghail en voz casi inaudible–. Me... me casaré con él.

Pero parecía amargamente resignada. Tony se inclinó hacia ella. Ella volvió la cara. Tony le susurró, imperativo:

–¡Maldita sea, acabemos de una vez! ¡Me divorciaré de ti antes de que abandonemos esta sala! Según tengo entendido basta decir tres veces “Me divorcio de ti” y la cosa está hecha.

Ghail volvió el rostro hacia él para mirarlo.

Sus ojos estaban vacíos. Después se sonrojó.

–¿Vuestras manos?... –dijo la Reina animadamente–. El cadí está aquí. Os casará en seguida. En el acto. Inmediatamente.

Una venerable figura apareció y avanzó hacia ellos. La ceremonia empezó. Ghail permanecía inmóvil pero su voz era firme. La fórmula pareció a Tony bastante extraña y no se dio cuenta de cuando había terminado...

Pero súbitamente lo comprendió... y la Reina se estaba riendo deliciosamente.

–¡Veamos ahora, Majestad! El pueblo de Barkut se ha enterado sólo desde mi regreso de que no soy su verdadera Reina. Cuando fui raptada por el Rey de los *djinns* me creyó la Reina, y Ghail era sólo una chiquilla. Soy en realidad la tía de Ghail y nos pareció mejor pasar como soberana de Barkut, no fuese que me estrangulasen y Ghail a su vez fuese raptada y sometida a las exigencias del Rey de los *djinns.* Una chiquilla hubiera podido atemorizarse de tener que prestar obediencia, yo... era otra cosa. Y así, mientras pasaba por cautiva, Ghail permanecía entre su pueblo disfrazada, aprendiendo los deberes de una soberana y conociendo a su pueblo como pocos gobernantes lo conocen. El Consejo de Regencia recibía las órdenes de ella. Y ahora que el Rey de los *djinns* es también nuestro amigo y además un ser humano, es justo y legítimo que recupere su trono. Y el reino de los *djinns* y el reino humano de Barkut son ahora una sola nación y no hay ninguna razón para librar batalla ni nada que no sea alegría y paz.

El cañón comenzó a retumbar fuera del palacio. Se oían gritos de júbilo. La sala estaba saturada de ruidos. Y mientras Tony permanecía inmóvil, estupefacto, la hasta entonces Reina se levantó e hizo una señal a Ghail. Y Ghail sujetó con fuerza la mano de Tony y lo arrastró tras ella mientras subía al trono. Lo obligó con firmeza a sentarse a su lado. Estaban muy juntos, si bien no tan juntos como en la litera del camello, pero era muy agradable.

Los ruidos continuaban. Tony, todavía aturdido, susurró al oído de Ghail:

–Pero... ¡no tenías que hacer esto de este modo! Si estabas dispuesta a casarte conmigo... ¿por qué no me lo decías?

Ghail dirigió una afectuosa sonrisa al pueblo que la aclamaba en la Sala del Trono.

Con voz apagada, dijo:

–Nos hubiéramos prometido y hubieran transcurrido semanas antes de casarnos. ¿Y crees que te hubiera dejado pasar otra noche en ningún palacio *djinn* con todas aquellas *huríes* tratando de ganar tus favores puesto que eras el Rey? ¿O crees que tengo confianza en tí con Esir y Esim?

Con voz débil, Tony dijo:

–¡Oh!... –y añadió–: Tengo que mandarles a decir que no dormiré en casa esta noche...

Y renació su alegría mientras la ceremonia empezaba.

XX

Era tarde. La real pareja nupcial había graciosamente asistido al matrimonio *djinn* de Nasim y Abdul en el palacio, situado fuera de los muros de la ciudad. Acababan de regresar. El cañón retumbaba. En las calles había hogueras y cantos, y bailes, y júbilo, expresado de todas las formas posibles, incluyendo las indecorosas.

Pero en el palacio real de Barkut el último chambelán se inclinaba respetuosamente, el último esclavo de servicio se retiraba y Tony cerró firmemente la puerta. Y dijo:

–¡Hem...! Ghail, ¿he recordado enviar recado a Esir y Esim de que no dormiría en casa esta noche?

–No sé si lo has recordado o no –dijo entonces Ghail–, pero yo sí.

Sacó su encendedor y lo abrió. Empezó a caminar por la cámara nupcial soplando sobre la mecha. Un débil pero perceptible olor de *lasf* se dejó sentir. Ghail lo miraba, sin comprender y un poco perpleja.

–¿Por qué haces esto, Tony? –preguntó.

–¡Oh, es una costumbre de mi país! –dijo Tony indiferente–. No usamos *lasf*, desde luego. Usamos otra cosa. Aleja las moscas y los mosquitos. Pero yo uso esto para alejar los *djinns*.

De nuevo era de noche. Tony Gregg se apeó en un taxi en Lower East Broadway, en el barrio sirio de New York y pagó al chofer. Ayudó a bajar a una muchacha muy linda y la hizo entrar en un restaurante, *shishkebab*. El propietario de lustroso cabello le dirigió una sonrisa al acercarse a tomar las órdenes.

–Lo recuerdo a usted –dijo–. Mr. Emurian quería comprarle una moneda de oro que tenía. Le ofreció dos mil dólares, ¿verdad?

–Es verdad –dijo Tony–. ¿Lo ha visto usted últimamente?

–¡Oh, desde luego, viene casi todas las noches! ¡Eh, mírelo usted, allí está!

La muchacha que acompañaba a Tony había estado escuchando atentamente entendiendo con dificultad las palabras dichas en inglés. Levantó rápidamente la vista en el momento en que entraba el hombre calvo impecablemente vestido. Habló animadamente con el propietario, miró a Tony y se acercó rápidamente a la mesa.

–Buenas tardes –dijo pestañeando a través de sus lentes–. Esperaba volverlo a encontrar. He telegrafiado a mi amigo de Ispahan y está dispuesto a pagar tres mil dólares por su moneda.

Tony buscó en su bolsillo y sacó dos monedas de oro.

–Aquí hay dos –dijo–. Mándeselas a su amigo como regalo. Esperaba volverlo a verlo a usted también –se expresó en el árabe que le había enseñado Ghail–. Le presento a mi mujer –y volviéndose a Ghail–: Este señor es Mister Emurian, de quien me has oído hablar.

–¡Oh, sí! –dijo Ghail sonriendo dulcemente–. Tony le está muy agradecido... y yo también.

–Si –dijo Tony–. He estado en Barkut, ¿comprende usted? Conocí a mi mujer allí. En cierto modo todo se lo debo a usted. Y ella quiso ver mi Mundo de manera que hemos venido... Tengo interesantes proposiciones que hacerle. Me gustaría que su amigo se pusiese en contacto con nosotros en Barkut y estableciese una rama de sus negocios allí. Sería muy conveniente establecer un contacto comercial constante con este Mundo y los Estados Unidos.

Mister Emurian se sentó lentamente, con expresión concentrada.

–¿Dice usted que ha estado en Barkut?

–¡Oh, sí! –dijo Tony animadamente–. Quizá será mejor que le haga un breve relato.

Hizo a su interlocutor un breve, apresurado y absurdo relato de todo lo que le había ocurrido desde su último encuentro en aquel restaurante.

–Los *djinns* –concluyó– tienen algunas malas cualidades, pero lo peor en su caso era que podían convertirse en lo que querían, de manera que no aprendían nunca a hacer nada. He venido a buscar planos y dibujos de toda clase de género. No sólo estatuas y modas y arquitectura, pese a que los quiero también, sino productos industriales y –hizo una pausa– las máquinas que los fabrican. Después de todo, los *djinns* lo mismo pueden convertirse en un escarabajo o un remolino que en una máquina perforadora, una vez saben cómo es una. Una vez máquina perforadora pueden convertirse en otra cosa, incluso en otra máquina perforadora. Y la forma de trabajar será congénita en ellos también. Les gustará ser piezas de maquinaria y convertirse en cosas que los humanos no pueden hacer y están encantados de comprarles. Barkut tiene que llegar a ser un centro industrial de gran actividad antes de poco.

Mr. Emurian se limitaba a mirar, pestañeando de cuando en cuando.

–Quisiera que su amigo estableciese una rama de su negocio en Barkut –dijo Tony con interés–. Y... bien... me gustaría tener un agente aquí, en los Estados Unidos, que mandaría muestras de los nuevos productos, revistas técnicas, especialmente fotografías de todo lo que hay bajo el Sol. Puede enviarlas a Ispahan para ser expedidas a Barkut por cualquier ruta que su amigo descubra... si tomara usted la agencia. ¿Podría interesarle a usted?

–Sí –dijo Mister Emurian–. Desde luego me interesa.

–Usted se ocupa de los detalles –dijo Tony–. Yo estoy en el Waldorf con mi esposa. He traído una cantidad considerable en oro y puedo arreglarme para que disponga usted de él. Usted hace sus planes y que su amigo se arregle para ponerse en contacto conmigo cuando encuentre el camino de Barkut. Lo tendré vigilado desde allí y podrá localizarme fácilmente.

–¡Claro que podrá! –dijo Ghail orgullosamente–. Mi marido es Su Más Ilustre Majestad, el Grande en Singular Combate, Destructor del Mal, Protector del Pobre, el Muy Noble Compasivo y Misericordioso Rey de los *djinns* y de los Hombres, Tony Gregg.

–Sí –dijo Tony abstraído–, podrá encontrarme.

Mister Emurian se volvió hacia las dos monedas de oro que Tony había puesto sobre la mesa. Y súbitamente sus dedos temblaron un poco. En un lado había una inscripción en árabe convencional. Decía que la moneda valía diez *dirhims* de Barkut. La otra cara mostraba un ornamentado trono, pero ya no estaba vacío. Estaba ocupado por dos personas. Una, la muchacha, iba vestida con el traje nacional de considerable grandiosidad, y mister Emurian miró dos veces a Ghail. Era evidente que aquella muchacha de ojos negros que sonreía orgullosamente al lado de Tony en el restaurante *shishkebab*, había servido de modelo para aquella figura. Pero miró tres veces, cuatro, cinco, la figura del hombre de la moneda. Aquella parte del dibujo representaba un muchacho joven con sombrero de fieltro, un gabán con cinturón en la espalda y unos zapatos visiblemente relucientes, de color. Y era, en realidad, Tony Gregg.

–Estaré..., eh..., encantado de ser su agente en New York.

Era ya tarde, mucho más tarde. Tony estaba en pijama en su *suite* del hotel.

–Es curioso –dijo Tony pensativo mientras Ghail contemplaba las calles iluminadas y los rascacielos de New York–. Es curioso que mi conciencia no me censure ya nada. ¿Te acuerdas que te hablé de ello?

Estaba apurando su último whisky. Ghail contemplaba casi atemorizada aquel increíble espectáculo que tenía a sus pies: una ciudad de dieciséis kilómetros de longitud, con millones de brillantes luces, mecanismos que avanzaban rápidamente por las calles y señales eléctricas cambiantes por todas partes, flotando incluso por encima de los ruidos de los motores.

–Lo sé, Tony –dijo Ghail sin volverse.

–Quizá ha muerto –dijo Tony en tono humorístico–. Solía molestarme bastante.

Entonces su conciencia habló. De una manera sorprendente. Dijo claramente que estaba muy satisfecha de la conducta de Tony y que podía estar convencido de que su satisfacción era el resultado de su aprobación. Estaba normalmente casado, era hasta ahora razonablemente fiel a su mujer –pese a que se había vuelto dos veces aquel día para mirar unas bonitas piernas enfundadas en nylon– y había llegado a ser un muchacho de gran actividad.

Tony lo negó indignado. Pero era así, dijo su conciencia complaciente. Era la cabeza ejecutiva del reino unido de los *djinns* y los hombres de Barkut, y trabajaba en pro de la gradual introducción de un standard americano de civilización. Con el tiempo en Barkut habría neveras eléctricas, medias de nylon, fertilizantes, radio y «chiclets». Sería la consecuencia de la empresa ejecutiva de Tony. Y era joven. Y era un joven emprendedor. De manera que su conciencia estaba satisfecha de él y tenía que sentir la mayor felicidad que es posible dar a un hombre, y que es la aprobación de su conciencia.

–No estaba muerta –dijo Tony–. Solo dormida.

Ghail se apartó de la ventana.

–Tony –dijo, ligeramente contrariada–. ¡Siento añoranza! ¡Este Mundo tuyo es tan grande! ¡Tan tremendo! ¡Hay tanta gente! Me quedaré aquí si tú lo quieres, pero...

–Me parece –dijo Tony– que podríamos volvernos a marchar pasado mañana. ¿Te parece bien?

Ghail le sonrió, mirándolo afectuosamente. Tony dejó su vaso y se puso de pie. Rodeó sus hombros con el brazo.

–Pero hay una cosa –dijo tranquilamente–, en la que no puedes ganar a este Mundo–. Diez millones de personas a tu alrededor debe ser impresionante, pero hay una cosa que tenernos seguramente aquí y de la que no puedes estar nunca segura en Barkut. ¡Aquí, querida, hay intimidad!

Tendió el brazo y apagó la luz.